

Revista

Faro



Observatorio Arquidiocesano de evangelización



Otear -
iluminar

Enero de 2017 • Número 1 • ISSN: 2539-1828



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

Arzobispo de Bogotá

Cardenal Rubén Salazar Gómez

Vicario de Evangelización

Pedro Manuel Salamanca Mantilla, obispo auxiliar

Observatorio Arquidiocesano de Evangelización

Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro. Director

Revista FARO

Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro. Director

Comité de redacción

Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.

Farash Valeria Contreras Rodríguez

Alejandra Martínez Roa

Fotografías

Luisa María Ángel Forero

Gustavo Wilches - ChauX

Archivo fotográfico FARO

Oficina Arquidiocesana de Comunicaciones - OAC

Corrección de estilo

Alejandra Martínez Roa

Portada

Otear - Iluminar. Foto: Gustavo Wilches - ChauX

ISSN:

Diagramación, diseño e impresión

Editorial Kimpres S.A.S.

Observatorio Arquidiocesano de Evangelización OAE

Órgano de la Vicaría de Evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá.

<https://observatorioarqibogota.org>

Esta revista está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



- 2 **Prólogo**
Card. Rubén Salazar Gómez
- 4 **Faro**
Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.
- 6 **Reconocer a Dios en el diario acontecer**
Luis Fidel Suárez Puerto, Pbro.

Pluralismo religioso

- 14 **Construcción de políticas públicas**
Mardory Llanos Cortés
- 24 **Mirando hacia delante (Providentia)**
Robert Barringer, CSB.

Cuidado de la casa común

- 30 **Una ciudad que cuida de la creación**
Victorino Pérez Prieto, PhD.
- 38 **Escucha de saberes**
Gustavo Wilches - ChauX
- 48 **Consumismo y cultura del descarte en Bogotá**
Juan Sebastián Acero Vargas
- 54 **Desperdicio de alimentos en Colombia**
Ana Catalina Suarez Peña
- 60 **«Nuevo rumbo» hacia una ciudad solidaria**
Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.

Drama urbano

- 80 **Habitantes de la calle, del asistencialismo a la promoción humana**
Farash Valeria Contreras Rodríguez

Principio compasión-misericordia

- 88 **Hacia la ciudad de la misericordia**
Arturo Silva Hurtado, Pbro.
- 106 **«Desde la misericordia, constructores de paz»**
Manuel José Jiménez Rodríguez, Pbro.
- El principio compasión-misericordia y la ciudad**
Alberto Camargo Cortés, Pbro.

Desafío: acercar orillas

- 126 **Más allá del plebiscito: creyentes, ciudadanos y artesanos de la paz**
Farash Valeria Contreras Rodríguez
- 132 **Polarización-misericordia**
Diálogo entre impensables
Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.
- 142 **El compromiso democrático de los discípulos misioneros**
Farash Valeria Contreras Rodríguez
- 146 **Una carta nunca respondida**

PRÓLOGO

Cardenal Rubén Salazar Gómez
Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia
Presidente del CELAM



Jesucristo es el Evangelio del Padre, Evangelio de amor misericordioso, Evangelio de fraternidad y solidaridad. La Iglesia, como sacramento de la presencia de Jesucristo muerto y resucitado a lo largo del tiempo y del espacio, tiene como única tarea anunciar ese Evangelio, es decir, evangelizar. Todo lo que es y hace la Iglesia tiene como esencia cumplir esa tarea: llevar a todos los seres humanos, de todos los tiempos, de todos los espacios hasta las últimas periferias, el Evangelio del Señor Jesucristo.

La Arquidiócesis de Bogotá, como porción de la Iglesia universal, no puede, por lo tanto, sino aunar todas sus fuerzas, organizar todos sus miembros, poner todos sus recursos, en la tarea de la evangelización. De ahí la necesidad del Plan de Evangelización, que venimos construyendo juntos desde hace varios años, y que quiere poner al día los grandes lineamientos que la Iglesia, especialmente por medio del magisterio del Concilio Vaticano II y de los últimos pontífices, nos propone para hacer frente a los grandes desafíos de los últimos siglos.

En el proceso de construcción del Plan E ha surgido la necesidad de un permanente discernimiento de la realidad para poder descubrir la presencia salvadora del Señor Jesucristo en nuestro mundo, especialmente en las grandes crisis que estamos viviendo, para que nuestra tarea de evangelización no responda a criterios humanos sino que sea un verdadero servicio al amor misericordioso de Dios por su pueblo.

Para garantizar esa tarea, hemos creado un OBSERVATORIO que quiere ser la instancia en la que se realice ese discernimiento de la presencia del Señor Jesucristo. A lo largo de estos últimos años, el Observatorio ha auscultado de diversas maneras

la realidad y ha producido documentos que quieren condensar el sentido de la realidad. Y ha parecido pertinente reunir, en una REVISTA de forma periódica, esas síntesis para que estén al alcance de todos y nos vayan capacitando para ser todos «escrutadores de los signos de los tiempos».

Ponemos hoy en sus manos el primer ejemplar de la Revista FARO, con la esperanza de que se convierta en un instrumento de apoyo constante a nuestra tarea evangelizadora. Un agradecimiento, por lo tanto, a todos los que han estado al frente de esta tarea y que nos permiten hoy disfrutar de esta riqueza. 🌐

Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.
Director OAE

Mediante el Decreto 609 del 12 de diciembre de 2013, el señor cardenal, arzobispo de Bogotá, creó los organismos que componen la Vicaría de Evangelización, entre ellos, el Observatorio Arquidiocesano de Evangelización (OAE). En el Decreto quedó definido el Observatorio como: «Un organismo de apoyo a la labor de la Vicaría, responsable de hacer una permanente lectura evangélica y pastoral de la realidad, para discernir los desafíos y coyunturas que la ciudad-región y el mundo globalizado le plantea a la tarea evangelizadora de la Arquidiócesis en su conjunto y proponer una reflexión teológico-pastoral que oriente la acción conjunta de la Iglesia arquidiocesana». Y agrega: «El resultado de la labor ilumina la reflexión de los organismos de la Vicaría y contribuye al desarrollo de los procesos comunicativos en los distintos campos de la evangelización y en los diversos niveles de la vida arquidiocesana».

Así planteado, el Observatorio debe entenderse en su tarea desde dos ángulos: el metodológico y el programático. La tarea de hacer una lectura permanente, evangélica y pastoral de la realidad define en el Observatorio su naturaleza y praxis al modo del «vigía» que, en un primer momento mira con sentido aguzado y pertinente la realidad de la ciudad de la cual la Iglesia forma parte y en donde está llamada a realizar la tarea evangelizadora. Por eso precisamente, el «Observatorio» se vale de las herramientas de las ciencias sociales y demás métodos científicos que sean necesarios. En un segundo momento, el OAE está llamado a discernir, con mirada creyente, a la luz de la Palabra y del Magisterio, la voluntad de Dios y su obrar permanente en la historia de los moradores de la ciudad región y a señalar la manera de secundar la obra del Espíritu en ella.

A nivel programático, el Observatorio, a la manera de un «faro» que ilumina y ofrece claridad en la ruta que debe seguir la Iglesia en su actuar evangelizador, sirve a la Arquidiócesis en la medida que aporta una luz orientadora a sus organismos y estructuras para la realización de la misión particular en un contexto global. Mientras enseña el ejercicio discerniente de la realidad, que constituye una tarea de todos los organismos y campos de la evangelización, se pone al servicio de escudriñar aquellas realidades coyunturales que retan la misión de la Iglesia en la ciudad y que van surgiendo en el devenir de su historia.

Para el cumplimiento del encargo recibido, durante el año 2016, el Observatorio realizó un ejercicio de lectura creyente de la realidad utilizando para el abordaje de los temas la metodología de conversatorios que fueron denominados «Diálogos en la ciudad». ¿Por qué la metodología de conversatorio? El equipo reconoció que el trabajo de análisis de realidad de la ciudad región, en toda la amplitud de su significado e implicaciones, desbordaba sobre todo los límites de tiempo y los requerimientos de dedicación total que una empresa como esta demanda.

La modalidad de conversatorios surgió entonces como metodología de intercambio de conocimientos entre personas estudiosas y conocedoras de los diversos temas y grupos que se fueron creando espontáneamente por afinidad y/o por lo coyuntural de los mismos en los distintos momentos del año. Así, aprovechando los estudios realizados por los expertos que fueron invitados y a la luz de unas preguntas orientadoras, se abordaron temáticas de actualidad que estuvieron sujetas al «Ideal que nos une y nos compromete» en el desarrollo del Plan de evangelización arquidiocesano y se establecieron

El Observatorio se pone al servicio de escudriñar aquellas realidades coyunturales que retan la misión de la Iglesia en la ciudad y que van surgiendo en el devenir de su historia.

diálogos que permitieron asomarse desde distintas orillas a los planteamientos que de allí derivaron.

El ideal de la Iglesia arquidiocesana de participar en la construcción de una sociedad más justa, reconciliada, solidaria, misericordiosa y que cuida de la creación sirvió de eje articulador de los distintos conversatorios. Así mismo, los documentos fruto de investigaciones preliminares de los ponentes sirvieron de insumo, como forma y materia, para el ulterior ejercicio de discernimiento y lectura creyente de los temas objeto de los conversatorios.

El contenido de las distintas exposiciones, diálogos y la lectura evangélica de los temas tratados constituye el compendio de esta revista que hemos querido llamar «FARO» y que esperamos cumpla con parte del objetivo para el cual este órgano de la Vicaría de Evangelización fue creado. Se suman a estos contenidos un informe sobre la significativa participación del Observatorio en construcción de red social con los habitantes de calle y otros temas que, por la profundidad y pertinencia, consideramos pueden ayudar a la generación de diálogos en distintos círculos de reflexión académica y eclesial.

«FARO» condensa y ofrece además un material fotográfico que, a la manera de narrativa hipertextual, permite a los lectores y a quienes no gustan o carecen del tiempo suficiente para la lectura, saber y profundizar en sus contenidos como una forma explícita de conocer la realidad de la ciudad y la mirada de fe que sobre ella este Observatorio ofrece. ☉



Reconocer a Dios en el diario acontecer

Orientaciones para una lectura permanente, desde la fe, de nuestro devenir social y evangelizador

Luis Fidel Suárez Puerto, Pbro.¹

¹ Doctor en Teología; Licenciado en Teología - Especialidad en Teología Práctica. Director del Programa de Teología Fundación Universitaria Monserrate – Unimonserrate – Miembro del Observatorio Arquidiocesano de Evangelización.

Con la publicación en esta Revista del camino recorrido durante el año 2016 por parte del Observatorio Arquidiocesano de Evangelización se inaugura una iniciativa que se coloca justo en el umbral del «gran giro» y del «nuevo rumbo» del Plan de Evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá (Plan E).

Esta iniciativa, a la vez que da testimonio de un camino ya iniciado de discernimiento evangélico y lectura permanente del acontecer histórico de la ciudad - región, por parte de la Arquidiócesis, se convierte también en una oportunidad para ir definiendo mejor qué es eso de la lectura de los signos de los tiempos y cómo se puede hacer en la vida cotidiana.

El presente artículo inicial de la Revista FARO tiene entonces como objetivo explicitar la práctica comenzada de lectura, desde la fe, del acontecer de Dios en la ciudad-región y ofrecer otros elementos que puedan enriquecer dicha práctica. La meta es lograr una cultura permanente de lectura creyente del acontecer histórico en el que Dios se sigue manifestando y sigue actuando salvífica y liberadoramente en medio de su Pueblo.

Para el logro de este objetivo, parece oportuno hacer memoria del camino que ha ido recorriendo la Arquidiócesis sobre el cambio en la manera de entender y vivir la evangelización. Dada su importancia y trascendencia se ha identificado como el «gran giro» el cual ha preparado el «nuevo rumbo».

¿Cuál fue el problema o punto de partida en la búsqueda de un nuevo camino evangelizador?

Con ocasión de la celebración de los 450 años de la Arquidiócesis de Bogotá, se propuso iniciar la construcción del nuevo Plan de evangelización con la colaboración de todos. Después de una primera experiencia de consulta, de escucha y de discernimiento fue posible identificar un «problema focal» que se formuló así:

La Arquidiócesis de Bogotá, como Pueblo de Dios que peregrina en medio de esta región capital, muestra una débil adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino que le impide leer e interpretar, -en las circunstancias actuales de pluriculturalidad, cambios permanentes e injusticias sociales- los signos de la presencia salvadora de Dios para ponerse a su servicio...

Esta primera constatación fue el comienzo de un llamado a revisar y replantear el paradigma de evangelización: pasar de una evangelización entendida como transmisión y asimilación de doctrinas o de principios que se quedan en un «saber» racional, a una evangelización que parte de la convicción de que Dios no es una doctrina sino que está actuando y se está manifestando en nuestra historia. Esta convicción implica «abrir los ojos de la fe» para descubrir la presencia amorosa y muchas veces silenciosa de Dios, percibir su voz, desvelar sus llamadas para luego responder a las mismas. De esta manera es posible vivir el encuentro gozoso con la persona de Jesús y con su proyecto del Reino para luego comprometernos en la renovación y transformación del mundo en el horizonte del Reino.

En el antiguo paradigma fuimos más formados para leer «textos» y poco para leer «contextos». Por esta razón fue necesario dedicar tiempo a percibir mejor lo que significa el «gran giro» en la evangelización.



Y ¿cómo se expresó globalmente el punto de llegada que da sentido a la tarea evangelizadora renovada?

Con el aporte de muchos, fruto también de las consultas, se sintetizó así ese punto de llegada deseado:

La Arquidiócesis de Bogotá, como Pueblo de Dios que peregrina en medio de esta región capital, vive y celebra intensamente su adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino, y la expresa en su vida de comunidad, mediante la participación dinámica y orgánica de todos sus miembros y la renovación constante de todos sus procesos de formación y estructuras de comu-

niación y de servicio, como sal de la tierra y luz del mundo, con actitud dialogante, profética y propositiva, discierne y secunda la acción del Espíritu Santo para anunciar a Jesucristo en medio de la pluralidad cultural y participar en la construcción de una sociedad misericordiosa: más justa, reconciliada solidaria que cuida la creación.

La constatación de un problema descrito como «el impedimento para leer e interpretar los signos de la presencia salvadora de Dios para ponernos a su servicio», y la identificación de un anhelo de evangelización renovada que pide una actitud dialogante

y profética para «discernir y secundar la acción del Espíritu Santo», nos están invitando a establecer la manera como se da el paso del problema hacia esa nueva forma de discernir y secundar la acción del Espíritu Santo.

¿Qué nos ha aportado la etapa del «gran giro»?

Entre muchas otras cosas nos señaló una consigna que es determinante para vivir ese «gran giro»: «Estamos ante el desafío de aprender a reconocer los signos de la presencia y de los planes de Dios en medio de las transformaciones culturales» (Arquidiócesis de Bogotá, 2014, p. 23).



En cuanto a lo que significa «leer con ojos de la fe la presencia de Dios que acontece en la ciudad», las orientaciones nos señalaron también lo siguiente:

No podemos permanecer replegados en nosotros mismos, ni refugiarnos como se dice coloquialmente en las sacristías, en nuestros grupos, equipos, comunidades ni siquiera solo en nuestros carismas o movimientos. Es necesario salir para leer con ojos de la fe la presencia de Dios que acontece en nuestra sociedad, y habitar desde esta perspectiva el complejo entramado de relaciones, ritmos y acontecimientos que constituye la vida de la ciudad y de los municipios. Ahora bien, esta lectura creyente implica entrar en diálogo con las diferentes visiones interpretativas de lo humano y de lo social. (Arquidiócesis de Bogotá, 2015, p. 57).

¿Qué nos enseña la Biblia sobre la lectura de los signos de los tiempos?

Podría pensarse en ocasiones que la Biblia es un compendio de verdades eternas, de doctrinas relativas a la salvación, de enseñanzas morales, de afirmaciones sobre las cuales hay que hacer profesión de fe. Pero en realidad lo que aparece más claramente es el testimonio de la manera como el Pueblo de Dios fue percibiendo y leyendo el actuar de Dios a través de su historia concreta.

Ya en el Antiguo Testamento se dan ejemplos de profesiones de fe sobre el actuar salvífico de Dios en la historia: el conocido credo histórico del libro del Deuteronomio: «Mi padre era un arameo errante; bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hombres... Pero los egipcios nos maltrataron y humillaron... Gritamos a Yahvé, Dios de nuestros padres, y Yahvé escuchó nuestra voz, vio nuestra miseria. Y

nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido y nos trajo a este lugar...» (Dt 26, 5-10).

Y en el Nuevo Testamento podemos destacar las orientaciones que nos da Jesús en el Evangelio en la línea de la lectura de los signos de Dios:

Cuando Juan el Bautista a través de sus enviados le manda preguntar a Jesús: «¿Eres tú quien tenía que venir o debemos esperar a otro?», la respuesta de Jesús es contundente: «Vayan y cuenten a Juan lo que acaban de ver y oír: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Lc 7, 22-23).

El tipo de testimonio importante para Jesús no es el de los discursos, sino el de las obras: «Ustedes mismos enviaron una comisión a preguntar a Juan, y él dio testimonio a favor de la verdad... Pero yo tengo a mi favor un testimonio de mayor valor que el de Juan. Una prueba evidente de que el Padre me ha enviado es que realizo la obra que el Padre me encargó llevar a término» (Jn 5, 33-36).

El signo más importante lo destaca el mismo Jesús en la respuesta que da a los fariseos y saduceos que piden una señal del cielo: «Cuando llega la tarde ustedes dicen: "Habrà buen tiempo, porque el cielo está rojo." Y por la mañana: "Hoy habrá tormenta, pues aunque el cielo enrojece, está nublado." Saben discernir el aspecto del cielo, pero no los signos de los tiempos. Esta generación perversa e infiel reclama una señal, pero sólo se les dará la señal de Jonás» (Mt 16,1-4).

¿Cómo aprender a reconocer los signos de la presencia y de los planes de Dios?

1. Creer que Dios se está manifestando y está actuando en medio de nosotros. Es el primer y principal acto de fe. En otro tiempo se definía la fe: «creer lo que no vemos porque Dios lo ha revelado» (Catecismo Astete). Hoy tendríamos que decir: fe es creer que más allá de lo que estamos viendo y viviendo está Dios actuando y manifestándose. Solo necesitamos afinar nuestros ojos y nuestro oído para poderlo percibir.

2. Escrutar y discernir, en los hechos y acontecimientos, los signos de esa manifestación y actuación de Dios. Y esos signos se dan en los «hechos», en las «acciones» y en los «acontecimientos» normales del acontecer histórico, detrás de los cuales Dios se nos puede estar manifestando. Pueden surgir preguntas sencillas: ¿Qué nos puede estar diciendo Dios a través de estos hechos? ¿Qué están

significando estos hechos? ¿A qué nos puede estar llamando Dios a través de ellos?

3. Hacer memoria de cómo actuó Dios en otros tiempos, especialmente de cómo actuó Jesús de Nazareth y qué nos dejó en su Evangelio como criterio y como luz para comprender hoy nuestra historia. Para esto, en la medida en que mayor cercanía tengamos a las Escrituras y las conozcamos en su mensaje profundo, mayores luces y criterios tendremos para comprender los acontecimientos de hoy. También podemos acudir al Magisterio de la Iglesia y a los escritos teológicos para tener otras luces y otros criterios para leer nuestra historia.

Con estas luces y criterios podemos ahora leer la realidad, tratando de hacer «discernimiento evangélico» sobre el significado de lo que está aconteciendo, sobre los llamados que nos puede estar haciendo el Señor, sobre los retos y desafíos que se pueden estar insinuando en esos hechos, sobre las conversiones personales, institucionales, estructurales que percibimos van surgiendo.

Una vez descubierto el significado profundo de estos acontecimientos es cuando estamos en capacidad de «proclamar la Buena Noticia», de cómo Dios se está manifestando, de cómo nos puede estar hablando, de cómo está actuando. Es el momento en que los pasos anteriores se convierten en «evangelización», es decir, en proclamación de la Buena Noticia de la presencia de Dios. Esta proclamación se debe hacer en lenguaje altisonante, alegre, gozoso; un verdadero «kerygma», es decir, una proclamación gozosa de la presencia y actuación de Dios en el aquí y ahora.

Como consecuencia de todo lo anterior, es posible ahora responder a ese encuentro dialogante con la persona de Jesús, a lo que Dios nos está señalando en sus manifestaciones. Es cuando surge el compromiso libre y creyente de quien se ha encontrado con Cristo en esa experiencia de lectura de fe y ahora quiere convertirse en discípulo misionero.

¿Quién o quiénes están llamados a hacer lectura de los signos y de los planes de Dios?

La Constitución pastoral *Gaudium et Spes* expresa quiénes son los llamados a hacer esa lectura de los signos de Dios: «Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad revelada pueda ser

La Biblia es el testimonio de la manera como el Pueblo de Dios fue percibiendo y leyendo el actuar de Dios a través de su historia concreta.

mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada» (GS 44).

La afirmación de que es propio del Pueblo de Dios tener esta experiencia de «sentido de la fe», se basa en un principio teológico dado por el Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática *Lumen Gentium*: «La totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo (Cf. 1 Jn 2,20 y 27), no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando «desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos» [22] presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres» (LG 12).

Consecuentemente, es tarea de todos los miembros del Pueblo de Dios leer los signos de la presencia de Dios y sus planes en el acontecer diario. Es esta la principal manera de vivir la condición profética participada por Cristo al pueblo santo de Dios. Esta lectura de fe es posible gracias a que el «Espíritu de la verdad suscita y sostiene este sentido de la fe. Con él, el Pueblo de Dios, bajo la dirección del magisterio al que obedece con fidelidad, recibe, no ya una simple palabra humana sino la palabra de Dios (Cf. 1 Tes 2,13) (LG 12).

¿Sobre qué aspectos se puede hacer lectura de los signos y de los planes de Dios?

Los artículos de esta revista ya dan razón de la variedad de aspectos que fueron motivos dentro de la programación del Observatorio. Consecuentemente pueden ser objeto de lectura de los signos de los

tiempos hechos o acontecimientos de la realidad ecológica, social, cultural, política, económica, familiar, religiosa, pastoral.

Finalmente, ¿cómo lograr una cultura de lectura permanente de los signos de los tiempos?

Una primera respuesta global: siguiendo los pasos señalados por el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* en los numerales 4, 11 y 44: allí encontramos cuatro palabras que son determinantes de un proceso de lectura de los signos de los tiempos: auscultar, discernir, interpretar, responder.

Una segunda respuesta más concreta la encontramos en el proceso que siguen los tres documentos más significativos del papa Francisco (*Evangelii Gaudium*, *Laudato Si*, *Amoris Letitia*): una introducción o un primer capítulo donde se colocan las premisas sobre el tema; un segundo capítulo en que se plantea la realidad; un siguiente capítulo propone la iluminación sobre el asunto tratado; el capítulo siguiente lo dedica a formular un balance o confrontación sobre la realidad con la ayuda de la iluminación; el siguiente capítulo generalmente lo dedica a ofrecer orientaciones o líneas de acción; y el último capítulo lo dedica a ofrecer aspectos relativos a la espiritualidad y la pedagogía.

En una tercera respuesta se quiere ofrecer un procedimiento metodológico, en parte inspirado en el programa de Teología de la Unimonserate de la Arquidiócesis de Bogotá, que sigue actualmente el Seminario Conciliar de Bogotá:

1. Lectura de los contextos, descritos con la mayor objetividad posible, sin dar todavía ningún juicio de valor. Es el acercamiento a la realidad, al acontecer específico, considerados como “lugar teológico” de la manifestación y actuación de Dios. Como se dijo más arriba, pueden ser realidades o situaciones culturales, ecológicas, sociales, políticas...

2. Lectura de textos: de la Sagrada Escritura, del Magisterio, de la Teología, que puedan dar luz, criterios, orientaciones, ideales... sobre el contexto descrito en el primer paso. Es importante, sobre todo en textos de la Sagrada Escritura, verlos en sus contextos históricos y en la intencionalidad de sus autores. Con estos textos se tiene la iluminación desde la cual se llega al tercer momento.

3. Interpretación o discernimiento evangélico: A la luz de los textos escogidos es ahora posible leer el contexto para descubrir en él: cómo se está manifestando Dios (signos de salvación, de redención, de liberación; signos del Reino; sentido religioso de los hechos analizados; signos de que se está cum-

pliendo el plan de Dios en esos hechos...). Pueden surgir preguntas como estas: ¿qué descubrimos en esos hechos de pecado personal, institucional, colectivo, de rechazos al plan de Dios, de oposición al Reino de Dios; signos de esclavitud, de opresión, de atentados a la dignidad de las personas...?; ¿qué conversiones personales, comunitarias, pastorales, estructurales descubrimos en este discernimiento?; y finalmente, ¿qué retos y desafíos descubrimos en este ejercicio interpretativo y que percibimos como los grandes llamados que Dios nos está haciendo aquí y ahora?

4. Proyección-compromisos: a partir de las conversiones y de los retos y desafíos será ahora más fácil preguntarnos: ¿y ahora qué debemos hacer? ¿Cómo convertimos en decisiones, en acciones, en procesos, en programas... los llamados que Dios nos ha hecho a través de esta experiencia de encuentro con Él en el discernimiento evangélico?

En conclusión: La experiencia vivida a lo largo de 2016 por parte del Observatorio y por parte del programa de Teología de la Unimonserate se ha convertido en oportunidad para ofrecer unas pinceladas sobre diversas maneras de hacer lectura creyente de los acontecimientos diarios y de acontecimientos que pueden tener una mayor carga de significación para el conjunto de la población. Es un camino inicial: es la invitación a ejercitarnos permanentemente en este aprendizaje característico del Plan E, hasta convertirlo en una verdadera «cultura de lectura de los signos de los tiempos». Será la demostración de que se está haciendo el «gran giro» en la manera de entender y vivir la evangelización y de que ya estamos entrando en el «nuevo rumbo» que nos conduzca a ofrecer nuestra colaboración libre y creyente al devenir histórico de Bogotá y de la región capital en la perspectiva del Reinado de Dios. ☺

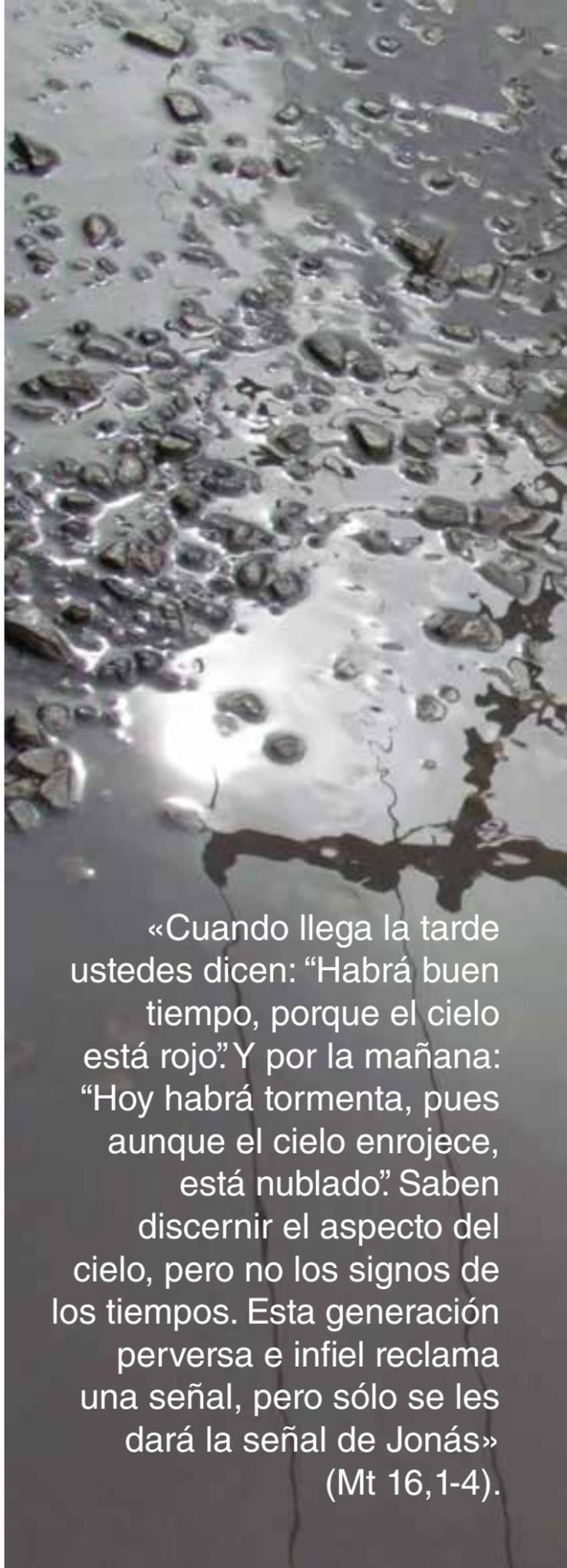
Bibliografía

Arquidiócesis de Bogotá (2014) El gran giro: orientaciones generales. Plan de evangelización. Documento No. 6. Bogotá.

_____ (2015) Por una evangelización misionera: estudio básico de los contenidos del Plan E y del nuevo paradigma misionero. Bogotá.

Concilio Vaticano II (1964) Constitución Dogmática sobre la Iglesia. *Lumen Gentium*.

_____ (1965) Constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo de hoy. *Gaudium et Spes*.



«Cuando llega la tarde ustedes dicen: “Habrá buen tiempo, porque el cielo está rojo.” Y por la mañana: “Hoy habrá tormenta, pues aunque el cielo enrojece, está nublado.” Saben discernir el aspecto del cielo, pero no los signos de los tiempos. Esta generación perversa e infiel reclama una señal, pero sólo se les dará la señal de Jonás» (Mt 16,1-4).

PLURALISMO RELIGIOSO

Construcción de políticas públicas

Mardory Llanos Cortés¹

¹ Profesional de la Dirección de Derechos Humanos y Apoyo a la Justicia de la Secretaría Distrital de Gobierno. Coordinadora del proyecto libertades fundamentales de fe, culto y conciencia de la Alcaldía de Bogotá.

La objeción de conciencia es un derecho fundamental que, aunque no aparece mencionado en la Constitución Política de Colombia (CP) y por lo tanto es innominado, sí es reconocido por la Corte Constitucional, organismo que desarrolla la CP. En efecto, este tema de la espiritualidad y la creencia como un derecho está en un lugar de subordinación; no es importante para las instituciones.

En contraste y reconociendo su importancia, desde la Secretaría Distrital de Gobierno hemos estado trabajando en la construcción de política pública sobre el pluralismo religioso en la ciudad. La construcción de política parte de identificar la



El Estado pluralista es el que reconoce la diferencia. Es un Estado que acepta, que respeta las ideas, las creencias, los ideales de existencia de todos los habitantes del país y obviamente de la ciudad.

problemática que se busca resolver y de un diagnóstico de la realidad concreta. Por eso, una de las dificultades con la que nos hemos encontrado es que no contamos con estudios a profundidad y actualizados sobre el universo religioso en Colombia. En el año 2010, la Universidad Nacional, por medio del Grupo de Estudios Sociales para la Religión, hizo un avance a la aproximación a esa diversidad religiosa en Colombia –que presentaré más adelante-, pero estamos en mora de adelantar una actualización de dicha investigación, mirando el caso bogotano.

Uno de los esfuerzos más importantes, en este ejercicio de construcción de la política, ha sido construir confianza con todos los actores involucrados, es decir, con los líderes religiosos de distintas corrientes: musulmanes, judíos, cristianos, iglesias históricas protestantes, Hare Krishna, mormones... Otra tarea ha sido identificar quiénes son los verdaderos representantes de estas corrientes religiosas para que el trabajo que se haga realmente impacte a las comunidades de fe.

¿Qué significa «pluralismo religioso»?

Para entender el pluralismo religioso quiero resaltar dos asuntos de lo que es un Estado pluralista. En el primer artículo de la Constitución de Colombia se afirma:



Colombia es un Estado social de derecho, organizado en forma de República unitaria, descentralizada, con autonomía de sus entidades territoriales, democrática, participativa y pluralista, fundada en el respeto de la dignidad humana², en el trabajo y la solidaridad de las personas que la integran y en la prevalencia del interés general

² El subrayado es de la autora.

Este Artículo nos habla de los principios fundamentales de la CP, es decir del marco axiológico que permite entender toda la Constitución. Y este derecho fundamental –la libertad de religión, culto y objeción de conciencia- tiene un estrecho vínculo con los principios fundamentales, porque está asociado con la dignidad humana.

Por otro lado, un Estado pluralista es el que reconoce la diferencia. Es un Estado que acepta, que respeta las ideas, las creencias, los ideales de exis-

tencia de todos los habitantes de la ciudad. Y ese pluralismo se extiende al campo ideológico, filosófico, social y religioso. Es decir, es un pluralismo amplio y no solamente religioso. En la Carta del 91 se resalta que no hay una prevalencia de un credo en particular y la Sentencia T-200 de 1995 del magistrado José Gregorio Hernández afirma que la invocación a Dios, en el Preámbulo de la Constitución, no es una invocación a un dios o a dioses es una invocación general a todas las creencias. Nos dice que no es un solo dios, pues hay creencias religio-

El pluralismo religioso convoca a todas las religiones a construir nación, pero no confunde una con la otra.

En el país que consideran que hay varios dioses. Entonces, es un «Dios» que es compatible con este universo religioso y de creencias en el país.³

Este pluralismo religioso es incompatible con la homogeneidad. No todos creemos lo mismo. Y eso deslegitima la imposición de ciertas creencias o ideas sobre otros. Adicionalmente, este Artículo en particular está en congruencia con la libertad de la práctica de cultos y el desarrollo de todas las actividades que buscan extender o profesar la fe de todos los ciudadanos.

La sentencia de la Corte Constitucional ya citada hace un énfasis importante. Se trata de que el respeto por esas creencias religiosas e ideologías políticas y sociales es sinónimo de convivencia ciudadana. Y habla del principio de la igualdad religiosa que tiene dos manifestaciones, en términos jurídicos: primero, el derecho a un goce igualitario de esa libertad religiosa en condiciones de igualdad con las demás creencias y el segundo, no ser discriminado por las creencias religiosas. Doble manifestación del principio de igualdad religiosa. Esta

³ «Si bien el Estado no asume posiciones a favor o en contra de confesiones determinadas, ni se afilia a ninguna de ellas, toda vez que no hay en Colombia una religión oficial, tampoco desdeña las creencias del pueblo, a las cuales respeta y hace respetar, disponiendo los elementos normativos indispensables para asegurar que sea efectiva la libertad de cultos y absteniéndose de interferir en las funciones espirituales que cumplen los prelados y apóstoles de los distintos movimientos religiosos» (Sentencia T 200 de 1995).

convivencia e igualdad es sin duda un sueño, tal y como lo entiende Martin Luther King en su famoso discurso: «Yo tengo un sueño».⁴

El pluralismo religioso, entonces, convoca a todas las religiones a construir nación, respetando sus diferencias. Es una actitud, es un valor sociocultural, es una decisión jurídica. El pluralismo reconoce que todos los individuos, sin ninguna presión, pueden creer lo que consideren mejor para su existencia. Adicionalmente, se han conocido muchos casos en donde el pluralismo religioso incluso, es un obstáculo para actores armados que amedrentan a la población y que quieren ganar adeptos a la guerra.

Sin embargo, esta pretensión muchas veces se queda en deseos, pues la sociedad excluye y violenta cuando no entiende la diferencia entre las diferentes creencias, juzga, generaliza y subvalora las creencias del otro. Los medios de comunicación también son actores de agresión contra el pluralismo religioso cuando homogenizan a todas las comunidades religiosas⁵, las calumnian o las invisibilizan.

La religión, también puede ser una fuente de conflicto, especialmente cuando el fundamentalismo obnubila la razón y se pueden desencadenar actos terroristas. En efecto, tristemente, la religión puede ser una fuente de violencia cuando sataniza al otro; cuando los creyentes de tal o cual comunidad creen que el otro es el enemigo, es el opresor, es el victimario; cuando califica la fe de los otros como una secta o cuando considera que la verdad solo la posee la propia religión.

En este camino hemos entendido la diferencia entre lo plural y el pluralismo: lo plural es la definición conceptual de una coexistencia de credos. La pluralidad, por su parte, es como yo convivo con el otro sin satanizar, sin juzgar, sin creer que solo yo tengo la verdad.

Por último, en la Sentencia se plantea que en el espacio de lo público deben encontrarse todas las creencias porque es el espacio por excelencia para conocer al otro y al conocerlo, poder amarlo.

⁴ Véase una parte del discurso en: <https://youtu.be/df7V-CH9srLU>

⁵ El término «comunidad religiosa», en la Alcaldía de Bogotá, es usado para referirse a todo grupo social con una creencia en Dios y no solamente a congregaciones religiosas católicas o cristianas.

Panorama del pluralismo religioso en Colombia⁶

Según el estudio de la Universidad Nacional sobre el pluralismo en Colombia realizado en el 2010, las Iglesias más representativas se organizan así:

PLURALISMO RELIGIOSO EN COLOMBIA		
Iglesia Católica	70,9%	
Cristianos evangélicos: Protestantes históricos Pentecostales Neopentecostales	16,7%	Iglesias históricas: menonitas, bautistas, luteranos, presbiterianos, anglicanos, metodista. Cristianismo evangélico: Iglesia de Dios en Colombia, Wesleyana, Filadelfia, Confraternidad, Tabernáculo. Pentecostales: Asambleas, Cuadrangular, MMM, Iglesia de Dios Pentecostal en Colombia, Unicitarios IPUC. Neopentecostales: IDMJ, Misión Carismática, Betesda, Avivamiento, El Lugar de su Presencia, Casa sobre la Roca. Otras: adventistas, Testigos de Jehová, mormones, Iglesia Unificación.
Ateos y agnósticos	4,7%	
Creyentes no practicantes	3,5%	En su gran mayoría católicos que personalizan su manera de relacionarse con Dios.
Otras minorías religiosas	ND	Islamismo, judaísmo, budismo, Iglesia Ortodoxa.

Fuente: Beltrán, 2010.

Estas son algunas de las Iglesias más representativas con presencia en Bogotá. Datos interesantes para resaltar. Ante la pregunta sobre cada cuánto se reúnen, ante la cifra una vez por semana, la cifra de los católicos es baja, mientras que el porcentaje de los protestantes que se congregan semanalmente es altísima. Se congregan muchísimo más los protestantes que los católicos. En este estudio hay asuntos muy interesantes. Por ejemplo: la frecuencia con la que los creyentes que unos y otros se reúnen por semana. La cifra de los católicos es baja, mientras que el porcentaje de los protestantes que se congregan semanalmente es muy alta. Así, según el estudio,

⁶ Este apartado se basa en los hallazgos de William Mauricio Beltrán, profesor asociado del Departamento de Sociología, investigador del Centro de Estudios Sociales CES de la Universidad Nacional de Colombia, en su investigación «Descripción cuantitativa de la pluralización religiosa en Colombia» 2010. Puede recuperarse en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/8486/1/williammauriciobeltran.2011.pdf>.

se congregan muchísimo más los protestantes que los católicos.

El proceso de pluralización religiosa, según el estudio, impacta en un 85% a mujeres y a jóvenes. ¿Por qué a los jóvenes les impacta y les preocupa tanto el tema de la fe? Haciendo consultas y diálogos se encuentra con que los jóvenes prefieren establecer una relación más directa con Dios, que valiéndose de la mediación una Iglesia. Un tema que valdría la pena investigarse más.

La investigación también afirma que al 85% de las personas consideran que la fe es un aspecto muy importante en sus vidas, sin evaluar aquí la manera como las personas se relacionan con su religión o con Dios. Pasos realizados para garantizar el derecho a la libertad de religión, culto y conciencia en Bogotá

En la Alcaldía, reconociendo este pluralismo religioso, hemos estado trabajando con las comunidades religiosas no desde el punto de vista doctrinal o teológico, sino social. Es decir, nos interesa reconocer

el trabajo social que tienen las diversas comunidades religiosas para articular y potenciar su experiencia ante las grandes necesidades y problemáticas de la ciudad. En efecto, todas las Iglesias tienen en común su interés por trabajar en lo social: con víctimas, niños, enfermos terminales, prostitución, habitante de calle...

Para ello, realizamos, durante el 2015 y 2016, un diplomado, con apoyo de la Universidad Nacional, sobre el tema social. La primera parte fue sobre el tema de los derechos de las minorías religiosas y la segunda ha sido alrededor de experiencias que las comunidades religiosas y la institucionalidad pública tienen sobre el abordaje de diferentes problemáticas: víctimas del conflicto armado, enfermos terminales, personas que consumen sustancias psicoactivas, personas que trabajan con cero positivos. Este trabajo ha abonado el camino para aprender de los otros, para entendernos un poco más y para reconocer las cualidades y recursos de unos y otros.

Adicionalmente, hemos estado construyendo la política pública que garantice la libertad de religión, culto y la libertad de objeción de conciencia. No estamos haciendo proselitismo por ninguna religión, sino que queremos pensar en un lenguaje que nos sea común a todos.

¿Qué es construir una política pública? ¿Cómo se hace?

Una política pública busca resolver una situación problemática en un territorio, en este caso en Bogotá. Cuando hay ciudadanos que consideran que una situación es un problema que debe resolverse, que afecta nuestros derechos fundamentales, emerge la necesidad de construir una política. Si se identifican, por ejemplo, pocos espacios de interacción entre líderes religiosos, temas de persecución,

desigualdad o amenaza a los creyentes por sus cultos o su fe amerita la intervención de la institucionalidad para que estas problemáticas se solucionen.

Pero, más que resolver una problemática, lo que hace una política pública es posicionar un tema. Para visibilizar un tema es fundamental la movilización social, es decir, que los actores religiosos participen mucho más de los diferentes espacios políticos: en comités locales, asociándose con otras comunidades de fe, conformando espacio de interacción, de interlocución, de visibilización de los temas, generar foros, conversatorios como los Diálogos en la ciudad... Esto es movilización política. Desafortunadamente, el tema espiritual y de libertad de religión ha sido un asunto subvalorado porque no nos hemos movido ni nos hemos organizado ni hemos superado el señalamiento y la estigmatización entre las diferentes comunidades religiosas. Y en esto, podemos ver el ejemplo de otros sectores sociales. Por ejemplo, hace 10 años no existía una política para víctimas, incluso ni siquiera eran reconocidas como actores sociales, pero fruto de ir posicionando su voz, sus dolores, organizándose en colectivos, participando en los medios de comunicación, en las diferentes oficinas de la institucionalidad, con diversos funcionarios se van logrando cambios. Eso es lo que esperamos que pase con el tema de los derechos a la libertad de culto y de conciencia.

¿Por qué el Distrito se interesa en construir una política pública sobre libertad de culto y conciencia?

Desde la dirección de Derechos Humanos se promueven varios derechos que no son fruto de una elección aleatoria, sino que hay una agenda pública de qué derechos fundamentales debe garantizar y vigilar la institucionalidad. Y así está contemplado en la agenda pública de gobierno del Distrito. Lo segundo es que el Plan Nacional de Desarrollo les pide a los alcaldes y gobernadores que formulen políticas públicas sobre este tema⁷. Sin embargo,

⁷ «Libertad religiosa, de cultos y conciencia. El Ministerio del Interior, en coordinación con las entidades competentes, emprenderá acciones que promuevan el reconocimiento de las formas asociativas de la sociedad civil basadas en los principios de libertad religiosa, de cultos y conciencia. El Gobierno Nacional formulará y actualizará la política pública en la materia con la participación de las entidades religiosas, garantizando la libertad e igualdad religiosa en términos de equidad y reconociendo su aporte al bien común en lo local, regional y nacional» (Art. 244 del Plan Nacional de Desarrollo 2014-2016).

aún falta mayor voluntad y e interés en la institucionalidad para comprometerse con el desarrollo de este importante derecho.

Premisas y condiciones para avanzar en la construcción de la política pública en el Distrito:

- Afirmar el carácter pluralista del Estado Social de Derecho.
- Insistir en el reconocimiento del principio de igualdad religiosa.
- Visibilizar las condiciones de desigualdad, de discriminación y de limitaciones para el ejercicio pleno del derecho sobre libertad de religión. Para ello, contamos con la investigación que está adelantando la Universidad Nacional para identificar las vulneraciones a los derechos de los miembros de las comunidades religiosas en Bogotá. Se han realizado 33 grupos focales con miembros de las diferentes iglesias y comunidades religiosas y encontramos varios elementos de discriminación, persecución o desigualdad. Una situación preocupante de discriminación es la que viven niños y niñas en el sector educativo. Por ejemplo, las niñas de algunas denominaciones religiosas son obligadas a usar pantalón en el colegio cuando ellas, por su fe, no lo usan. O niños que son discriminados porque se resisten a escuchar cierta música que va en contra de sus creencias. Independientemente de nuestra fe, ninguno de nosotros tendría que afectar los derechos por influir o imponer nuestras maneras de ser o de ver el mundo. Muchas comunidades protestantes siguen siendo hostigadas en la calle, les lanzan ladrillos, torpedean las reuniones, los cultos... Y la discriminación por los medios de comunicación al homogenizar, sin entender la diversidad religiosa. Así, por ejemplo, se sigue difundiendo la creencia de que los musulmanes son todos terroristas. Por otro lado, estamos también visibilizando los deberes de estas comunidades religiosas, como la responsabilidad de las iglesias protestantes frente al tema del ruido y cómo se está afectando la convivencia con el otro.
- El rasero para medir los factores de desigualdad no es la Iglesia Católica. Frecuentemente, algunos líderes religiosos miden la discriminación hacia su religión al compararse con la relación de la Iglesia Católica frente al acceso y trato con diversas instancias del Estado. Estamos ayudando a entender que el rasero es

un acumulado cultural de discriminación que tenemos que ir resolviendo, es un camino que tenemos que andar, y no es ir en contra de los derechos que también tienen los católicos.

- Reconocimiento de la dimensión espiritual en todo el accionar del sector público. Esta, a mi juicio, es la más importante. La Corte Interamericana de Derechos Humanos y la Corte Constitucional han reconocido esta dimensión dentro de los derechos humanos, pero nosotros –como funcionarios públicos– no nos hemos dado cuenta. A nivel institucional, creemos que el Estado que no ha reconocido la dimensión espiritual de los seres humanos y, por lo tanto, no puede ser efectivo ni eficiente en la aplicación de sus proyectos sociales al no reconocer la dignidad del ser humano y su dimensión espiritual. Eso es muy diferente a lo que hacen las comunidades religiosas en su acción social pues al reconocer su dimensión espiritual dignifica al ser humano.
- Reconocimiento de las iglesias como nuevos actores sociales. Reconocer que en cada Iglesia y denominación religiosa hay atención a múltiples problemáticas, a personas concretas, y por lo tanto son actores sociales que están haciendo transformaciones a nivel local.

Dimensiones de la política que está en construcción

- Dimensión espiritual: El hombre no se puede entender sin esta dimensión. Es material pero también espiritual. Desde la antropología filosófica, el hombre es un ser social, tiene autonomía, tiene unas necesidades materiales pero también es inmaterial.
- Construcción de paz: estamos diciéndole a todos los líderes religiosos que todos aportan a la construcción de la paz que se hace en lo local, en los microterritorios: allí donde se están llevando a las niñas a la trata, al narcotráfico...
- Ciudadanía democrática: entender que esto no es solo votar o tener una curul, sino que la participación política es ese espacio en el que pueda levantar la voz, en el Comité Local de Derechos Humanos, en el Comité de Discapacidad... espacios locales en donde los líderes religiosos, que sí reconocen la dimensión espiritual, deben participar.
- Enfoques (ONU, 2000):

El proceso de pluralización religiosa, según estudio, impacta en un 85% a mujeres y a jóvenes.

- **De derechos humanos:** universalidad, inalienabilidad, indivisibilidad, igualdad, participación.
- **Enfoque de acción sin daño:** enfoque que se plantea que antes de cada proyecto social debemos tener unos mínimos éticos contruidos para que ese proyecto social realmente haga el bien que pretende y no daños no previstos o colaterales. Por ejemplo, no siempre es lo mejor entregar ayuda humanitaria a todas las víctimas del conflicto armado sin distinción.
- **Enfoque de género:** hablar de las masculinidades, del papel de los hombres en la familia, en lo público y el papel de las mujeres en la resolución de conflictos.

Líneas componentes de política:

- Componente pedagógico y de interacción con ciudadanos y ciudadanas, servidores públicos.
- Componente goce efectivo de los derechos y garantías para su ejercicio pleno.
- Componente de articulación con otras comunidades de fe, organizaciones de la sociedad civil, organismos de cooperación internacional y el Estado.
- Componente construcción de paz y de justicia social.

Ejes transversales:

- Fortalecimiento de capacidades de las organizaciones basadas en la fe e institucionales para la participación.
- Gestión del conocimiento: Promoción de derechos, investigación, comunicación estratégica, sistemas de información.
- Articulación y coordinación nación – territorio.

¿Qué buscamos con esta política, con el diplomado, con el trabajo con las comunidades religiosas?

El objetivo final es que las comunidades de fe aporten en la construcción de la paz integral por medio de estas estrategias:

1. Fomentar, estimular y apoyar la consolidación de plataformas estratégicas para la intervención en red –Red de organizaciones basadas en la fe– capaces de analizar, enfrentar y atacar problemas microsociales en lo local, que se vuelven estructurales.

2. Potenciar capacidades de los líderes religiosos en justicia alternativa, en herramientas para la mediación social, familiar, comunitaria. Solo el 3% de los hechos de violencia que no son de impacto social llegan a la justicia. Es decir que el 97% de estos hechos quedan sin tramitar y las tres cuartas partes de todos los operadores de justicia se encarga de embargos... es decir, trabajan para los bancos. Se puede afirmar que una de las causas de la conflictividad social no es la falta de operadores de justicia, sino la efectividad de la justicia. La propuesta entonces es que los líderes religiosos pongan al servicio social sus cualidades para resolver conflictos y que se involucren de manera más decidida con la justicia alternativa: jueces de paz, jueces de conciliación, mediadores comunitarios, promotores de convivencia, conciliadores en equidad...

3. El papel de las mujeres en el posacuerdo, como sujetos muy importantes para resolver conflictos por sus iniciativas de paz, su creatividad, su mayor efectividad en espacios no formales.

Para cerrar, quiero compartirles esta pregunta: ¿Cómo superar el miedo y empezar a ser más protagonistas en el cambio y la transformación social? defender, así, a los más pobres, a los más débiles?☹

Bibliografía

- Beltrán, W. M. (2010) Descripción cuantitativa de la pluralización religiosa en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. <http://www.bdigital.unal.edu.co/8486/1/williammauriciobeltran.2011.pdf>
- Congreso de la República de Colombia (2015) Ley 1753 de 2015. Expedición del Plan Nacional de Desarrollo 2014-2018: todos por un nuevo país. <http://bit.ly/2jEr1e2>
- Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (2000) Resolución 1325 de 2000. <http://bit.ly/1bxBgZY>
- Constitución Política de Colombia. <https://goo.gl/m61feF>
- Corte Constitucional (1995) Sentencia T – 200 de 1995: Alcances y limitaciones de la libertad de cultos. <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/1995/T-200-95.htm>



M Mirando hacia delante (providentia)

La tarea del Observatorio en lo que concierne el tema de la libertad religiosa a nivel local y global

Padre Robert Barringer, CSB¹

¹ Sacerdote de la orden de San Basilio y miembro del Observatorio Arquidiocesano de Evangelización.

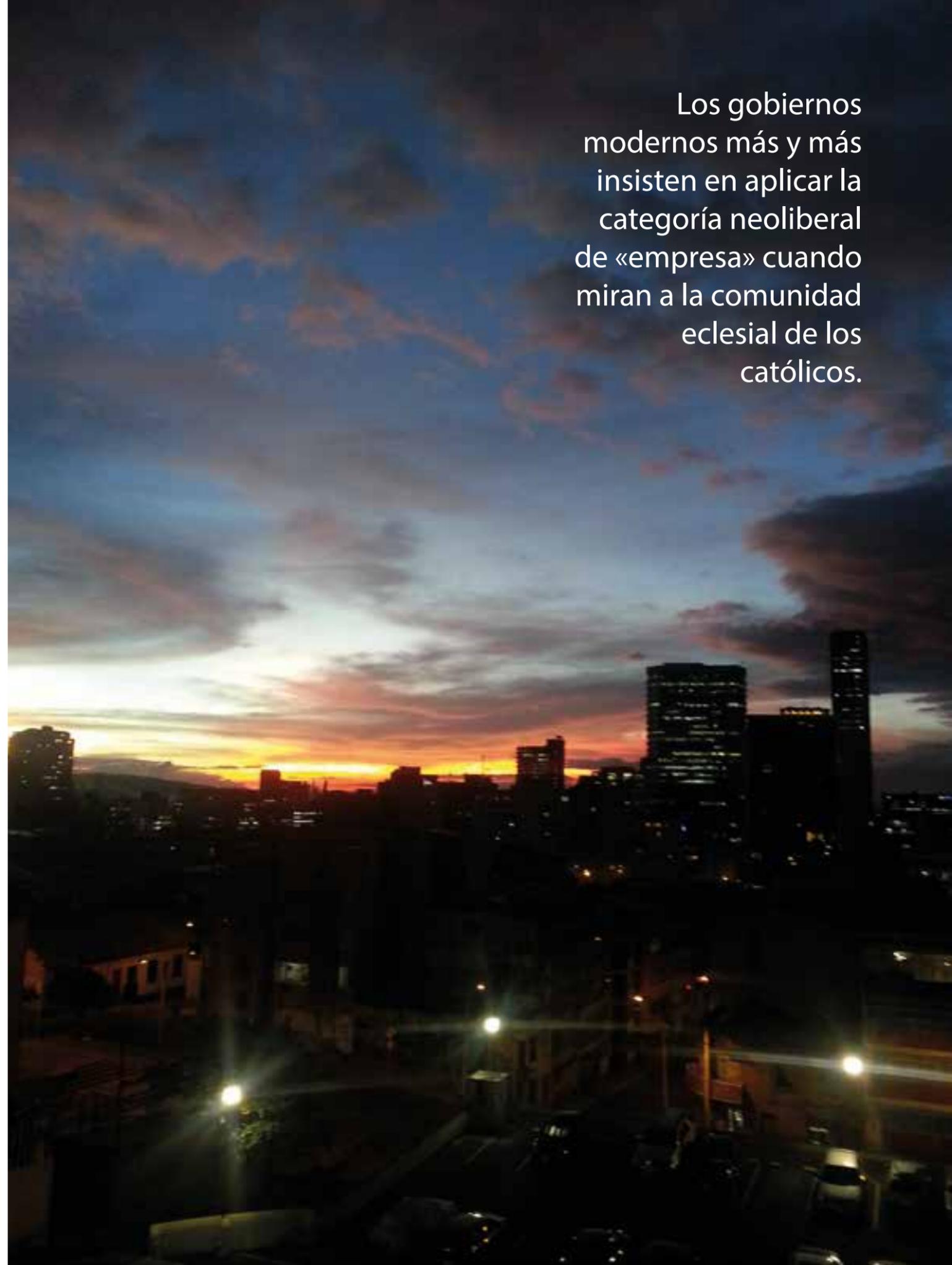
1. INTRODUCCIÓN

Como extranjero, que regresa a Bogotá solo por este año, después de una ausencia de algunos diez años, espero que una perspectiva desde afuera pueda contribuir a esa faceta de nuestro trabajo que debe medir los retos que surgen para la obra de evangelizar no solamente de la ciudad-región sino también del «mundo globalizado».

Casi inevitablemente –dadas mis circunstancias personales– tengo el instinto de ver la evangelización sobre el fondo de lo que viven ahora otras sociedades (en especial, las de América del Norte, de Europa y de Australia).

Por lo tanto, a las imágenes del «faro», del «vigía» y del «centinela», ya invocadas para describir la naturaleza del Observatorio, que pone la Iglesia sobre aviso de los peligros y amenazas presentes, quisiera añadir otra imagen evangélica, la del Buen Pastor. El Buen Pastor no solamente guarda la vida de su rebaño (hasta entregarse a la muerte por él), también tiene la responsabilidad de ejercer la *providentia*. ¿Y qué es

Los gobiernos modernos más y más insisten en aplicar la categoría neoliberal de «empresa» cuando miran a la comunidad eclesial de los católicos.



la providencia? Es el hábito de mirar hacia delante, más allá de lo presente, para poder discernir esos cambios de ambiente que van a influir fuertemente sobre todos nosotros, aunque todavía no se han arraigado completamente en nuestra misma puerta.

2. ELEMENTOS DESAFIANTES DESDE UNA PERSPECTIVA GLOBAL

El primero de estos elementos es la política adoptada hoy por casi todos los gobiernos occidentales, y cada vez más también por Colombia, hacia la libertad religiosa y de hecho hacia la religión misma.

A pesar de haber vivido durante muchos siglos en estrecha proximidad con la Iglesia Católica y sus instituciones (diócesis, parroquias, comunidades religiosas) como parte integral de la vida cultural, intelectual y cívica de sus naciones, los gobiernos modernos más y más insisten en aplicar la categoría neoliberal de «empresa» cuando miran a la comunidad eclesial de los católicos. Esto es relevante no solo por una futura decisión probable de incluir a todas las iglesias y su personal entre la categoría de lo que es gravable, sino también por el rechazo de admitir en las leyes algún reconocimiento de la naturaleza distinta e intrínseca de varias realidades únicas en la vida católica. Por ejemplo, el concepto de una «comunidad» no más tiene sentido en la mirada de los gobiernos modernos y por eso las congregaciones religiosas ya están vistas y tratadas como meras asociaciones (excéntricas) de personas no emparentadas.

En el formular políticas públicas hacia la religión, los gobiernos a todos los niveles están atribuyendo cada vez más una importancia predominante a la doctrina moderna del «pluralismo» como valor incontestable e intrínseco a cada sociedad democrática. Frente a las implicaciones de esta doctrina, las disparidades concretas y actuales que la presencia de las distintas religiones hace presentes en la vida de un país (por el número de sus fieles, la extensión de su impacto popular, etc.) no pueden ser admitidas por los gobiernos imparciales. La gran ironía es que mientras todos pregonan los efectos enriquecedores de la diversidad y del pluralismo, los mismos gobiernos, por la fuerza de sus decisiones judiciales y sus reglamentos detallados, están empujando cada sociedad actual hacia una uniformidad basada en los mínimos comunes denominadores. Se puede observar en esta tendencia un reflejo del mundo de

la publicidad comercial en que el mantra «sé tú mismo» equivale de hecho a «compra nuestro producto y serás feliz viviendo como todos los demás».

Todo esto va a la par con rehusarse a admitir cualquier singularidad al contenido del entendimiento católico de la persona y la sociedad humana ni de concederle cualquier validez, voz o voto en el foro público de una moderna sociedad liberal y democrática. En los EE.UU. por ejemplo, Hillary Clinton (como es bien sabido) ya ha proclamado que las iglesias (y de hecho todas las religiones) «deben cambiar hoy sus enseñanzas y sus prácticas para conformarse a la realidad del mundo actual en que viven». En la práctica esto ya se está pasando, por ejemplo, cuando los comités de admisión en las facultades de medicina rechazan aplicaciones de la parte de estudiantes católicos o musulmanes muy bien calificados porque no apoyan los recién proclamados derechos humanos al aborto, suicidio asistido o eutanasia. Además, no se sabe todavía hasta cuándo los gobiernos modernos del occidente -con el fin de promover la tolerancia- van a tolerar la prolongación de la educación católica en cualquier forma, dado que la fe misma de los católicos ha sido declarada una fuente irremediable de la intolerancia.

Un segundo elemento desafiante que fluye actualmente de la experiencia y perspectiva global es el hecho de que -dentro de un mundo inundado por la comunicación instantánea y sin fin- las distinciones conocidas entre los niveles de la sociedad humana, con sus propias responsabilidades correspondientes (locales, nacionales y globales), no pueden mantenerse por más tiempo.

En Bogotá, por ejemplo, existe un reciente esfuerzo importante hacia la formulación de una política pública tocando las tres libertades de religión, culto y conciencia². El último trasfondo de este esfuerzo reside en la Constitución Política de 1991. Dicha Carta habla de la «aconfesionalidad» del gobierno colombiano, pero en el mismo momento afirma que este gobierno mismo no está «indiferente» a la realidad religiosa del pueblo colombiano.

Sin embargo, el documento de la política pública ve en fin a este mismo pueblo como una aglomeración de individuos y no como una red de comunidades y grupos. Y cuando más tarde sí hace alusión a «Entidades Religiosas», el contexto de este lenguaje es

² La política pública de libertades fundamentales de religión, culto y conciencia del sector religioso para el Distrito Capital está en construcción.



el buscar reclutar los grupos religiosos («ese capital social») para adelantar los intereses sociales de la ciudad-región: «Las Entidades Religiosas asumen un papel central frente a los crecientes conflictos urbanos y los derivados del conflicto armado en el país... el trabajo articulado de estas organizaciones tiene un gran potencial...».

Sin embargo, y quizás como cosa inevitable, este proyecto bienintencionado de la Alcaldía Mayor ya se ve contradicho, si no socavado, por nuevas decisiones de los tribunales y cortes a todos los niveles, y por la introducción casi diaria de nuevos reglamentos y leyes de la parte del Congreso. He aquí el reflejo local y nacional de esa ola internacional de sentimiento antirreligioso que no ve en la religión hoy en día, sino una amenaza intrínseca al bienestar de ciudadanos individuos y entonces al principio

pluralista también. Según esa visión, la religión en sí misma será siempre algo que quiere suprimir y destrozarse la libertad del individuo (definida como el derecho a escoger) y como tal no podrá ser tolerada en la vida pública de un Estado moderno.

Así, se niega toda validez, por ejemplo, al principio de la subsidiaridad, un *insight* católico que discierne el auténtico funcionamiento de las sociedades humanas en la existencia necesaria de agrupaciones intermediarias entre el nivel del individuo y el del Estado Soberano. Hoy en día, no importa cuál individuo puede declarar que se siente víctima de la discriminación a causa del ejercicio de la libertad religiosa por parte de una comunidad o grupo particular y el Estado se sentirá obligado a negar la libertad del dicho grupo a fin de proteger la libertad reclamada por el individuo.

«Las entidades religiosas asumen un papel central frente a los crecientes conflictos urbanos y los derivados del conflicto armado en el país....el trabajo articulado de estas organizaciones tiene un gran potencial...»

Esta tendencia, visible al nivel internacional (y no solo en los EE.UU.), se ha manifestado ya en el contexto colombiano. La cancelación del *Te Deum* anual en la Catedral de Bogotá y la demanda de retirar todo apoyo financiero de las celebraciones públicas de la Pascua en Popayán son ejemplos. Para poder seguir apoyando esas celebraciones que tienen sus raíces en la religión, las autoridades se ven forzados a torcer el sentido religioso de ellas para poder presentarlas como «patrimonio cultural» o como espectáculo turístico que engendra ingresos por la ciudad y la región. Parece entonces que hay poca probabilidad que las «Entidades Religiosas» podrán aguantar estos desafíos en el futuro.

Un tercer reto que sale de una perspectiva global sobre el contenido de las libertades de religión, culto y conciencia tiene que ver con el papel del ciudadano católico —y no de la Iglesia misma como «entidad religiosa»— en la vida pública. La fragilidad de este papel se ve diariamente más y más evidente en una época global que es testigo de la transición de los obispos hacia los laicos en la política de los países.

Es un hecho sencillo, sin embargo, que los ciudadanos católicos, por mucho que son numéricamente mayoritarios, no más constituyen un bloque homogéneo de votantes. Y dado que tales bloques son los que los gobiernos y los políticos toman en serio a causa de su impacto sobre sus posibilidades de

ser reelegidos, no hay ninguna razón de hacer caso hoy de las convicciones y los intereses de «los católicos» en las elecciones.

Desde mediados del siglo XX, los laicos católicos han recibido su «formación» de mente y corazón más y más desde fuentes que, en sus visiones de la sociedad y de la persona humana, están simple y llanamente independientes de todo contenido e influencia católica. Además, en muchos casos estas fuentes no pueden ser reconciliadas con lo que implique la enseñanza milenaria católica por el florecimiento auténtico de la vida y sociedad humana.

Globalmente, ni las voces de las conferencias episcopales, ni siquiera de los papas, influyen en las decisiones de los modernos gobiernos democráticos —aun si los líderes y diputados de estos pertenecen a la Iglesia Católica— porque estos mismos gobiernos siempre pueden apelar al hecho de que los laicos católicos (como ciudadanos votantes) no van a seguir —y de hecho, no siguen—, las enseñanzas de su iglesia. Tampoco está claro hasta qué punto este nuevo laicado defendería en el futuro, o pagaría el costo para garantizar, la existencia en las nuevas sociedades pluralistas de cualquier institución católica.

Los efectos creados por este cambio en la población de los laicos católicos dentro del mundo occidental pueden dar fácilmente la impresión de un retiro católico masivo frente a la vida cívica. Aquí la ironía consiste en que, aun en los países con una historia y cultura predominantemente protestante, es mucho más grande hoy en día el número de los/ las católicos que ocupan cargos públicos que en cualquier momento del pasado. Sin embargo, lo que falta es precisamente la presencia de lo que podríamos llamar «un contenido católico» como contribución seria a la política pública y al proceso decisorio de los gobiernos. Las voces de los laicos aislados que intentan hacer esta contribución se perciben más como voces de individuos excéntricos que como voces representativas de una tradición que pueda jugar un papel serio en una sociedad humana moderna.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

La *providentia* del Observatorio entonces tiene que quedarse sensible a los siguientes hechos y sus implicaciones que son inherentes en la presente realidad global.

Los hechos

El primer hecho es que el mundo occidental contemporáneo (que incluye a Bogotá como ciudad-región) está dominado ahora por la visión de una sociedad política y cívica que será «neutral» en todos los campos de la vida. Esta visión tiene una dimensión positiva y también una negativa.

La dimensión positiva se ve en el rechazo de toda discriminación contra las personas humanas y el rehusar (por lo menos en teoría) el concepto de los puestos privilegiados destinados por unos pocos. Detrás de estos rechazos se encuentra el principio de la igualdad de todos los individuos, un principio promovido por el liberalismo europeo y el lenguaje constitucional norteamericano.

La dimensión negativa se percibe en la impotencia de las sociedades modernas para admitir la importancia por un estado sano del papel de grupos intermediarios («comunidades») entre el nivel del individuo y el nivel del Estado soberano. Tales grupos reflejan la realidad profunda que los seres humanos son entes sociales por su naturaleza y que la humanidad no es la mera suma de todos los individuos humanos, sino un grupo en sí, una raza, una comunidad. Descuidar el principio de la subsidiaridad en las relaciones humanas y sociales equivale al despojar al ser humano de una dimensión crucial de su dignidad personal: *persona est relatio*.

El segundo hecho es que esta idea de una «neutralidad» benéfica constituye en sí otra «ideología» que se presenta sin argumentación ni comprobación como ideal, más, como una verdad patente. Y frente a esta «verdad» el pasado en todas sus formas, incluyendo sus formas religiosas/católicas a niveles locales, nacionales e internacionales, debe rendirse para aceptar supervisión y control.

Las implicaciones

La primera implicación entonces es que la voz del Observatorio tiene que dedicarse conscientemente a la práctica de la *providentia*, del mirar hacia delante, y también animar a todos involucrados en el Plan de evangelización a incorporar este elemento

En Bogotá, por ejemplo, existe un reciente esfuerzo importante hacia la formulación de una política pública tocando las tres libertades de religión, culto y conciencia

de la providencia en sus preparativas y trabajos, dado que los efectos del nuevo ambiente global ya son activos en la totalidad de la vida bogotana.

La segunda implicación es que la obra de preparar la evangelización prevista por el Plan de Evangelización de la Arquidiócesis tiene que adoptar, como asunto de suprema urgencia y enfoque central, la apropiación por parte de los/las laicos de una visión auténticamente católica de la dignidad de la persona humana, no como mero individuo, sino siempre como miembro de numerosos grupos/comunidades ascendientes (el principio de la subsidiaridad). Una tal apropiación hará efectiva la voz católica en el renuevo de Bogotá como comunidad humana. Además, los movimientos de renuevo católico desde los siglos XIX y XX (bíblico, patrístico y litúrgico) nos han proporcionado el recurso indispensable de un acceso mucho más seguro y generoso no solamente al contenido vivo de esta visión, sino también a su energía vibrante. Juntos, este contenido y esta energía, serán elementos claves en la formación de los laicos católicos cuya presencia e impacto se necesitarán tan urgentemente en el nuevo milenio. ☉

CUIDADO DE LA CASA COMÚN

Una ciudad que cuida de la creación

Victorino Pérez Prieto, PhD¹

¹ Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca y Doctor en Teología de la Universidad de Santiago de Compostela.

La llamada urgente a cuidar nuestra casa común en Bogotá. Tres partes constituyen esta exposición:

1. ¿Qué significa cuidar la creación según la fe bíblica y judeocristiana?
2. ¿Cuál es nuestro papel ante la creación amenazada?
3. ¿Cómo aplicar la carta *Laudato Si* en nuestra ciudad/región?



Recuperada en: [https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Victorino_P%C3%A9rez_Prieto_\(AELG\)-4.jp](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Victorino_P%C3%A9rez_Prieto_(AELG)-4.jp)

1. ¿Qué significa cuidar la creación desde la perspectiva judeocristiana?

El judeocristianismo ha sido acusado, en los comienzos del ecologismo, del desastre ecológico (Lynn White). Se ha dicho que esta idea de dominar la tierra, explotándola indiscriminadamente es, sobre todo, culpa de los cristianos. Sin embargo, la fe judeocristiana es intrínsecamente verde. Y el fundador del cristianismo, Jesús de Nazaret, es un ecologista. Para verlo, no hay más que leer los Evangelios desde esta perspectiva.

Pero, es evidente que hemos olvidado la sabiduría. Por ejemplo, la del sabio chino Lao Tse, que dice en el Tao te king: «Producir y nutrir, crear sin poseer, multiplicar sin someter, ese es el misterio de la VIDA».

Los seres humanos
somos tierra,
somos barro.

De modo semejante, ya decía en el pasado siglo XX el pensador, teólogo y pastor cristiano, Albert Schweitzer: «Yo soy la vida que quiere vivir en medio de la vida que quiere vivir».

La fe judeocristiana es intrínsecamente verde desde el Antiguo al Nuevo Testamento. La concepción bíblica de la realidad no es dualista, sino unitaria: materia y espíritu están íntimamente e indisolublemente vinculados y caminan juntos hacia la plenitud final.

En el relato del Génesis, aparece el ser humano como *adamá* (salido de la tierra). Es decir que los seres humanos somos tierra, somos barro; magníficamente expresado en el muñequito de barro al que Dios le da el soplo de vida, pues somos materia con espíritu, y lo que nos hace imagen de Dios es tanto nuestra materia como nuestro espíritu. *Adamá* no recibe del Dios, creador y Señor, el encargo de dominar-espolar la tierra, sino de cuidarla como buen jardinero o, mejor, hortelano. Porque el señor de la tierra no es Adán, sino Dios, pues la perspectiva de la Biblia no es antropocéntrica, sino teocéntrica. Dios, como dueño de la tierra, encarga a Adán cuidar la tierra.

Se trata, pues, de pasar del dominio del señor al cuidado del hortelano, del jardinero: O vivimos con la tierra o morimos con ella. Y Adán tiene que salir de aquel jardín al no saber mantener el equilibrio, al haber roto ese equilibrio y haber creado enfrentamiento, primero entre él y su mujer; por eso la tierra se le vuelve hostil. La culpa no la tuvo Eva, como una comprensión desde una mirada patriarcal, sino que la culpa la ha tenido esta falta de armonía del ser humano con la tierra y por tanto consigo mismo, pues Adán es tierra.

Pecado y destrucción de la naturaleza están siempre íntimamente unidos en la Biblia. Como nos dice el Deuteronomio: «Hoy pongo ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos... vivirás y serás fecundo, y el Señor te bendecirá en la tierra... Pero si tu corazón se desvía... no viviréis mucho tiempo en la tierra» (Dt 30,15-20). Tú serás feliz si eres capaz de vivir en equilibrio con esta tierra, si no respetas esta tierra ella tampoco te respetará y se volverá contra ti. Y el pecado contra la tierra es el pecado del egoísmo y la depredación.

El profeta Isaías, en su sátira contra el rey de Babilonia, escribe acerca de su caída y el fin de la gue-

rra que la tierra canta con júbilo: «La tierra descansa tranquila y lanza gritos de júbilo; hasta los cipreses celebran tu ruina y los cedros del Líbano dicen: Desde que sucumbiste no sube a talarnos el leñador» (Is 14,7-8). La destrucción de los bosques no era precisamente para vivir, sino para construir armas de guerra.

En fin, la buena nueva del Evangelio es promesa de liberación, sobre todo para los más pobres, y plenitud para toda la creación. Aunque para encontrar el evangelio verde, necesitamos borrar siglos de pensamiento antropocéntrico, depredador y destructor, y no precisamente para el bienestar común, sino para el acaparamiento de unos pocos. Por algo decía san Juan Crisóstomo: «un rico o es ladrón o es hijo de ladrón». Necesitamos borrar siglos de pensamiento antropocéntrico que colocaron al hombre, y no a Dios, en el centro del universo y que hicieron, desgraciadamente, de la Iglesia occidental un cómplice de la explotación indiscriminada y la contaminación de la Tierra. Y sin embargo, Jesús de Nazaret es un ecologista que manifiesta un profundo conocimiento y amor por la naturaleza (Mc 13,28; Mt 6,26-30...). Él invita a sus seguidores a respetarla, trabajarla y disfrutar en ella con justicia y amor. Jesús era un obrero y un campesino, que había nacido y crecido en el campo; precisamente, por eso logró el equilibrio con la creación que se ve claramente en el desierto. Jesús en el desierto, antes de su vida pública, es la expresión del equilibrio con el cosmos. En el desierto de Palestina, en el día se alcanzan temperaturas de 45 y 50 grados centígrados y por la noche bajan a 10 grados bajo cero. Por eso, hasta las piedras se resquebrajan; aun así, Jesús vivía en equilibrio con esta tierra y con las fieras. Este equilibrio lo quiere romper el Tentador, pero el que vence es el Jesús de la vida.

2. ¿Cuál es nuestro papel ante la creación amenazada?

Según Edgar Morin, la realidad es un caos-cosmos, porque dentro del presunto caos de la naturaleza, se organiza el cosmos en perfecta armonía. Es el ser humano el que le quiere poner puertas al viento, como decimos en España. Le pone cauces al río y éste tiene que seguir haciendo sus meandros porque es su memoria. Desgraciadamente, parece que la especie más peligrosa del planeta tierra es el ser humano.

Y sin embargo, frente a la voluntad de dominio depredador del ser humano sobre la naturaleza, muchos pedamos que, como dice Raimon Panikkar (1994): «El cometido del ser humano no es el de

dominar la naturaleza, sino precisamente el de cultivar: cultivarse a sí mismo y la naturaleza, precisamente porque ambas no se pueden separar». Cultivar no es dominar, sino crecer en armonía. O crecemos con la naturaleza o morimos con la naturaleza.

Panikkar habla de una ecosofía, una «sabiduría de la tierra», para que los humanos nos podamos relacionar correctamente con la naturaleza superando el antropocentrismo. Una sabiduría que debe ser global, total: ver a la Tierra como sujeto. «Más que una nueva actitud del hombre hacia la naturaleza, lo que se necesita es un cambio radical, una conversión a fondo que reconozca y haga suyo el destino común de ambos. Mientras no se vea que su relación los constituye a los dos, mundo y hombre, nunca se encontrará un remedio duradero. Ninguna solución dualista puede sostenerse» (Panikkar, 1993).

Más que hablar de ecología prefiero hablar de ecologismo, pues conozco ecólogos que no son ecologistas. El ecologismo es una militancia, una lucha pacífica por la transformación y el crecimiento en armonía. Los ecologistas no son unos locos, como piensan algunos, sino, más bien, los únicos lúcidos en este mundo de locos.

Mientras nuestra relación con la naturaleza se rija por la convicción de la plena sumisión de esta al ser humano, no hay esperanza ni para la naturaleza ni para el propio ser humano. Por eso, escribe Jürgen Moltmann (1992), gran teólogo cristiano y uno de los padres de la ecoteología: «La muerte de los bosques corresponde a la difusión de las neurosis psíquicas; a la contaminación de las aguas el sentimiento vital nihilista de muchos habitantes de las grandes ciudades... Cada uno de nosotros lleva la crisis ecológica en su propio cuerpo».

Para que nuestro mundo tenga futuro, necesitamos una nueva manera de pensar el mundo. Necesitamos concebir el mundo de manera global, holística; teniendo en cuenta la interconexión existente entre todos los procesos naturales, de todo con todo. Somos estructuras de relación; somos expresión de la relación del cosmos, de la naturaleza, de la armonía del Universo. La perspectiva holística nos descubrió que lo que caracteriza la realidad son estructuras de relación y relatividad, procesos de transformación y cambios abiertos. En este nuevo modelo orgánico o mutualista, un ser no entra en relación con otro, sino que se encuentra de por sí en relación. La Trinidad, por ejemplo, significa Dios en relación; Dios es amor, porque Dios es pura relación. Nosotros somos capaces de vivir en relación, porque nuestro origen es el Dios amor en relación. Por eso, debere-

Según Edgar Morin, la realidad es un caos-cosmos, porque dentro del presunto caos de la naturaleza, se organiza el cosmos en perfecta armonía.

mos aprender a pensar cada vez más en nosotros como jardineros y amantes, co-creadores y amigos de un mundo que nos da la vida y el sustento.

En esta *metanoía*, o cambio profundo, hay un gran santo cristiano que nos puede servir de guía, a pesar de los siglos que nos separan: Francisco de Asís, el santo patrono de los ecologistas, el místico de la fraternidad-sororidad cósmica, que quiso derrocar la monarquía absolutista de los humanos sobre la naturaleza para «implantar una democracia de todas las criaturas de Dios» (White, 1967).

Desgraciadamente, desde entonces hasta hoy, somos más discípulos de Pietro Bernardone, su padre, hombre de la burguesía y el dominio comercial. Pero ahora «todos debíamos hacernos discípulos de San Francisco, si queremos rescatar la sacralidad de la tierra en un nuevo paradigma» (Boff, 1990). Su lema «*Deus meus et omnia*» es un eslogan cósmico, una llamada a recobrar la armonía rota, consigo mismo, con Dios y con toda la naturaleza amenazada.

Francisco de Asís nos sigue enseñando una pasión por la vida, por el equilibrio en armonía con toda la realidad material. Y una espiritualidad que está en la base de esa pasión, íntimamente implicada con ella: dejarse extasiar por la profundidad de la realidad para llegar a una comunión profunda con su fundamento, el Misterio que late en todo.

3. ¿Cómo aplicar la Carta «Laudato Si» en nuestra ciudad región?

El papa Francisco escogió las palabras del *poverello* para la primera encíclica papal sobre la ecología: *Laudato Si* (LS). Una encíclica que generó de inmediato simpatías y antipatías, como no podía ser

El ecologismo es una militancia, una lucha pacífica por la transformación y el crecimiento en armonía



de otro modo si pretendía ser realmente ecológica y aún ecologista. Los conservadores norteamericanos ya decían hace años que los ecologistas eran como las sandías (las patillas en colombiano): verdes por fuera y rojos por dentro; o sea, en realidad, son unos revolucionarios peligrosos para el *stablishment*, el orgulloso «modo de vida americano». Peligrosos precisamente porque quieren cambiar el sistema desde la raíz, desde su fundamento en una economía depredadora, cuyo sustento es el máximo rendimiento económico en la explotación de la hermana tierra. Por eso, los ecologistas son los profetas incómodos de nuestro tiempo. Incluso, en las últimas décadas, han pagado con su vida el compromiso con la tierra, frente los poderes económicos y políticos. El último caso de una ya larga lista fue el reciente asesinato de la líder indígena hondureña, Berta Cáceres.

Alguien calificó la encíclica de «tan ecologista como una lancha de *Greenpeace* desafiando a un petrolero». En su presentación, con el patriarca Bartolomé, habla Francisco de la necesidad de arrepentirse de «las propias maneras de dañar el planeta», de «nuestra contribución a la desfiguración y destrucción de la creación», reconociendo nuestro pecado destructor, que es «un crimen contra la naturaleza, contra nosotros mismos y un pecado contra Dios» (LS 8).

El Papa habla particularmente de la contribución a la degradación de las ciudades y el nefasto cambio climático, indicando que en esa contribución unos son más culpables que otros, pero los peores impactos recaen sobre los más pobres: «En el cambio climático hay responsabilidades diversificadas y corresponde enfocarse especialmente en las necesidades de los pobres, débiles y vulnerables, en un debate a menudo dominado por intereses más poderosos». Como se ha señalado acertadamente, la *Laudato Si* es, particularmente, un alegato contra del caos urbano y la degradación de los barrios:

Advertimos el crecimiento desmedido y desordenado de muchas ciudades [sobre todo en el Tercer Mundo] que se han hecho insalubres para vivir, debido no solamente a la contaminación originada por las emisiones tóxicas, sino también al caos urbano, a los problemas del transporte y a la contaminación visual y acústica. Muchas ciudades son grandes estructuras ineficientes que gastan energía y agua en exceso. Hay barrios que, aunque hayan sido construidos recientemente, están congestionados y desordenados, sin espacios verdes suficientes (...) En algunos lugares, la privatización de los espacios

Francisco de Asís, el santo patrono de los ecologistas, el místico de la fraternidad-sororidad cósmica, que quiso derrocar la monarquía absolutista de los humanos sobre la naturaleza para «implantar una democracia de todas las criaturas de Dios»

ha hecho que el acceso de los ciudadanos a zonas de particular belleza se vuelva difícil (...) Suele encontrarse una ciudad bella y llena de espacios verdes bien cuidados en algunas áreas «seguras», pero no tanto en zonas menos visibles, donde viven los descartables de la sociedad (...) No se trata de destruir y de crear nuevas ciudades supuestamente más ecológicas (LS 44. 45. 143)

El Papa denuncia la realidad de los llamados barrios cerrados, que conoció en Buenos Aires y a los que alude sin nombrarlos. Y critica la privatización de los mejores espacios para unos pocos: «Se crean urbanizaciones «ecológicas» solo al servicio de unos pocos, donde se procura evitar que otros entren a molestar una tranquilidad artificial. Suele encontrarse una ciudad bella y llena de espacios verdes bien cuidados en algunas áreas «seguras», pero no tanto en zonas menos visibles, donde viven los descartables de la sociedad» (LS 45). Francisco habla, en fin, de que: «Hace falta cuidar los lugares comunes, los marcos visuales y los hitos urbanos que acrecientan nuestro sentido de pertenencia, nuestra sensación de arraigo, nuestro sentimiento de «estar en casa» dentro de la ciudad que nos contiene y nos une» (LS 151).

Los ecologistas son los profetas incómodos de nuestro tiempo.

Por eso, se ha hablado del «certero análisis de los problemas de las ciudades de un extremista llamado Francisco»:

Es como si le hubiese inspirado una trinidad formada por Jan Gehl [galardonado arquitecto danés, muy preocupado de buscar ciudades para vivir], Antanas Mockus [político y profesor, ecologista; doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de París XIII; alcalde de Bogotá en dos ocasiones] y Ada Colau [activista social y política española/catalana, que pasó de liderar el movimiento okupa y el de anti-globalización a ser alcaldesa de Barcelona desde 2015]. El Papa trata en su encíclica muchos de los problemas esenciales de las ciudades del mundo: desigualdad, urbanismo social, transporte y movilidad, gestión de residuos, vivienda y hasta gentrificación y política de lo común. Y lo hace, parece que muy bien asesorado desde la Universidad Católica Argentina y por más de 200 colaboradores, con conocimiento y criterio (Bravo, 2015).

En el aspecto de los proyectos de desarrollo urbano, Francisco habla con claridad, especialmente en el Capítulo 5, numeral 3 sobre «diálogo y transparencia en los procesos decisionales»:

La previsión del impacto ambiental de los emprendimientos y proyectos requiere procesos políticos transparentes y sujetos al diálogo, mientras la corrupción, que esconde el verdadero impacto ambiental de un proyecto a cambio de favores, suele llevar a acuerdos espurios que evitan informar y debatir ampliamente (LS 182).

Para la elaboración de un proyecto productivo o de cualquier política, plan o programa a desarrollarse (...) Siempre es necesario alcanzar consensos entre los distintos actores sociales, que pueden aportar diferentes perspectivas, soluciones y alternativas. Pero en la mesa de discusión deben tener un lu-

gar privilegiado los habitantes locales, quienes se preguntan por lo que quieren para ellos y para sus hijos, y pueden considerar los fines que trascienden el interés económico inmediato (...) Hace falta sinceridad y verdad en las discusiones científicas y políticas, sin reducirse a considerar qué está permitido o no por la legislación (LS 183).

La cultura consumista, que da prioridad al corto plazo y al interés privado, puede... consentir el ocultamiento de información (LS 184).

En todo caso debe quedar en pie que la rentabilidad no puede ser el único criterio a tener en cuenta (LS 187).

Un texto que resulta clave para aterrizar en el aporte de la encíclica al análisis de la situación en Bogotá. Un caso particular es la polémica con el modelo de ciudad propuesto por el alcalde Peñalosa y la urbanización versus protección de la reserva forestal Thomas Van der Hammen (geólogo colombiano-neerlandés) en el norte de Bogotá. Su importancia para la mayor parte de los ciudadanos de Bogotá hizo que fuera declarada área protegida desde el año 2000; una reserva que está actualmente en grave peligro. Los científicos están de acuerdo en que la urbanización de este suelo sería calamitosa y es un error que no debería cometer la ciudad; sobre todo por las capas freáticas del subsuelo, que ayudan a descontaminar el río Bogotá, además de otras razones importantes en la defensa del ecosistema. Frente a esto, están las «presiones brutales de los urbanizadores». Así se comentaba en un foro reciente realizado en la Universidad de los Andes, con el Foro Nacional Ambiental y la Fundación Natura el 17 de febrero 2016.²

Concluyendo

La destrucción de nuestro medio ambiente no es una fatalidad, sino una consecuencia de nuestro pecado de humanos depredadores, la consecuencia de que los intereses económicos vayan sobre producto de una comprensión errada del mundo y de nuestra relación con él: no reconocer que somos en relación y si rompemos el equilibrio de esa relación... no somos. ☹

² Al respecto vea: <http://www.uniandes.edu.co/noticias-transmisiones-canal-video/68-t-transmisiones/2485-el-futuro-de-la-reserva-forestal-thomas-van-der-hammen>



La corrupción, que esconde el verdadero impacto ambiental de un proyecto a cambio de favores, suele llevar a acuerdos espurios que evitan informar y debatir ampliamente (LS 182).

Bibliografía

- Bravo, P. (2015) «El certero análisis de los problemas de las ciudades de un extremista llamado Francisco». El Diario. http://www.eldiario.es/desde-mi-bici/analisis-problemas-ciudades-extremista-Francisco_6_402169794.html
- Panikkar, R. (1994). Ecosofía. Para una espiritualidad de la tierra. Madrid: San Pablo.
- San Juan de la Cruz (1973). Vida y obras. Madrid: BAC.
- San Francisco de Asís (1971). Escritos y biografías. Madrid: BAC.

- Boff, L. (1990). Francisco de Asís. Ternura y vigor. Santander: Sal Terrae.
- White, L. (1967) «The Historical Roots of our Ecological Crises». Science, 155 (1967): 1203-1207.
- Moltmann, J. (1992) La justicia crea futuro. Política de la paz y ética de la creación en un mundo amenazado. Santander: Sal Terrae.
- Panikkar, R. (1993) La nueva inocencia. Estella (Navarra): Verbo Divino.

ESCUCHA DE SABERES

Entrevista a Gustavo Wilches - Chaux

Este primer ejercicio ayuda a profundizar en el tema de la responsabilidad ecológica. El invitado es Gustavo Wilches Chaux, quien se presenta a sí mismo como «exalumno del terremoto de Popayán y exalumno del terremoto de Tierradentro, con un postgrado en el terremoto del Eje Cafetero». Estudió Derecho y Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad del Cauca, en donde se graduó en 1977 con una tesis laureada sobre derecho ambiental. Fue director regional del Servicio Nacional de Aprendizaje –SENA- en el Cauca, cargo en el que le correspondió diseñar y dirigir el programa de reconstrucción comunitaria adelantado por esa entidad con posterioridad al terremoto que en 1983 destruyó a la ciudad de Popayán. Como resultado de esa experiencia Wilches-Chaux escribió el libro *Herramientas para la crisis: desastres, ecologismo y formación profesional* publicado por el SENA en 1989 y obtuvo la beca «James Rook», otorgada por el Consejo Británico. Con esa beca estudió producción de audiovisuales en Bristol y manejo de desastres en Oxford. Actualmente, trabaja como consultor independiente, profesor universitario y escritor. Entre los más de veinte libros que ha escrito y publicado, se desatacan los siguientes: *La letra con risa entra, ¿Y qué es eso, desarrollo sostenible?, Auge, caída y levantada de Felipe Pinillo, mecánico y soldador o yo voy a correr el riesgo: guía de LA RED para la gestión social del riesgo, Manual para enamorar a las cañadas, De nuestros deberes para con la vida, La reubicación de San Cayetano, ¡Ni de Riesgos!: herramientas sociales para la gestión del riesgo y Del suelo al cielo (ida y regreso)*. <http://www.col.ops-oms.org>

Encargada del ejercicio de escucha: Alejandra Martínez, secretaria del Observatorio.



Alejandra: ¿Cómo fue que llegaste a estos temas de riesgo? ¿Por tu experiencia en Armero y Popayán?

Gustavo: Yo estudié Derecho en la Universidad del Cauca y comencé a hacer mi tesis en 1974. El tema lo encuentro ayudándole a un compañero que iba más adelante a buscar sobre qué hacer su tesis y yo me enteré que acababa de salir el Código de recurso naturales, el primer código de recursos naturales que hubo en Colombia. Mi amigo optó por un tema distinto y yo me quedé con el tema ambiental, entonces mi tesis en 1977, fue una de las primeras tesis al respecto.

Me gradué en el 77, en el 1978 entre al SENA del Cauca, como director regional y en 1983 vino el terremoto de Popayán. Con un equipo grande del SENA, diseñamos el programa de autoconstrucción de vivienda popular. Allí entendimos que el trabajo nuestro no era construir la telaraña, sino fortalecer a la araña, para que las arañas reconstruyeran su casa. Al principio, pensábamos que el objetivo era construir casas... y en un momento, que fue una epifanía maravillosa, nos dimos cuenta de que realmente la casa era un subproducto útil del proceso;

pero que la verdadera gran obra, para hablar en términos de alquimia, era la transformación de la comunidad y de las personas que construían la casa. Se hizo un trabajo muy bello de fortalecimiento de la comunidad, porque las casas –sismo resistentes– salieron del esfuerzo común de la gente... se fortaleció a las arañas.

Más adelante, antes de irme a una beca que me ganó del Consejo Británico para ir a Inglaterra, que se otorgaba a personas con propuestas interesantes en el sector público, participé en un taller con varias regionales del SENA y el anfitrión fue la regional del Tolima. Esto fue en agosto de 1985. Allí se abordó el Nevado de Ruíz, lo que podría suceder cuando el Nevado de Ruíz hiciera erupción. Cuando sucedió lo de Armero, yo estaba en Inglaterra. El SENA se había adelantado a la situación; sin embargo, el país seguía completamente descuidado, frente a las advertencias previas y la gestión del riesgo.

En el año 94 viene el terremoto de Tierradentro en donde se pudieron desarrollar proyectos de concertación con las comunidades, pero con muchas dificultades. El terremoto hizo aflorar 500 años de

facturas históricas sin pagar. Era cosa de construir confianzas mutuas, porque además para enfrentar la situación, el presidente había nombrado seis representantes y era necesario que hubiera presencia de todos los afectados y de todos los actores de los diversos grupos que se encontraban, algunos enfrentados entre sí. Fue un esfuerzo enorme para generar confianza.

A: ¿Y por qué terminaste viviendo aquí en Bogotá?

G: Yo ya había vivido en Bogotá dos veces; pero en el año 2000, nos vinimos porque mis dos hijas estaban estudiando aquí, mi hijo se venía a estudiar acá y sobre todo, porque después del 90, mucho de mi trabajo fue por fuera. Entonces Popayán se había vuelto un dormitorio. Yo tenía que viajar a cualquier parte, venir a Bogotá y después a Popayán. Y se fue haciendo muy complicado tener casa allá y tener casa acá, así que nos vinimos todos para acá en el 2003.

A: ¿Eres feliz acá?

G: Mucho, me gusta mucho Bogotá. Es una ciudad muy generosa. Le agradezco mucho a Bogotá. Yo empecé a conocerla en uno de esos trabajos que hice con el antiguo Departamento Administrativo de Medio Ambiente –DAMA-, sobre aulas ambientales. Se trataba de construir un discurso que vinculara a todas las aulas. Se llamaba «Leamos a Bogotá desde las aulas ambientales». Ahí aprendí cómo pensar este territorio, cuál es la lógica de este territorio. Comencé a entender esto y a ayudar a la gente de aquí a entenderlo. A partir de ahí me di cuenta de que Bogotá ya era mi nuevo territorio; mi territorio del alma sigue siendo Popayán y más que Popayán, el Cauca entero. Pero, uno echa raíces en un territorio cuando comprende su dinámica y cuando está ayudando de alguna manera a transformar ese territorio; la esperanza se construye transformando la realidad.¹ Pero no se trata solo de Bogotá, sino de Cundinamarca –la tierra del Cóndor-. Para entender a Bogotá hay que verla como parte de un territorio mucho más grande del cual depende su sostenibilidad y su resiliencia.

¹ Para profundizar en esta idea se puede consultar una de las entradas de los blog de Gustavo Wilches: «Espiras de «esperanza». <http://witches-chaos.blogspot.com.co/2014/03/la-esperanza-se-construye-transformando.html>

Veamos por ejemplo que el páramo más grande de la galaxia está en Bogotá: es el Sumapaz. Hay una Bogotá rural increíble. Hay otros ecosistemas que están por fuera de los límites políticos, pero que están íntimamente ligados a la ciudad y hay un proceso tan interesante como el de la región central, la RAPE –Región Administrativa de Planeación Especial- que vincula Bogotá, Cundinamarca, Meta, Boyacá y Tolima como una zona región de planificación, donde todo el tema de los páramos, de las cuencas, de los cuerpos de agua es importantísimo.

Entonces, frente a una crisis sin precedentes en el planeta como la que estamos viviendo y cada vez se va sintiendo más, resulta fundamental consolidar todas esas fortalezas en agua, en ecosistemas, en biodiversidad... El resultado de todo eso es resiliencia climática, es decir, capacidad de aguantar extremos de sequía y de inundación: entender las relaciones que tenemos con el otro lado de la cordillera; comprender por qué, aunque otras zonas del país estén con tremendas sequías, aquí sigue lloviendo; preguntarnos e insistir en la pregunta que no se la hicieron quienes diseñaron la ley Zidres², ni mucho menos en el Congreso cuando la discutieron y la aprobaron: ¿Cuál puede ser el impacto del modelo Zidres sobre una región que tiene 14 millones de hectáreas de humedales? ¿Cuál puede ser el impacto de ese modelo sobre el clima de esta parte? Entendiendo que Bogotá cuenta con una confluencia de regímenes meteorológicos, hidrometeorológicos, toda está evaporación que viene del valle del Magdalena, lo que viene de los Llanos Orientales...

A: ¿Nuestra agua viene del valle del Magdalena?

G: Sí, nuestra agua atmosférica. Para más datos, tengo un artículo «Región hídrica río Bogotá: hacia una cultura anfibia» en la revista Razón Pública³; pero, uno que ha planteado mejor lo de la región

² «Las Zidres -zonas de interés de desarrollo rural económico y social- son territorios especiales con aptitud agrícola, pecuaria y forestal y piscícola identificados por la Unidad de Planificación Rural Agropecuaria (Upra), que se establecerán a partir de Planes de Desarrollo Rural Integral en un marco de economía formal y de ordenamiento territorial, soportados bajo parámetros de plena competitividad e inserción del recurso humano en un contexto de desarrollo humano sostenible, crecimiento económico regional, desarrollo social y sostenibilidad ambiental». (Página web de la Presidencia de la República).

³ Para consultar el artículo, visite: <http://bit.ly/1jab5MN>

hídrica es Ernesto Guhl. La idea que hemos desarrollado con el grupo Agua, clima y territorio del Acueducto es entender cómo de cada 100 gotas que el río Magdalena lleva, 70 de esas gotas vienen del sistema Chingaza y 30 vienen del Tibitoc y de Sumapaz. De esas 70 gotas, un considerable volumen viene de los llanos orientales, del Orinoco. Y el agua que nos llega de Chingaza es purísima. No tenemos que gastar mucho en descontaminarla. La región de Bogotá es una región privilegiada en recursos hídricos; entre tanto otras regiones de Colombia padecen de sequías.

Y aquí aparece un reto enorme y es cómo construir unas relaciones de reciprocidad entre lo urbano y lo rural que haga que un campesino que esté en una zona proveedora de agua para una gran ciudad reciba, en términos de reciprocidad, unas ventajas equivalentes. No se trata de pagar por servicios ambientales, porque esto trata al agua como mercancía, sino que haya transferencia económica, en términos de reciprocidad: que la educación de alta calidad de mis hijos esté garantizada, porque allá en mi territorio hay una escuela y una universidad donde pueda estudiar medicina; que pueda aprender de plantas y demás saberes de la región; que las zonas con reservas forestales o parques naturales sean las más ricas y no las más pobres, como pasa ahora. Debemos asumir el enorme desafío de distribuir mejor la riqueza hídrica que es más inequitativa que la distribución de la riqueza económica.

Es necesario generar un intercambio entre territorios que, en la misma época, están inundados y otros están pasando por sequías. Estos trasposos pueden hacerse almacenando agua para contar con el recurso en temporada seca. Pero compensando a las poblaciones que se afectan por el embalse: que si yo tengo que correrme un poquito para darle paso a un embalse, tenga beneficios reales y diga: «valió la pena» porque mejoran mis condiciones de vida. Pero no lo que pasa actualmente: se construye el embalse para generar energía a otros territorios, pero produce verdaderos desastres en las comunidades vecinas.

A: ¿Cómo podría ser ese intercambio?

Pensando en esta distribución, podría servir la figura de compensar, que no es pagar por los servicios ambientales. El concepto de compensación es un concepto muy bonito, porque permite la transferencia sin cobrar o pagar. Esto lo uno al sueño que tenemos y que en estos días se cayó por maromas de algunos congresistas, lo de la ley del agua como derecho fundamental. Había mucha ilusión, hay que seguir en esa lucha. Pero a mí el concepto

El resultado de todo eso es resiliencia climática, es decir, capacidad de aguantar extremos de sequía y de inundación

de mínimo vital gratuito no me gustó mucho, por lo gratuito, pues me parece muy perverso. Más bien, puede ser por ejemplo, si un reciclador recoge 100 kilos de botellas plásticas, las lleva a una bodega en donde le paguen un precio justo y además le dan un bono que le reconoce el servicio de liberar al territorio de 100 kilos de plástico y con ese bono paga el agua. No está sacando de sus ingresos para pagar el agua, pero tampoco es gratis, sino que es la reciprocidad con que el territorio le compensa del favor que le ha hecho. Y la mamá que se pone de acuerdo con las vecinas para recoger los niños al colegio mientras las demás mamás llegan del trabajo. Y recibe un bono por su servicio que le está prestando a su comunidad, y con él va y paga el agua. Este tipo de ejemplos ayudarían a pensar cómo va a compensar Bogotá al sistema Chingaza, al Sumapaz o al páramo Guerrero, por el agua que le están dando. Esto es todo un desafío en términos éticos.

Lo mismo frente al manejo de los ríos. Por ejemplo, tener en cuenta las variaciones que se generan en los lugares en donde se construyen los embalses, no solo en lo que toca a las personas, sino en lo que se refiere al derecho de los ríos a fluir, a desembocar, a hacer y desaparecer meandros... Si no, vea la forma como el río Cali crece y se lleva casas construidas sobre su cauce, arroyos en Barranquilla que reclaman sus cuencas naturales y el gran daño hecho a los humedales en la Sabana de Bogotá. Esto me ha llevado a entender y a defender el derecho al agua, el derecho del río a ser río, el derecho de un humedal a ser humedal. Entonces, donde había agua y humedales, ahora hay una costra humana y el espíritu de esos humedales está debajo de la costra que aflora y reclama lo suyo. Por eso, existe un desafío muy grande para Bogotá: entender qué significa ser una cultura anfibia para una ciudad de 40.000 mil hectáreas con nueve millones de habitantes.



seable- que es el escenario tendencial: una costra urbana creciendo y devorando todo lo que va alcanzando –la conurbación que dice Peñalosa- que fue lo que pasó en 1954 cuando Bogotá se tragó a Usaquén, Fontibón, Engativá, Bosa, Usme, Sumapaz, Suba... no se tragó políticamente a Soacha, pero en términos reales sí. Si esa costra sigue creciendo, la resiliencia en la ciudad y su capacidad de adaptación a las dinámicas ambientales, y también económicas, va a ser imposible. El segundo escenario indeseable es el crecimiento lineal a lo largo del río Bogotá... es menos grave que la primera. Y la tercera se llama el escenario desconcentrado que es un crecimiento equilibrado entre Bogotá y los municipios vecinos, con una gran importancia a todos los cuerpos de agua, los páramos y demás dinámicas que hacen viable el territorio.

Pensando en esto, me doy cuenta de que la reserva Van der Hammen suponiendo que no tiene biodiversidad –como dice el alcalde, quien afirma que solo son potreros... pero sí tiene biodiversidad, pues hay como 265 especies que dependen de esa reserva- es como decir para qué cartílagos sobre las vértebras si los cartílagos no tiene neuronas entonces no sirve para nada. Pero la función de los cartílagos es articular una vértebra con otra y evitar el roce que las desgastaría rápidamente; cuando se desgata el cartílago, aparece la hernia discal. Entonces, la reserva Van der Hammen es como un cartílago que articula el norte de Bogotá con municipios vecinos, evita que se rocen, ella es como un amortiguador hidráulico que se llena de agua para amortiguar golpes y por eso es una definición perfecta para la reserva en el complejo sistema ecológico de la sabana.

A: ¿Y de que se trata esta cultura anfibia?

G: Me alarmó un titular del Heraldo de Barranquilla que decía: «Volvió a la Mojana el flagelo de las inundaciones». Las inundaciones no son un flagelo y menos en la Mojana. Cuando se entiende así, se muestra cómo se ha perdido el patrimonio de las culturas anfibias. Para una ciudad como Bogotá, la cultura anfibia significa entender que las dinámicas del agua siguen mandando. Si tú te vas del Lago hacia el norte hasta la 90, ves cómo las calles se van ondulando o cómo la 11 se convierte en ríos cuando llueve. Hace poco, en mi blog⁴ publiqué

unas fotos del lago en la esquina del Lago y es que por algo esa zona se llama así.

El agua está reclamando todos sus derechos. Aquí se trata entonces de garantizarle todos los derechos al agua: construir drenajes sostenibles que le permitan al agua fluir, conversar con los actores no humanos del territorio –animales, humedales, ríos, montañas, bosques...- para no afectarnos a nosotros mismos, construir un Plan de Ordenamiento Territorial sostenible que garantice la convivencia de esta ciudad compleja con las dinámicas de la

naturaleza. En ese sentido, un problema que ha habido con la reserva Van Der Hammen es que se ha centrado mucho en la reserva sin hacer énfasis en la importancia que esta tiene con lo que se llama la «estructura ecológica principal de Bogotá» y esta no se puede estar alejada de la «estructura ecológica principal de Cundinamarca», sino que tienen que ser necesariamente complementarias.

A raíz de un proceso que se llamó la Mesa de planificación regional Cundinamarca, salió un Conpes en el 2003 y fue un proceso como de tres años, 3000 participantes, consultores internacionales... y se definieron tres escenarios de relación Bogotá – Cundinamarca en términos de desarrollo. El primero que se dijo es -este definitivamente es inde-

llamada: «La necesidad de una cultura urbana anfibia en Bogotá» 12 de noviembre de 2016.

⁴ <http://wilchesespecieurbana.blogspot.com.co/> Entrada

Debemos asumir el enorme desafío de distribuir mejor la riqueza hídrica que es más inequitativa que la distribución de la riqueza económica.

A: *¿Y los humedales?*

G: Fernando Viviescas, que fue vicerrector de la Universidad Nacional, fue a la primera persona a la que le escuché que Bogotá entró al siglo XX con 50.000 hectáreas de humedales y terminó con 600. Pero la dinámica sigue debajo.

Hace poco, en un evento de la Veeduría Distrital para entregar un premio al colectivo Amigos de la Montaña y les decía: «Tarea: cuando haya un desastre hay que preguntar qué derecho le ha sido violado al agua y aparecen las causas del desastre».

A: *Tú en los Diálogos en la ciudad sobre el cuidado de la creación afirmaste que en los cerros hay 1100 quebradas... ¿Dónde están? ¿No es un poco exagerado?*

G: Hay un libro que se llama «Así se viven los cerros orientales» de la Secretaría de Hábitat, con la Secretaría de Ambiente y ahí está el dato: 1120 quebradas en los cerros orientales. Una cosa que me sorprendió de Bogotá es que todas tienen nombre... Quebrada Padre de Jesús, Río Arzobispo, Las Delicias... es muy interesante porque mientras tengan nombre, tienen identidad... Si te vas del barrio Egipto hacia la salida vieja a Villavicencio vas encontrando muchas quebradas... Mientras tengan nombre, no importa que estén secas o enfermas, existen, no son alcantarillas. No debemos decirles el caño... porque aquí en Bogotá la palabra caño es despectivo: más que decir el caño de la Sexta, mejor el río Comuneros; el caño de la 30 es el río Salitre... que tengan nombre los hace actores del

Esto me ha llevado a entender y a defender el derecho al agua, el derecho del río a ser río, el derecho de un humedal a ser humedal.

ambiente y, por lo tanto, son actores con los que hay que aprender a conversar: «Perdonarás que te canalicemos, pero te compensamos...». Y canalizar es grave pero no tanto como ocultar o enterrar los ríos.

Hace unos años, una tremenda granizada generó una emergencia en la calle 26. Y en febrero del 2002 hubo una granizada similar en La Paz, Bolivia, que generó un enorme desastre con muertos y destrucción y me preguntaba ¿por qué en Bogotá generó una emergencia, pero no un desastre? Respuesta: porque en Bogotá tenemos los cerros orientales con vegetación que puede que no sea la ideal, pero amortigua muchísimo el golpe del agua; tenemos toda esa red de cinco subcuencas alimentadas por las 1120 quebradas: Fucha, Salitre, Tunjuelito, San Francisco y Molinos. Son ríos que, con excepción del San Francisco, aún fluyen. La diferencia entre una emergencia y un desastre es que este último altera toda la «normalidad» de un territorio, mientras que la emergencia la altera temporalmente. Entonces, para ser más resilientes y que el balonazo no rompa la telaraña o se pueda reconstruir muy pronto, se requiere que se proteja los derechos de nuestras 1120 quebradas.

Hay casos concretos que ponen en evidencia el buen manejo que puede hacerse de los ríos y humedales, por ejemplo el caso del río Tunjuelito. Y me pone a pensar porque yo desconfío de las desviaciones de los ríos... Antes, este río generaba muchos desastres y continuas inundaciones, pero hicieron una obra muy polémica que fue el embalse del Cantarrana y, ahora ya casi no se desborda... y alrededor hubo un proceso organizativo comunitario y de jóvenes, que junto a la ingeniería le devolvieron el derecho al Tunjuelito. Si la obra de ingeniería nos ayuda a los humanos a convivir con la dinámica del agua, bienvenida; si la obra de ingeniería busca reprimir la dinámica del agua, la llevamos perdida y genera desastres. La obra de ingeniería debe ser como la tabla de *surf*, que te permite pasar por encima de la ola, pero no romperla.

A: *Te refieres mucho a la relación del caos y complejidad ¿Cómo se ve esta relación en la ciudad?*

G: La palabra «caos» tiene muy mala prensa. Y caos es la palabra que utilizamos para dar nombre a un orden que no entendemos, que no es el orden lineal de los humanos, sino que es el orden que la naturaleza se da a sí misma. Ese caos —que algunos llaman la ley de la selva— es lo que permite la vida: la existencia de un bosque, las cadenas alimenticias y otros sistemas de regulación. Enton-





ces, el caos es todo lo contrario de ese orden que intentamos imponer los humanos a la fuerza; un orden cuadrículado que no existe en la naturaleza. Entonces, es necesario liberar palabras que han sido secuestradas y violadas, como caos y como por ejemplo la palabra «mito». Y es que el mito es visto como sinónimo de mentira: mito sobre el sida, mito sobre el cambio climático... y resulta que el mito es lo que le da sentido a la existencia, lo que te permite ser uno con el Universo, da sentido y es una palabra que hay que recuperar. El *Big Bang*, por ejemplo, es un mito basada en la ciencia. Y no es que yo diga que es mentira, sino que el mito del *Big Bang* es una explicación del origen del cosmos que nos permite entender cómo llegamos acá... basado en la ciencia.

A: Te he escuchado referirte a las teofanías...

G: Es una palabra que me enseñó un amigo. Él dice que se refiere a los diálogos con Dios. Yo no soy ateo. Tengo un sentimiento religioso muy profundo. Creo que el panteísmo es la forma de religiosidad más profunda porque tú ves a Dios en todas partes. Si algún día me encuentro a Yahvé yo le diré «Hola Yavería». Cuando rezamos: «Danos hoy nuestro pan de cada día...» es que nuestro pan de cada día

sale cada día, es el sol convertido en pan a través de la fotosíntesis... y cada vez que encuentro a Dios, le tomo una foto.⁵

A: Y en esas señales de Dios, en esos encuentros con Dios, ¿qué lees?

G: Esperanza en la vida, «verraquera de la vida», que es un concepto que a mí me gusta mucho. Uno de los grandes triunfos de la evolución del cosmos es la razón humana, es el software ligado al hardware que es la corteza cerebral. Pero se volvió tan absolutamente contundente que ocultó otras formas de conocimiento y de relación con el mundo. Y nuestro estúpido machismo nos hizo, por ejemplo, a los hombres de la especie humana ponerle a la intuición apellido: hablamos entonces de la intuición femenina. Como lo oficial es la razón, como lo oficial es el macho de la especie, entonces dejemos que las mujeres que son secundarias practiquen esas formas de conocer que son secundarias. Entonces el machismo hace que vayamos renunciando a

⁵ Para ver las fotos que Gustavo le ha tomado a Dios, visite el blog: <http://teologiadefractales.blogspot.com.co/>

otras maneras de conocer. El conocimiento a través del amor, por ejemplo.

La razón es importantísima, pero siempre y cuando la podamos poner al servicio de la «verraquera de la vida». Si intentamos poner la razón más allá de la verraquera de la vida, no hay salida. Mira tú, vamos para la COP 23⁶ y cada año va rompiendo el récord el calentamiento global, las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera es inversamente proporcional al número de conferencias internacionales para reducir los gases. Ante este modelo de desarrollo urbano que nos están imponiendo, cuando llega a la presidencia de los Estados Unidos un negacionista de la evolución y del cambio climático... podría ser desesperanzador. Pero hay razones de esperanza en otros lugares: en Alemania que avanzan en las energías alternativas... aunque estemos entrando demasiado tarde. Esto lo salva un milagro, pero el gran desafío es cómo hacemos el milagro y cómo ha hecho la vida el milagro durante 4000 millones de años de transformación y adaptación... si somos capaces de reconectarnos con eso, salimos. Nosotros somos expresión de la «verraquera de la vida»... por ejemplo, los extremófilos, es decir, los habitantes del río Bogotá, los seres unicelulares que viven adaptados a metales pesados, cero oxígeno... y allí están. O cuando en las exploraciones petroleras profundas encuentran «bichos»... Pero también los humanos somos expresión de la «verraquera de la vida». Las personas que contra toda evidencia, salen. Esa capacidad de perdón de las víctimas

⁶ Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático que se hace anualmente para tratar de disminuir las emisiones de gases invernadero.

que hemos visto en estos días, de gente que ha sufrido los horrores más tremendos y que debe ser tan difícil perdonar y sin embargo, dan cuenta de eso... son extremófilos. Logran entender que, a través del perdón, sanan sus heridas...

A: ¿Qué significa para un creyente católico apostarle a la «verraquera de la vida», al comprometerse con esta ciudad?

G: No puedo hablar de los católicos, porque no es el mito que comparto. Pero comparto el mito panteísta... En términos de *Laudato Si*, veo la necesaria corresponsabilidad con la obra de Dios y lo que el Papa insiste, que está mal interpretado eso que dice la biblia que Dios le dio la creación al Hombre para administrarla... Veo nuestra responsabilidad como parte del tejido vital, en un momento particular de la existencia humana que nos ha hecho especie urbana, y que nos ha convertido en seres urbanos... yo hablo de la ley de la selva, pero si nuestra circunstancia histórica y cósmica nos pone como seres urbanos pues aprendemos... sin dejar de reconocer esas interrelaciones: reconozcamos por qué mi calidad de vida es mejor en la medida en que los pájaros tengan una calidad de vida que les permita cantar a las 4:30 de la mañana... la existencia de las abejas... la cantidad de insectos que se garantiza si sembramos tales o cuales plantas... en la medida en que garanticemos la calidad de vida de otros seres vivos, estamos asegurando la vida humana. ☺



El agua está reclamando todos sus derechos

Consumismo y cultura del descarte en Bogotá



Juan Sebastián Acero Vargas¹

¹ Economista de la Universidad Nacional de Colombia, con maestría en Estudios Políticos Latinoamericanos de la Universidad Nacional. Docente de políticas públicas en la Universidad Central. Trabajó en el equipo técnico de la subdirección de aprovechamiento de la UAESP – Unidad Administrativa Especial de Servicios Públicos- encargado de la formulación del Plan de Gestión Integral de Residuos Sólidos 2016-2027.

Estos espacios de discusión y diálogo frente a la ciudad que queremos son fundamentales, especialmente, ahora cuando los problemas que antes se avizoraban, son ya tangibles, palpables y están creando repercusiones a nivel global. Y me refiero al tema de la gestión de residuos, que comúnmente parece un asunto de segundo orden o que no llama mucho la atención dentro de la Academia o en el campo de quienes se preocupan por los temas de la ciudad, pues es la seguridad o la movilidad las que aparecen como asuntos prioritarios para candidatos, alcaldes o gobernadores. El tema de la gestión de residuos tiene una transcendencia mayor a la que parece, si tenemos en cuenta de los efectos que genera la mala gestión, en términos de contaminación de los espacios comunes, de la naturaleza. El fenómeno de los residuos está directamente relacionado con nues-

tra época moderna: es un problema de las últimas generaciones, de los últimos 200 años. Por lo tanto, es nuestra responsabilidad darle algún tipo de solución a la misma.

Un poco de historia

La producción de residuos está directamente relacionada con la sociedad de consumo, con los procesos de industrialización que se dieron de manera acelerada en Europa y Estados Unidos en el siglo XVII y XVIII. Antes de estos siglos, no existía un problema de basuras en sí. Los hogares se encargaban de la gestión de sus propios materiales y lo hacían sobre todo por medio de la reutilización al máximo de los productos, dado que los bienes eran muy costosos. Esto es muy notorio, por ejemplo, en las pinturas antiguas: en ellas se ve el ajuar que se le daba a la hija cuando se casaba, que incluía ollas, vestidos... pues estos materiales, estos bienes, eran muy costosos y reutilizarlos era la máxima de estas sociedades.

Solo hasta que se producen bienes en masa, de forma industrial, y sus precios bajan lo suficiente como para ser adquiridos por la gran mayoría de la población, es que comenzamos a hablar de un problema de residuos. Los productos son desechados cada vez más, son dejados a un lado, para ser amontonados en las esquinas de las ciudades. Así, pasa de ser un problema de los hogares a ser un problema municipal, de salud pública, porque la acumulación indiscriminada de residuos empieza a ser fuente de vectores de enfermedades transmisibles, como el cólera. Esto ocurre principalmente en ciudades europeas y norteamericanas donde se estaban aglomerando ingentes cantidades de trabajadores y las condiciones de salubridad, los niveles de vida y las condiciones de vida eran muy precarios. Estas situaciones llaman la atención de las primeras administraciones municipales modernas, de esos primeros alcaldes de las ciudades del momento, para atender la salud pública y buscan depositar las basuras fuera de la ciudad, en vertederos o incinerándolas a cielo abierto. Estas fueron una de las primeras soluciones que se le dieron al tema de residuos.

Aparejados con estos, emergieron otros temas de la industrialización, problemas ambientales y sociales que, en los últimos siglos, se han venido acrecentando: la extracción de materias prima, la contaminación de fuentes hídricas, la destrucción de los bosques, la contaminación del aire y conflictos con comunidades que habitan estos territorios y que se oponen a la extracción de estas materias primas.

Además, hubo unos cambios fundamentales que tienen que ver con el objetivo de este conversatorio y es el tema de la cultura: no fue solamente que se produjeran más bienes, sino que se lograra que la gente pensara distinto, es decir, que con el consumo de estos bienes, iba a satisfacerse y a alcanzar la felicidad y a querer reproducir esa sensación con el constante consumo. Así se generó una sociedad de consumo, una cultura de consumo, una idea que es moderna, pues hace 500 años esta idea no cabía en la cabeza de nadie; solo existe hoy y hace parte no solo de las sociedades «avanzadas», sino de todos los centros urbanos del mundo. Esas sociedades de consumo se han ampliado y uno lo puede ver en los volúmenes del comercio internacional, pues cada vez se producen más mercancías, el consumo es mayor, pero a su vez, la producción de residuos por habitantes crece cada día y cada vez más, de manera preocupante, en las partes del sur del mundo como África, Asia, Améri-

La cultura de consumo es una idea moderna, pues hace 500 años esta no cabía en la cabeza de nadie; solo existe hoy y hace parte no solo de las sociedades «avanzadas», sino de todos los centros urbanos del mundo.

ca Latina, donde la población crece y la producción y consumo por habitante crece proporcionalmente. Entonces, todos estos efectos concadenados son el producto de la modernidad, que hoy nos permite reconocer los problemas más fácilmente, pues hace una década apenas aparecían.

La primera respuesta que dieron los gobiernos era llevar los residuos a vertederos e incinerarlos a cielo abierto. Solo hasta la década de los 60 y 70 se comprueba que esto estaba causando problemas de contaminación de fuentes hídricas, a causa de los llamados lixiviados –que son los líquidos que generan las basuras, por la descomposición del material orgánico, mezclados con la lluvia-. Estos lixiviados contaminan las fuentes hídricas y, a su vez, las incineraciones a cielo abierto contaminan el aire.

Esto llevó a que los gobiernos, principalmente los europeos, tomaran medidas al respecto y, a partir de ahí, aparece la tecnología de relleno sanitario, que es la más común en países como el nuestro y en el resto de América Latina. Los rellenos sanitarios son espacios estratégicos geográficamente, con unas condiciones de ingeniería que permitan minimizar el impacto ambiental y de salud pública. Minimizarlo mas no eliminarlo, porque eliminarlo por completo no es posible, pero sí minimizar en una proporción considerable sus impactos.

En Colombia esto se fue dando muy lentamente. Tres décadas después, en los 90s, estos rellenos empiezan a ser la política de los ministerios. Mientras en Europa y Estados Unidos, la preocupación iba más allá, pues los rellenos sanitarios tampoco estaban contribuyendo a la disminución de los gases de efectos invernadero, siendo la tercera preocupación en estos cambios sucesivos en la gestión de los residuos de origen urbano. Y precisamente estos gases de efecto invernadero fueron los causantes de cambiar las tecnologías de tratamiento de residuos, hacia unas que contaminaran menos la atmósfera, y esto es aprovechamiento al máximo de términos energéticos y utilizar esas tecnologías que permitieran ese aprovechamiento calórico de esos residuos para generación de energía. En la actualidad existen diferentes procesos, diferentes tecnologías y diferentes equipos, para este objetivo. Ese ha sido el paso que han llevado a cabo los países centrales como los europeos como Japón que es una gran potencia en este sentido, Holanda o Alemania.

Sin embargo, en los países del sur del mundo como Colombia, esto ha sido una transición difícil, porque aquí las condiciones han sido diferentes. Primero porque esas tecnologías son muy costosas y ad-

quirirlas e importarlas, haría que las tarifas de los servicios públicos subieran de manera alarmante y no serían asequibles a nuestras sociedades. También porque el tema de residuos a nivel urbano, por el desarrollo propio de nuestras economías, ha tenido la particularidad de llevar a un segmento poblacional marginado históricamente, como lo son los recicladores, se incorporaran a este ciclo de los materiales, y devengarán un ingreso. Eso hizo que pasar de una tecnología a otra fuera también problemático en términos sociales y políticos, porque implicaba excluir a grupos sociales enteros. En Bogotá, por ejemplo, hay 13.000 familias dedicadas al reciclaje y proporciones de condiciones similares en otras ciudades del mundo, como Nueva Delhi en la India, en el Cairo en Egipto, donde tuvieron conflictividades políticas similares a las que tuvo la administración anterior, cuando intentó cambiar de paradigma frente al tema de la gestión de residuos. Entonces en el sur del mundo las condiciones son un poco diferentes y ha hecho que la gestión de residuos tenga estas particularidades.

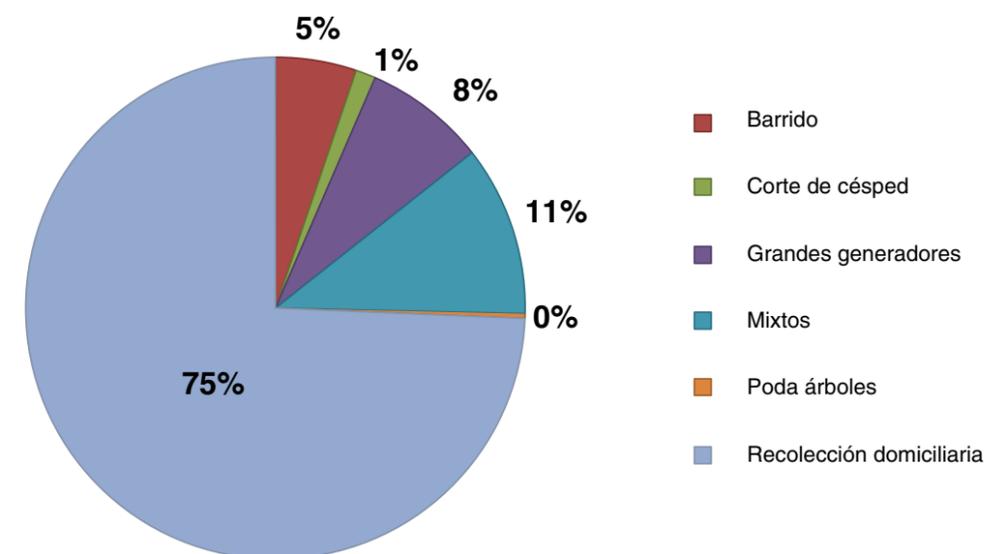
En Bogotá, hemos tenido históricamente un modelo de gestión de residuos centrado en la disposición final del relleno sanitario, o sea ¿de qué se trata el servicio de aseo hoy en Bogotá? En recoger el material y transportarlo al relleno sanitario, y por eso, nos ponen una tarifa que calcula la Comisión de Regulación. Este modelo ha tenido los problemas ya comentados: primero, un impacto en la salud urbana y pública. Tuvimos en Bogotá en 1997, el derrumbe de unas 1550 toneladas de basura que afectaron las veredas de Mochuelo Alto y Bajo, y contamina-

ron la fuente hídrica del barrio Tunjuelo. Esto no solo tuvo grandes problemas para la contaminación ambiental de las fuentes hídricas que abastecen a Bogotá, sino para las poblaciones circundantes a estas veredas: enfermedades respiratorias y en la piel que estuvieron relacionadas con una mala gestión del relleno sanitario.

Además, la generación de gases de efecto invernadero, como ya lo comentaba. Los rellenos sanitarios son responsables de alrededor del 19% de la producción mundial de gases de efecto invernadero. Esto ya es bastante dicente. Por esto, fue uno de los temas centrales cuando se formuló el Plan de gestión integral de residuos sólidos que está actualmente vigente, pues este es un punto central si uno quiere atacar el calentamiento global.

Y el tercer problema que nosotros también identificamos, es el tema de la segmentación, segregación y marginación de la población recicladora como oficio, que si bien prestan un servicio a la comunidad y hacen parte de la actividad del servicio público, esta actividad que ha sido llamada a la regulación y aprovechamiento, no existe normatividad al respecto y tampoco remuneración, sino hasta este año ya que salió un nuevo marco tarifario que implica la remuneración a quien preste el aprovechamiento; pero, por más de 50 años, esto no tuvo ninguna remuneración legal y, por tanto, la remuneración que se daba era una negociación en desventaja para los recicladores a favor de los grandes intermediarios de los residuos y de la industria.

Gráfica 1. Disposición final de residuos en Doña Juana por tipos de servicio. Promedio 2009 - 2015



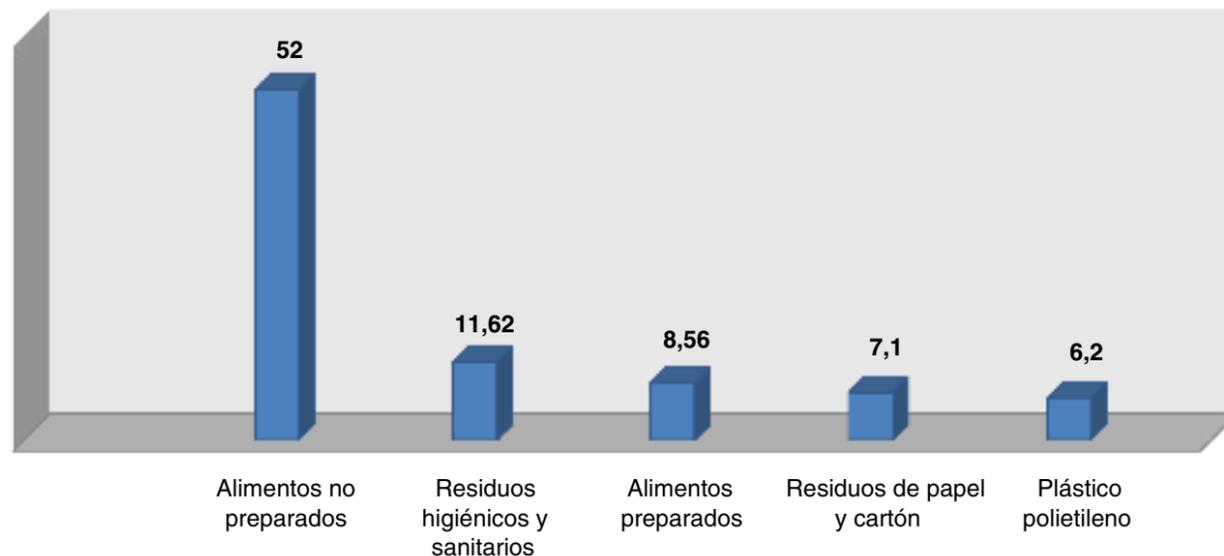
Estas cifras son bastante dicientes de esa situación y es que se ha generado una cultura del consumo exacerbado —que puede que no esté aparejado con las necesidades reales de la sociedad— y una cultura del desecho; es decir, no cuesta nada botar algo a la basura.

En la Gráfica 1, se ven los materiales que llegan al relleno, por actividades del servicio público. El 75%, casi tres cuartas partes de lo que llega al relleno, es de origen domiciliario, es el producto de lo que generan hoy los hogares en diferentes tipos de materiales.

Y en la Gráfica 2, se ven los cinco primeros tipos de materiales por composición física que llegan al relleno de origen domiciliario y vemos que el 52% de alimentos no preparados, el 8,56 son alimentos preparados entre los dos suman el 60% de lo que llega al relleno sanitario de origen domiciliario. Esa cifra es verdaderamente alarmante.

Según este análisis que hace Collazos, un profesor de la Universidad de los Andes en el 2011, es el análisis más actualizado que tenemos, al final en sus conclusiones recomienda que los gobiernos —los diferentes entes territoriales y el Gobierno Na-

Gráfica 2. Componentes físicos de los residuos sólidos residenciales - Bogotá D.C.



Los lixiviados contaminan las fuentes hídricas y, a su vez, las incineraciones a cielo abierto contaminan el aire.

cional- pongan atención a estas cifras, porque nos dicen mucho de la lógica y racionalidad con la cual hoy la sociedad colombiana produce y consume alimentos. Si esto lo contrastamos con las cifras de alimentos que están siendo importadas, en proporciones cada vez mayores, que además no son productos «orgánicos», como nosotros los conocemos, sino que son productos ultra procesados, con materiales ultra refinados, que están haciendo una transición nutricional en la sociedad colombiana y una transición en términos de las enfermedades que vienen aparejadas con las dietas, el problema es cada vez mayor. Pensar en el consumo de alimentos es una de las prioridades que tiene la sociedad colombiana y también qué estamos haciendo

con los alimentos que no estamos consumiendo, porque, los residuos son los causantes de los gases de efecto invernadero, pero sobre todo estos que nosotros llamamos residuos orgánicos putrescibles entre los cuales se encuentran los alimentos, porque en su descomposición desnivela la atmósfera, los gases que están produciendo este fenómeno de dimensiones catastróficas.

Podemos ver el segundo residuo es el higiénico y sanitario. Estos son residuos como las toallas higiénicas, pañales... que son residuos peligrosos por sus composiciones físicas y químicas que deben tener un tratamiento especial y sin embargo es el segundo renglón de lo que está llegando a los rellenos sanitarios y esto contribuye a un mayor nivel de contaminación.

El cuarto y el quinto son tipos de materiales de papel y cartón y el plástico de polietileno. El polietileno es el plástico más popular, de más fácil producción, que se encuentra, por ejemplo, en las bolsas plásticas. En el supermercado o en la tienda, entregan cuatro, cinco o diez bolsas plásticas cuyo uso es mínimo, y su valor de cambio o precio es casi nulo por unidad. Por eso, es común que los desperdiciemos o que los supermercados o negocios de grandes superficies hagan un uso irracional de este material en polietileno, que podría ser incorporado al ciclo productivo que es el reciclaje a través de diferentes tratamientos. Y sin embargo, es lo que más está llegando al relleno. El papel y el cartón también podría ser reintegrado al ciclo reproductivo a través del reciclaje.

Salvo los residuos peligrosos que deben tener un tratamiento especial, estos cinco tipos de materiales juntos suman el 85% de lo que llega al relleno, que podría ser reintegrado al ciclo reproductivo mediante políticas de aprovechamiento y no se está haciendo. Todavía está siendo enterrado al sur de Bogotá. Ver este tipo de materiales y estas cifras, llama la atención sobre cuál es la lógica para la producción para satisfacer unas necesidades, pero también la lógica de la gestión de residuos. Si es posible aprovechar estos materiales ¿por qué están siendo enterrados? La respuesta que nosotros encontramos al hacer el diagnóstico, es que esta lógica no estaba pasando solo en Bogotá, sino en gran

Los rellenos sanitarios son responsables de alrededor del 19% de la producción mundial de gases de efecto invernadero.

parte del mundo, especialmente en las ciudades del sur. Entonces, lo que debemos hacer es girar el modelo hacia otra perspectiva, una que maximizara el aprovechamiento de estos materiales al ciclo productivo —que la industria pudiera transformarlos— o que pudiéramos generar energía con estos; minimizar la disposición final en el relleno e incluir socialmente a esta población que ha sido históricamente marginada.

De ahí que el concepto central que se manejó en la política de la Bogotá Humana fuera el de desarrollo sostenible. Un desarrollo que permitiera no gastar los materiales de la generación futura, sino que promoviéramos un desarrollo que las generaciones futuras pudieran también aprovechar y así sucesivamente en el tiempo y no esa carrera angustiada que está llevando la sociedad moderna rápidamente a acabar esos recursos en una lógica que es claramente irracional. ☹

Desperdicio de alimentos en Colombia

Ana Catalina Suárez Peña¹

¹ Abogada. Universidad de Medellín. Candidata a magíster en Gerencia para el Desarrollo en la Universidad Externado de Colombia. Directora ejecutiva de la Asociación de Bancos de Alimentos de Colombia.

Los datos de desperdicio y «pérdida» de alimentos en Colombia son alarmantes: Se considera pérdida cuando los alimentos no completan la cadena de suministro desde la producción inicial hasta el consumo final en los hogares. La «pérdida» puede darse por problemas en la recolección, almacenamiento, embalaje, transporte, infraestructura o a los mecanismos de mercado, o de los precios, así como a los marcos institucionales y legales. Las bananas recolectadas que se caen de un camión, por ejemplo, se consideran pérdida de alimentos.

Cuando los alimentos son aptos para el consumo humano, pero no se consumen debido a que se deja que se estropeen o son descartados por los minoristas o los consumidores, se llama «desperdicio» de alimentos. Esto puede deberse a las reglas de



etiquetado de fecha de caducidad rígidas o mal entendidas, o a prácticas de almacenamiento, compra o de cocina inadecuadas. Por ejemplo, cuando un establecimiento tira a la basura una caja de bananas porque tienen manchas marrones, se considera un desperdicio de alimentos. (FAO, s.f.)

De igual manera se considera «desperdicio» al alimento que, habiendo cumplido con toda la cadena hasta llegar al consumo de los hogares, perece en el almacenamiento doméstico o es preparado, llevado a la mesa y no consumido, por lo que termina en la basura.

De acuerdo con un análisis de los últimos cinco meses, el Departamento Nacional de Planeación (DNP) corroboró las cifras que ya tenía el Banco de Alimentos sobre el desperdicio de comida en Colombia. En nuestro país se pierden 34% de los alimentos: 22% se pierde en el proceso agropecuario antes de la transformación y un 12% se pierde en el proceso de transformación. Del alimento que se pierde o desperdicia, el 58% es fruta y verdura. Pero ¿qué significa un 58% de comida?

	Porcentaje de alimentos que se pierden o se desperdician	No. de toneladas de alimentos que se pierden o se desperdician
Frutas y verduras	58 %	6,1 millones
Raíces y tubérculos	49 %	2,4 millones
Pescados	15 %	50 mil
Cereales	8 %	772 mil
Productos lácteos	23 %	29 mil
Cárnicos	12 %	269 mil
Granos	13 %	148 mil

Fuente: Departamento Nacional de Planeación (2016)

En cifras, estamos hablando de nueve millones seiscientos sesenta mil toneladas de alimentos. ¿Y qué son 9.760.000 toneladas? Es difícil entender cuánta comida es la que se pierde, pues uno nunca ha mercado o se ha comido nueve millones de toneladas de comida. Quizá ayude a tener conciencia de la cantidad de alimentos que se pierde y desperdicia en Bogotá, los datos que nos presentó Juan Sebastián Acero: en Bogotá, el 52 % de los residuos es comida no procesada y si se suma con el porcentaje de los alimentos procesados que se desperdician (8%), estamos hablando de un 60%. Es decir, que del total de basura que se arroja al basurero de Doña Juana, dos tercios son comida.

Por otro lado, hoy en Colombia el 7% de la población se encuentra en pobreza extrema. ¿Eso qué

significa? Que tenemos cerca de 3.600.000 personas que viven con cerca de 2.200 pesos diariamente. Son 2.200 que deben destinar para alimentación, transporte, salud, hospedaje y para una cosa muy importante: también para recreación, porque si nosotros queremos hablar en el posacuerdo de paz, de un modelo distinto, pues necesitamos también hablar de artes, lúdica, de conversación, de otros espacios en los que la población también pueda poner su energía vital, que puedan compartir momentos distintos que no sean solo los obligatorios.

Sin embargo, a pesar de esas cifras de esos colombianos, 9.760.000 toneladas se tiran a la basura al año.

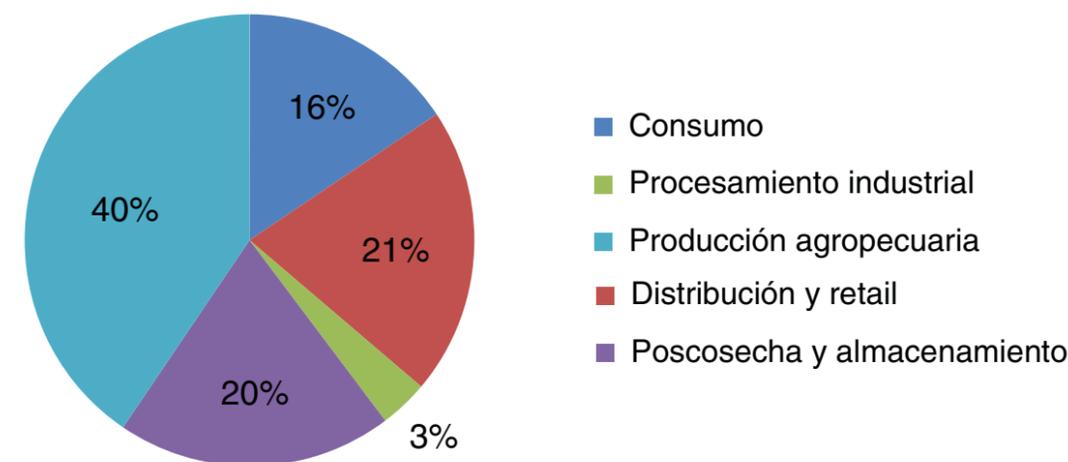
Con esos seis punto un millón de toneladas de frutas y verduras, treinta y nueve millones de colombianos habría podido comer fruta y verdura durante 365 días al año, de acuerdo a los requerimientos que la Organización Mundial de la Salud establece. ¡39 millones de colombianos! de los 47 millones que somos. En efecto, la Organización Mundial de la Salud establece que nosotros deberíamos consumir 430 gramos de frutas y verduras diariamente. Colombia consume, en promedio, entre unos 260 gramos y la población en situación de vulnerabilidad consume apenas unos 45 gramos. Y de esos 45 gramos al día, está incluida la papa, arracacha, yuca y no suele ser tomate ni cebolla ni lechuga. La población en vulnerabilidad no tiene acceso a los requerimientos mínimos de alimentación. Las cifras son elocuentes y contrastan los desperdicios con estos 39 millones de colombianos que habrían podido comer con gusto lo que estamos arrojando a la basura.

39 millones de colombianos podrían comer fruta y verdura diariamente con las 6.1 millones de toneladas que se desperdicia. (Datos DNP)

El mensaje que quiero dar no es el de la desesperanza, que no hay nada que hacer, o que se nos acabaron las posibilidades, No. El mensaje es que es posible, que está en nuestras manos, que en nuestra casa empieza, que somos capaces de hacerlo distinto.

En la Gráfica 1, se encuentra representada la pérdida y desperdicio de alimentos en cada uno de los momentos de la cadena de producción. Llama mucho la atención la gran cantidad de comida que se pierde en el campo. Y es que si: de posacuerdo, estamos hablando de que la pobreza rural es el doble

Pérdida y desperdicio de alimento en la cadena de producción



Fuente: Calculos DNP

que en la ciudad, que la zonas rurales son las más marginales en todos los sentidos (con menos servicios públicos, con menos acceso a salud o educación de calidad...) y resulta que de todo lo que producimos en Colombia, en el sector rural, el 40% lo estamos tirando a la basura, debemos esforzarnos por cambiar la situación del hambre y desigualdad. Tirar a la basura significa que no se pudo vender y se volvió compostaje, tirar a la basura es que no se pudo vender y se le dio al consumo de los animales y tirar a la basura finalmente es tirar a la basura.

Creemos que, en una escala de valores, deberíamos priorizar: primero, reducir pérdidas y desperdicios; segundo, consumo para personas; tercero, aprovechamiento biológico como el compostaje o generación de energía renovable y por último, alimento para animales y de ninguna manera basura. Algunos nos preguntan: ¿por qué no priorizar la producción de alimentos para animales? Porque uno de cada siete colombianos no consume ningún tipo de carne al día. Entonces, cuando nosotros priorizamos alimento para animales en vez de fruta y verdura, o el aprovechamiento biológico o de energía renovable, no estamos priorizando a quienes más lo necesitan, estamos priorizando un modelo de negocios.

Por otro lado, las mayores emisiones de CO² provienen de las vacas. Colombia tiene cerca de 50 millones de hectáreas cultivables, de las cuales el 80% tiene ganadería extensiva. Estamos hablando que una hectárea es para una vaca y esa vaca produce cerca de 500 libras de carne magra. ¿Cuánto podríamos cultivar en esa misma hectárea que solo ocupa una vaca, y cuya carne será alimento para uno de cada siete colombianos?

El numeral 22 de la encíclica *Laudato si* es muy contundente frente a lo que estamos planteando:

Estos problemas están íntimamente ligados a la cultura del descarte que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura (A propósito lo que decía Juan Sebastián de la rapidez del consumo). Advertimos, por ejemplo, que la mayor parte del papel que se produce se desperdicia y no se recicla. Nos cuesta reconocer que el funcionamiento de los ecosistemas naturales es ejemplar: las plantas sintetizan nutrientes que alimentan a los herbívoros; estos a su vez alimentan a los seres carnívoros, que proporcionan importantes cantidades

Se considera pérdida cuando los alimentos no completan la cadena de suministro desde la producción inicial hasta el consumo final en los hogares

de residuos orgánicos, los cuales dan lugar a una nueva generación de vegetales. En cambio, el sistema industrial, al final del ciclo de producción y de consumo, no ha desarrollado la capacidad de absorber y reutilizar residuos y desechos. Todavía no se ha logrado adoptar un modelo circular de producción que asegure recursos para todos y para las generaciones futuras, y que supone limitar al máximo el uso de los recursos no renovables, moderar el consumo, maximizar la eficiencia del aprovechamiento, reutilizar y reciclar. Abordar esta cuestión sería un modo de contrarrestar la cultura del descarte, que termina afectando al planeta entero, pero observamos que los avances en este sentido son todavía muy escasos. (LS 22).

Hay un asunto que plantea el Papa, que le llaman hoy la economía circular. El primer mensaje de una economía circular o sustentable es disminuir el consumo. Si no lo puede disminuir trate de re usar. Si no lo pudo re usar, recicle. Pero resulta que el mensaje de la sostenibilidad nuestro empezó por el reciclaje, no por el re uso. Los bancos de alimentos aparecen como un ejercicio de re usar antes de reciclar, de disminuir al máximo los desperdicios que estamos generando.

«Todo lo que se destruye siendo apto para el uso y consumo humano puede ser aprovechado» es el mensaje de ese numeral 22 y es la insignia de los bancos de alimentos en Colombia y en el mundo, justo para re usar eso que podría ser aprovechado. Como bancos de alimentos tenemos la política de cero desperdicios, hambre cero y reducción en la mitad las pérdidas y desperdicios de alimentos en Colombia.

En la actualidad, la Asociación reúne los 19 bancos de alimentos en Colombia, ubicados en 18 ciudades. 17 bancos de alimentos están en el seno de la Iglesia Católica. Fueron los creadores. Empezamos hace 17 años. Tenemos bancos de alimentos que son programas de pastoral social, otros son fundaciones de derecho canónico y otros que son programas adquiridos que están en el seno de las diócesis o arquidiócesis. Estos bancos han rescatado 20 mil toneladas de alimentos, que si no hubieran intervenido habrían sido tirados a la basura. Gracias a la participación de más de 500 empresas llegamos a cerca de 546 mil personas en situación de vulnerabilidad. Y, a propósito de la cifra de pérdidas en el sector agropecuario, uno de los programas bandera más importante que estamos llevando a cabo, es el rescate de frutas y verduras en el sector agropecuario, mejorar las capacidades y las condiciones de las población rural y aprovechar la fruta y la verdura sobre todo para las poblaciones en condición de vulnerabilidad. ☺

Video para seguir pensando: https://www.youtube.com/watch?v=Nu_swsZ4Wk4

Bibliografía

- Departamento Nacional de Planeación (2016) Pérdida y desperdicio de alimentos en Colombia: estudio de la dirección de seguimiento y evaluación de políticas públicas. <https://goo.gl/wx7lo2>
- FAO (s.f.) Página de la Organización de las Naciones Unidas para los Alimentos y la Agricultura. <http://www.fao.org/food-loss-and-food-waste/es/>
- Francisco (2015) Carta Encíclica *Laudato Si*.



«Nuevo rumbo»: hacia una ciudad solidaria

Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.¹

¹ Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá, vicario general y vicario episcopal Territorial en La Inmaculada Concepción, Director del OAE.

Hace muy poco, la humanidad comenzó a tomar conciencia sobre la preocupante situación de deterioro del planeta y sobre las patologías que amenazan la continuidad de la vida en él. El cambio climático, que cada vez se hace más evidente, ha encendido las alarmas y ha puesto en alerta a las naciones, sobre todo a las del primer mundo, ante el progresivo agotamiento de los elementos que hacen posible su habitabilidad. La contaminación de las aguas en sus fuentes, ríos y océanos; la deforestación de incalculables extensiones de selvas y bosques nativos para cultivos, obtención de maderas y pastoreo; la devastación de los campos para extraer hidrocarburos, minerales y metales preciosos; la emisión de gases de invernadero y su lanzamiento a la atmósfera; la producción diaria de millones de toneladas de basura; el vertimiento indiscriminado de residuos tóxicos, productos de

un mundo industrializado a los océanos; la desaparición de especies tanto animales como vegetales con el desequilibrio biológico que esto acarrea son apenas un asomo al dramático estado de la biósfera y un llamado a la humanidad a considerar su responsabilidad en el uso racional de los recursos y la preservación saludable de los elementos que permiten, en ella, su supervivencia.

En la Encíclica *Laudato Si* (LS), el papa Francisco hace un llamado vehemente: «El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda

de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar [...] La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común» (LS 13).¹

Proteger nuestra casa común es un clamor que debiera brotar no solo del corazón del Papa, sino de todos los gobernantes, de las empresas multinacionales y de cada persona como quiera que todos habitamos el planeta, todos contribuimos en mayor o menor manera a preservarlo o a destruirlo. Trabajar en la creación de una conciencia colectiva solidaria, una conciencia universal que supere las diferencias



La violencia presente en nuestros corazones, heridos por el pecado, se refleja también en los síntomas de enfermedad evidente en el suelo, el agua, el aire y todas las formas de vida.

políticas, económicas, religiosas y que esté por encima de la cultura individualista propia del tiempo presente, en términos de preservación de la vida y de la generación de los medios que la hagan más digna y promisoría, es un desafío que se impone y que toca de manera directa la tarea de la Iglesia, porque brota de la entraña del Evangelio.

Dicha conciencia universal debe partir de la sensibilización ante «lo que le está pasando a nuestra casa» –según palabras del Papa-² y de la responsabilidad que todos tenemos en que se haya llegado al actual estado de la tierra; esta «clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. [Desafortunadamente] hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla» (LS 2). Hemos llegado a vernos a nosotros mismos como sus señores y amos, facultados para saquear, arrasar, disfrutar a

² Todo el capítulo primero de la Encíclica *Laudato Si'* (L.S.) del papa Francisco ofrece una mirada a la realidad planetaria bajo el título «Lo que le está pasando a nuestra casa» que constituye una evaluación sobre la situación actual del mundo. En él queda de manifiesto que todos somos responsables del actual estado de la tierra. Para el Papa, la energía, el medio ambiente, el cambio climático, la inequidad, la violencia y la guerra no pueden entenderse de manera aislada. Son problemas sistémicos, lo que significa que están todos interconectados, son interdependientes y el nudo articulador de todos es el ser humano.



nuestra voluntad y según nuestra desmedida ansia de poder y de consumo. La violencia presente en nuestros corazones, heridos por el pecado, se refleja también en los síntomas de enfermedad evidente en el suelo, el agua, el aire y todas las formas de vida. Por esta razón, la tierra misma, agobiada y asolada está entre los más abandonados y maltratados de nuestros pobres; Ella «sufre dolores de parto» (Rm 8, 22).

El presente artículo recoge el espíritu de los dos conversatorios realizados por el Observatorio Arquidiocesano de Evangelización: «El cuidado de la creación» y «la cultura del descarte», en cumplimiento de la tarea de hacer una lectura creyente de la realidad. A partir del abordaje de la grave

situación ambiental del planeta y de la ciudad que son una amenaza latente contra la subsistencia humana, deriva hacia la conciencia de la responsabilidad común de los habitantes de la ciudad en la salvaguarda y la construcción de una ciudad con fundamento humano; aborda el papel de la Iglesia como sal de la tierra y luz del mundo que cataliza con la fuerza del Reino. Con base en las Sagradas Escrituras, el Magisterio de los últimos papas y los fundamentos teológicos y pastorales del nuevo paradigma de evangelización, explora la clave de la solidaridad como camino de cuidado de los unos por los otros, es decir imagina la ciudad solidaria, la ciudad verdaderamente ecológica, la ciudad humana.

El infortunado aporte de Bogotá al drama planetario

La ciudad región de Bogotá ha crecido de manera acelerada por múltiples razones de orden político, social y económico que no son del caso ampliar aquí, pero que han hecho de ella una amalgama de todas las realidades del país. El crecimiento rápido de la población, principalmente por la afluencia de personas de todas las regiones hacia la ciudad, ha tocado con estructuras incipientes para la acogida digna de quienes llegan, de modo que esta ha crecido de manera desordenada y, en muchos casos, las acciones implementadas para ofrecer acceso a los servicios básicos, trabajo, vías no han facilitado



tado a los habitantes los mínimos necesarios para un desarrollo integral en condiciones de dignidad y de salubridad. Así, la ciudad creció de manera desorganizada, primero, poblándose hacia los márgenes y, en un segundo momento, construyendo las infraestructuras de servicios, y no al contrario. Esto hizo de Bogotá una ciudad invasora, improvisada, sin sistemas adecuados y suficientes para el tratamiento de las basuras y para el reciclaje de sus desechos, sin una estructura planeada que asegurara la armonía de las relaciones entre sus habitantes y de estos con su entorno vital.

Por otra parte, a este fenómeno de expansión anárquica se suma el uso vehicular masivo y el consumo

de combustibles con altos contenidos de partículas de azufre, la persistencia en la región urbana de fábricas de alto nivel contaminante por sus vertidos tóxicos y gases de efecto invernadero; la invasión y desecado de humedales para el desarrollo de proyectos habitacionales; los incendios forestales y la invasión ilegal de zonas de reserva; los vertederos de basuras con la modalidad de rellenos sanitarios; la ausencia de planes para motivar al reciclaje; el despilfarro de alimentos que terminan convirtiéndose en focos de contaminación ambiental. Todo esto mencionado a manera de lista insinúa, por una parte, la delicada situación ambiental de Bogotá y su participación irresponsable en la descomposición del hábitat humano y de las demás especies

de la creación y reclama, por otra, la necesidad de asumir con profunda seriedad el papel de la Iglesia, como parte constitutiva de la ciudad en el cuidado de la creación.

Vale la pena hacer la salvedad de que la ecología no es solo lo referente al cuidado de los sistemas biodiversos, sino que esta tiene como principio y fin el cuidado de la persona humana, no solo de su entorno; de modo que se impone asumir la noble conciencia de que la ecología no es fin en sí misma: ella es un medio al servicio del hombre.

Bogotá: una ciudad de todos y en el corazón de nadie

La guerra política que ha acompañado la historia de Colombia y especialmente la guerra campesina que sobrevino con «el Bogotazo», la posterior conformación de los grupos guerrilleros y contraguerrilleros, y la llamada guerra contra el Estado y guerra contra la sociedad³ marcaron hondamente la historia colombiana reciente y por derivación el de su capital. Bogotá creció en la segunda mitad del siglo XX de manera imprevista y desbordada.

Los nuevos habitantes fueron acogidos por la ciudad sin segregación y en ella muchos encontraron formas distintas de sustento, de acceso a los servicios básicos y refugio ante la pobreza y el abandono rural; sin embargo, muchos también la habitaron —y la habitan— de manera oportunista sin sentido de pertenencia; la ciudad no fue ni es entendida ni asumida como hogar o como casa común. Cada cual ha usufructuado las posibilidades que ella ofrece ignorando el papel que como parte de la misma ha debido ocupar en su construcción, cuidado y preservación. Así, la falta de identidad, de solidaridad y de compromiso ha hecho de la ciudad un lugar de todos y de nadie. Mientras otras ciudades se esfuerzan con costosas campañas en búsqueda de comprometer a sus habitantes en actos de civilidad y de aprecio por la casa que los acoge, Bogotá vive la paradoja de ser buscada para explotar sus be-

³ Véase Carlos Eduardo Maldonado (2003) *Biopolítica de la guerra*, Universidad Libre, Bogotá, Cátedra Gerardo Molina. Si la biopolítica se ocupa de las políticas que van en favor de la vida, es necesario considerar los factores que a través de la historia han marcado el carácter disruptor de la vida colombiana. Un oportuno acercamiento al panorama de guerra y paz que están a la base del desarrollo de la ciudad y que la afectan en todos sus componentes como conglomerado humano.

La falta de identidad, de solidaridad y de compromiso ha hecho de la ciudad un lugar de todos y de nadie.

neficios y a la vez no ser tenida como propia, como «hogar» que se cuida y se dignifica.

Con la comprobada indiferencia y el poco arraigo de muchos, ¿cabe llamar a Bogotá «casa común»? y de manera extensiva, cuando el Papa habla del planeta como casa común, ¿la humanidad entiende? y habita el planeta con el cuidado que merece una casa que le es propia y comparte fraternalmente con toda la creación? ¿Cómo se explica que una persona o familia, dentro de su vivienda, mantenga unos parámetros de disciplina, de orden, de limpieza, de cuidado y de protección mientras hacia afuera desconoce y viola todos los protocolos de convivencia, aseo, tolerancia y cuidado de los componentes creados para su propio bienestar y desarrollo? ¿Puede llamarse bogotana toda persona que habita este ambiente urbano llamado Bogotá?

Es evidente que la falta de identidad y de pertenencia ha hecho de Bogotá una ciudad de todos y en el corazón de nadie, y esta es una de las principales causas de las grandes dificultades que enfrenta. Pretender llamarla «casa común» por el mero hecho de habitarla es una concesión demasiado generosa que muestra su limitación en el individualismo social, en la utopía, al menos en Bogotá, de la promoción de lo social por la salida personal que define la forma de ser, estar y usar la ciudad sin restituirle lo que los deberes ciudadanos exigen con total desconocimiento de los derechos colectivos.⁴ Se ha llegado a la generación de una ciudad, que bien puede llamarse «ciudad del desarraigo», ciudad fragmentada en donde se imponen los derechos

⁴ Véase Juan Carlos Pérgolis (2005) *Ciudades fragmentadas*. Investigación que propone mirar la relación entre conductas, comportamientos y espacios fragmentados, y entre deseo y acontecimiento. Todo desde la óptica de relatos urbanos. Buenos Aires, Nobuko, Juan O'Gorman, Librerías.

individuales y el desconocimiento del bien común, fuente de las inestabilidades, las grandes inequidades y los males de la urbe con rostro pos-moderno y profundos trazos medievales.

Solidaridad y bien común

La necesaria superación de la cultura del individualismo y el lanzamiento de la mirada al otro sintiéndolo parte de sí mismo es un dato a considerar cuando se trata de fundar una nueva sociedad sobre la base de la construcción del nosotros, de donde nace la verdadera ecología humana. En las intenciones para el mes de junio de 2016, invitando a poner la mirada en los ancianos y desprotegidos, el papa Francisco propuso esta hipótesis de carácter universal: «Nuestras ciudades deberían caracterizarse sobre todo por la solidaridad, que no consiste únicamente en dar al necesitado, sino en ser responsables los unos de los otros y generar una cultura del encuentro» (Radio vaticana, 2016). El clamor por la construcción de un nuevo modelo de ciudad sobre la base de la solidaridad es un reclamo por el rescate del bien común como expresión de la ética social a la cual está llamado todo individuo.

El Papa aborda el tema del bien común en los números 156 a 158 de la Encíclica *Laudato Si*. Más allá de las disputas conceptuales acerca del bien común como preeminencia de lo social sobre lo individual o viceversa, de acuerdo con el ángulo político y sociológico como se le mire o de acuerdo con el carácter antropológico o economicista que quiera aplicársele, el papa enseña que «la ecología humana es inseparable de la noción del bien común, un principio que cumple un rol central y unificador en la ética social (...) El conjunto de condiciones de la vida social que hace posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección» (LS 156).

Fundar una nueva sociedad sobre la base de la construcción del nosotros.

El bien común se nutre de la solidaridad y es a la vez el componente social en donde esta se materializa, más aún, «en las condiciones actuales de la sociedad mundial, donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres» (LS 158). Así, solidaridad y bien común conforman una simbiosis no conceptual, sino de principios que debe regir la convivencia y sostener la ética tutelar de las relaciones de los habitantes del planeta y de la ciudad.

Y dado que no es una cuestión lingüística ni académica, la construcción de una ciudad solidaria, por tanto misericordiosa y que cuida de la creación (Arquidiócesis, 2013), comienza por la justa valoración y el respeto a la persona humana en cuanto tal, con derechos básicos e inalienables, ordenados a su desarrollo integral, pero también en su condición de aportante desde el ámbito de sus deberes en la construcción del bien de todos y para todos. La comprensión de la persona humana en su dimensión de misterio, en la grandeza de su individualidad, en su llamada a ser con y para los demás, en sus interrelaciones con el entorno, en su dignidad como cabeza y culmen de toda la creación de la cual es parte es tarea obligada que está en mora de cumplirse. ¿Cómo, si no, desde esta comprensión valorativa se puede hablar de respeto, de cuidado del otro como «alguien que me pertenece», según palabras de san Juan Pablo II?⁵

La solidaridad, que nutre el bien común, es el vínculo que une a los individuos entre sí para colaborar, asistirse recíprocamente frente a las necesidades y a todos con el entorno para protegerlo y hacerlo humano, digno y habitable. Según el papa Francisco, la solidaridad es un factor determinante en la cultura del encuentro. Esta, de hecho, supone la salida del individuo hacia el otro y, por con-

⁵ «Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente». Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte* 43.

secuencia, con todo lo que afecta su existencia. La solidaridad es la antítesis de la indiferencia que está marcada por el egocentrismo y por la exaltación de las comodidades individuales; esta conduce a una nueva forma de vida y modo de actuar con relación a los otros en comunidad.

Un problema ético y antropológico

El modelo de las ciudades cimentadas sobre la solidaridad, como lo presenta el papa Francisco, urge mirar, conocer y comprender al hombre individual y comunitariamente, pues para Dios el hombre no es la masa de seres humanos, sino cada una de las personas, llamada por su nombre, con necesidades, aspiraciones, arraigadas en un contexto bio-diverso y de relaciones interpersonales, llamada a la plena comunión con Él (1 Jn 1,3) (Arquidiócesis, 2014). La preocupación por hacer de las ciudades contextos dignos e idóneos para el desarrollo integral de sus habitantes nace de una mirada compasiva y solidaria por el hombre, mirada sin la cual es imposible comprender el grave drama actual de la humanidad; de hecho, el papa Francisco afirma, con profunda preocupación: «La persona humana está en peligro: ¡He aquí la urgencia de la ecología humana! Y el peligro es grave porque la causa del problema no es superficial, sino profunda: no es solo una cuestión de economía, sino de ética y de antropología» (Francisco, 2013).

Esta no es una frase aislada, sino uno de los puntales del magisterio del Papa, dirigido al cuidado del hombre desde la misericordia y la compasión de Cristo. En su continua preocupación, el Papa recoge la afirmación conciliar: «Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia» (GS 1). Y a la vez prolonga la sensibilidad humana reflejada en la cura pastoral de san Juan Pablo II, quien enseña en la Encíclica *Redemptor Hominis*: «El hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención» (RH 14). La vuelta al ser humano, la mirada solidaria sobre él, sobre su suerte y su futuro es un imperativo que cobra vigencia porque en él se enraíza la esperanza de Dios, es en él y a través de él que tiene curso el proyecto del Reino.

La afirmación del papa Francisco «La persona humana está en peligro: ¡He aquí la urgencia de la ecología humana!» más que un aforismo es voz y

La solidaridad, es el vínculo que une a los individuos entre sí para colaborar, asistirse recíprocamente frente a las necesidades y el entorno para protegerlo y hacerlo humano, digno y habitable.

llamada de la Iglesia que experimenta y comprende la gravedad del drama planetario, el drama de la creación, la catástrofe humana reflejada en los múltiples escenarios que, precisamente por su inhumanidad evidencian el rechazo al proyecto de Dios. En efecto, «la situación del hombre en el mundo contemporáneo parece distante tanto de las exigencias objetivas del orden moral, como de las exigencias de la justicia o aún más del amor social» (RH 16), y en esa trampa de indiferencia no puede caer la Iglesia.

También el Plan de evangelización recoge la sensibilidad de la Iglesia frente al drama humano en la ciudad y, con apoyo en el pronunciamiento de los obispos en Aparecida, exhorta:

«La nueva vida que brota del encuentro con Cristo «toca al ser humano entero y desarrolla en plenitud la existencia humana en su dimensión personal, familiar, social y cultural... No podemos concebir una oferta de vida en Cristo sin un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social» (DA 359); de ahí que pueda entenderse la evangelización en términos de un servicio a la vida plena en Cristo para todos los seres humanos. Hoy la práctica evangelizadora en la región capital está llamada a ponerse al servicio de esa vida ple-

na que genera una transformación de todo el ser humano y de todos los seres humanos, promoviendo el compromiso de cada bautizado, desde su estado de vida, y de cada comunidad, por la justicia, la reconciliación, la solidaridad y el cuidado de la creación» (Arquidiócesis, 2014, 109).

La práctica de la evangelización se plantea entonces como construcción de contraste, contracultural, pues la experiencia muestra que en el mundo prevalecen las dinámicas de una economía y una riqueza ajenas a toda forma de ética y amor social. Hay muchas variables de orden social, político y económico que corroboran el continuo desdén de unos y otros, como en una indiferencia de lo humano, que define las causas del drama de degradación y de eliminación de los medios que hacen posible y digna la vida de la creación. Las ciudades sintetizan de manera más expresa esas variables y, como laboratorios que son de la sociedad del futuro, puede decirse que en ellas se juega el destino de la humanidad.

Ciudades que no tienen como opción fundamental al hombre son ciudades que se permiten un ethos inhumano, por no decir, antihumano. Esto indica la ineluctabilidad de la humanización de las ciudades como reto decisivo para forjar un futuro común de supervivencia promisorio. Es aquí, entonces, en donde cobra lugar la creación de una nueva cultura cimentada sobre el espíritu de la solidaridad.

Ciudades que no tienen como opción fundamental al hombre son ciudades que se permiten un ethos inhumano, por no decir, antihumano.

El ethos de las nuevas ciudades, las ciudades humanizadas, debe estar alentado por la solidaridad y esta, sobre el acercamiento al misterio del hombre. No es cuestión de creencias ni de religiones, no se trata de ideologías ni de tendencias políticas o economicistas es una cuestión de humanidad y de coherencia ética; pero en lo particular, en lo que respecta a la tarea de la evangelización, hay un imperativo de servicio a la vida plena en Cristo capaz de transformar la cultura que ha puesto al hombre al servicio de las estructuras económicas, del desarrollo y del consumo para devolverle y generar, como ya se citó arriba «una transformación de todo el ser humano y de todos los seres humanos, promoviendo el compromiso de cada bautizado, desde su estado de vida, y de cada comunidad, por la justicia, la reconciliación, la solidaridad y el cuidado de la creación» (Arquidiócesis, 2014, 109). Tal vez sea este el antídoto contra la «cultura del descarte» que encuentra como primer sujeto al hombre.

De la tentación de la indiferencia al amor solidario

El paso de la cultura individualista y del desdén por el bien de los demás hacia la cultura del interés por el otro y del rescate del «nosotros» -por el ofrecimiento de lo propio para favorecer el justo desarrollo del cohabitante de la ciudad, con nombre y rostro propios- significa, en parte, un paso inverso al espíritu posmoderno. En él la persona, en su plena riqueza ontológica, se descompone y se derrite, según palabras de Bauman (2003), ante lo que pareciera el único patrón constante, la figura del individuo. Además, en dicho espíritu posmoderno, la «democratización del hedonismo» que lleva al otro como individuo a mutar como sujeto masa, por la absorción y desidentificación que generan los gustos masificados y a perder la riqueza de la singularidad en el anonimato colectivo (Lipovetsky, 2007) se convierte en fórmula de plenitud y de felicidad individual con la inminente muerte de la cultura del deber.

No es cuestión retórica; el desafío que se plantea es pasar de la manera egocéntrica con que opera el sujeto en la ciudad a la conciencia del valor del otro y al compromiso con su subsistencia, que son base de la verdadera ecología humana. El papa Francisco manifiesta esa preocupación al afirmar:

El gran riesgo del mundo actual con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia



aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien (EG 2).

Hay aquí una clara sensibilidad y alerta ante el peligro de lo que Lipovetsky llama sociedad posmoralista la cual es «una sociedad que repudia la retórica del deber austero, integral, maniqueo y, paralelamente, corona los derechos individuales a la auto-

nomía, al deseo, a la felicidad» (Lipovetsky 2008 p. 13). Una tarea tremenda de lectura del componente social y de acogida de los deberes concomitantes con la vida de la Iglesia como parte estructurante del cuerpo de la ciudad y como corresponsable de la misma es la apuesta por la solidaridad; ella es, sin más, el antídoto contra los ambientes creados sin compromiso y sin atisbo de responsabilidad ante la construcción del bien común que es el bien de la persona simultáneamente con el de los demás y con su entorno.

La solidaridad, como expresión de la praxis del amor, es señal de la fe auténtica en un seguidor de Cristo. La frecuentemente invocada parábola del buen samaritano resume y sintetiza el ideal y el significado del amor efectivo, solidario y auténtico hacia los demás. Jesús enseña que la responsabilidad del bien del otro es cosa que obliga a todo seguidor suyo; aún más, hace universal la invitación y la dirige hacia toda persona de buena voluntad. Por eso, en la parábola se obvian los rostros y los nombres; la condición para que opere el amor solidario no es sino la presencia del otro que se yergue como llamada, que interpela al yo, que reclama reconocimiento y valoración de toda su dignidad y valor personal. Para Jesús, el amor solidario no requiere nombres, no se fija en etnias, nacionalidades, razas, religiones, no pregunta, solo tiene como motivación el evento personal, el ser del otro, su necesidad y por lo mismo se acerca, se inclina, converge, mueve al servicio.

«El Otro en tanto que otro se sitúa para el yo en una dimensión de altura y de abatimiento —glorioso abatimiento- [dice Levinas], tiene la cara del pobre, del extranjero, de la viuda y del huérfano» (Levinas, 2012, 262). «La presencia del rostro —lo infinito del otro— es indignancia (...) y mandato» (p. 226). «La presencia del otro equivale a este cuestionamiento de mi dichosa posesión del mundo» (p. 99). «Escuchar su miseria que pide justicia no consiste en representarse una imagen, sino ponerse como responsable, a la vez como más y como menos que el ser que se presenta en el rostro» (p. 228). La parábola del buen samaritano rompió el paradigma del primer mandamiento de la *torah* que regía las prácticas religiosas judías y extendió el alcance del mismo al prójimo como otro, no solo el del mismo pueblo, porque para el Dios de Jesucristo, el amor es para todos, no excluye, no hace acepciones (Cf. Mt 5,45) y puso de manifiesto que toda persona debe realizar este mandamiento, tal como lo da Dios hacia el mísero, herido y pecador.

La solidaridad, como expresión de la praxis del amor, es señal de la fe auténtica en un seguidor de Cristo.

La «regla de oro»

«Traten a los demás como quieren que los demás los traten. En esto consiste la ley y los profetas» (Mt 7, 12)

Otra clave hermenéutica que ayuda a entender la manera característica como los miembros de la Iglesia deben vivir siendo responsables también de la ciudad es la regla de oro de la tradición judeo-cristiana, base de toda convivencia y fundamento ético de la edificación de toda relación humana constructiva.

La regla de oro, como colofón del sermón de la montaña, enseña no solo un principio ético de convivencia, sino la clave para comprender la manera de ser y estar como hermanos según el corazón del Padre. Si bien en el Antiguo Testamento, en el libro de Tobías, la regla es propuesta en forma negativa: «No hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti» (4, 15), su mayor novedad no consiste precisamente en la forma positiva, sino en la perspectiva diametralmente distinta: la presencia del Reinado de Dios entre nosotros revoluciona el comportamiento mutuo abriéndolo a la creatividad de un amor que no conoce proporciones ni límites (Schökel, s.f.).

Jesús invita a la solidaridad, es decir, invita a sus seguidores a ponerse en el lugar del otro, a entenderlo como si fueran el mismo yo personal y a hacer con él lo que quisiera que le hicieran. Este planteamiento es una invitación a renunciar a todo egocentrismo y a considerar que el yo y el tú comparten un destino común y que la auténtica bondad, la que brota del amor, tiene carácter solidario y rostro de comunidad. Así, lo comprende y enseña San Pablo cuando dice: «Nadie busque su interés, sino el de los demás. Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Fi 2, 4-5). Los seguidores de Jesús tendrán, como paradigma de su constitución en comunidad, el anonadamiento de Cristo Jesús, el despojo y la entrega personal en favor del otro; la vanagloria no encuentra lugar en las nuevas relaciones humanas. A este punto, se llega cuando se ha comprendido el mandamiento primero de la ley y cuando su práctica se extiende en la comunidad al extremo de aceptar y hacer el bien a los enemigos, principio que purifica y hace posibles las relaciones que a menudo se rompen en la experiencia de la coexistencia.

En el evangelio de San Lucas, Jesús enseña: «A ustedes que me escuchan yo les digo: amen a sus enemigos, traten bien a los que los odian; bendi-



Fuente: Reuters

gan a los que los maldicen, recen por los que los injurian. Al que te golpee en una mejilla, ofrécele la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica; da a todo el que te pide, al que te quite algo no se lo reclames. Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes» (6, 27-31). El mandato de Jesús constituye el «gran giro» hacia la construcción de una sociedad nueva sobre la base de unas relaciones totalmente contrarias a las construidas por la humanidad durante toda su historia. No se trata de la eliminación de las clases altas dominantes ni siquiera de los que infringen el

mal deliberadamente ni de los que piensan distinto ni de los que persiguen el sueño de una sociedad con individuos sin defectos; el giro propuesto por Jesús es la fundación de una sociedad nueva sobre la base del amor y la bendición, comenzando por el deber de darlo a los enemigos. Ellos también tienen un lugar en el proyecto salvador del Padre. El amor aquí planteado es el amor solidario que involucra en el sufrimiento personal el bien, la bendición, la salvación del otro, por distinto y ofensivo que resulte, porque en la lógica del Padre nadie es descartable ni siquiera el peor asesino.

El camino hacia la ciudad solidaria, desde dentro como la levadura en la masa

La Iglesia y su apuesta como fermento del Reino

Los dinamismos «salir», «acompañar», «fermentar» contenidos en el paradigma misionero de evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá son la apuesta por una Iglesia activa y en movimiento, pero sobre todo una Iglesia que «puede». De hecho, la palabra griega δυναμις (*dýnamis*) que se traduce al español como potencia, fuerza incluye en su significado la acepción «capacidad de», lo que indica que en el Plan de evangelización, la Iglesia arquidiocesana se entiende y define a sí misma como Iglesia apta, preparada, para ponerse en salida, para hacerse compañera solidaria en el permanente trasiego humano y por lo tanto dispuesta a marchar, convergiendo con la ciudad, fermentándola desde su propia entraña por la vida del amor y del servicio.

Es la misma capacidad transformadora del pueblo de Dios, llamado en virtud de la alianza a ser forjador de historia, que recuerdan los obispos en Puebla (DP 273-279). El clamor por construir una ciudad solidaria, misericordiosa, justa y que cuida de la creación no es una mera utopía, sino la expresión de una certeza que tiene curso desde el momento en que la Iglesia redescubre su responsabilidad y capacidad transformadora como parte constitutiva de la sociedad y en cuanto se hace fermento del Reino de Dios en su entraña.

«El Otro en tanto que otro se sitúa para el yo en una dimensión de altura y de abatimiento -glorioso abatimiento-, tiene la cara del pobre, del extranjero, de la viuda y del huérfano.» (Levinas)

La Iglesia, facultada y enviada con la fuerza del Espíritu Santo, no es una espectadora pasiva; ella tiene como horizonte el Reino de Dios al que sirve. Ella no vive como huésped de la ciudad ni habita escenarios que le son exclusivos; ella no es un gueto que se extraña a las realidades de todos ni es una visitante portadora de un recado que no le pertenece. Sus miembros, mientras contribuyen, cada uno a su manera y según la riqueza de los dones recibidos en la construcción del cuerpo eclesial, son parte integrante de la sociedad civil: comparten las mismas realidades, hablan el mismo idioma, son constructores de la historia y de la cultura con la admirable semejanza de la sal en los alimentos o la levadura en la masa, o como lo expresa el autor de la carta a Diogneto:

Los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo.

Esta facultad especial de presencia en medio del mundo es lo que posibilita a la Iglesia generar dinamismos nuevos capaces de transformar las estructuras humanas; pero siempre y en la medida en que su actuar secunde la obra del Espíritu y haga presente la fuerza vivificante del Reino de Dios, anunciado por Jesucristo y actuante ya en la historia de los hombres.

Ayuda grandemente a comprender este misterio de la Iglesia, de ser en el mundo y para el mundo, el pensamiento de Hans Urs Von Balthasar cuya ecle-siología en general recoge, con la gracia de la «Teología estética», las imágenes de luz, sal y levadura y su vocación de entrega y perfeccionamiento de los escenarios a donde es enviada. El hecho de ser luz del mundo, sal de la tierra, fermento del Reino indica que la Iglesia no se entiende en sí misma y para sí misma, sino referida a todos los pueblos: la Iglesia es la luz del mundo, la sal de la tierra, la levadura en la masa. Es, por tanto, relativa al mundo, como el sol es fuego concentrado para poder influir hasta los confines del sistema solar dando luz y calor. Nada puede hacerse con la simple levadura o la simple sal; ambas muestran su virtualidad y realizan su esencia disolviéndose y pereciendo, deshaciéndose y dejando de ser, en la carne o en la masa. La Iglesia es la concentración imprescindible para la expansión, porque «si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán?». Concentración significa atención despierta y activa a lo esencial, pero

no concentración sobre sí y para sí. El carácter de gratuidad, como gratuita es la salvación, es el rostro de la Iglesia en el mundo.

Diseminada entre las gentes, la Iglesia lleva a todos la esperanza y la salvación. Ella está llamada a ser en el mundo signo del amor de Dios que convoca a todos a la amistad con Él; su vocación como servidora del Reino de Dios es desatar la fuerza del amor que como levadura hace fermentar toda la masa, como sal da sabor y preserva de la corrupción, y como luz ilumina las tinieblas de los hombres. Su dinamismo transformante se dirige a las personas, a las relaciones interpersonales, a las estructuras de la sociedad, a todo lo que atañe al ser humano, para con la fuerza del amor abrirlas a la experiencia de la justicia, de la comunión, del entendimiento y del servicio en la solidaridad con todos, especialmente con los más pobres y necesitados, de la preocupación por el cuidado de la persona y de su entorno para que todo tenga vida plena en Cristo, para que todo se vea tocado y transformado por la primacía del amor que es característica fundamental del Reino.

Fermentar, tarea de humildad

En el cumplimiento de su misión, la Iglesia debe evitar la tentación de ser la masa en lugar de fermento del Reino, de suplantar el alimento en lugar de ser la sal que lo preserva de la corrupción y le da sabor, de olvidar el encargo de reflejar entre los hombres la luz de Cristo, de lo contrario enajena su misión de carácter humilde y dialogante para caer en la práctica impositiva que dista mucho de ser el espíritu evangélico. El Plan de evangelización hace una precisión al respecto, que es necesario invocar aquí:

La llamada a colaborar en la construcción de la sociedad pone de manifiesto la conciencia que la Iglesia tiene hoy de ser un actor social junto a otros; se trata precisamente de una contribución y no de una determinación hegemónica del futuro social a la luz de nuestros criterios y prácticas eclesiales (...) Este anhelo lo lograremos en la medida en que reconozcamos cómo todo en la Iglesia debe ordenarse al servicio del Reino, cómo todos los bautizados estamos llamados a ser, por nuestra vida de amor, en la comunión y en el servicio germen y fermento de ese Reino (...) La mirada de fe lleva a involucrarse en las construcciones culturales y sociales como fermento del Reino que se descubre presente en el mundo y como juicio profético que

La solidaridad va mucho más allá de la preocupación/deber de unos de servir y disposición/derecho de otros de ser servidos.

confronta las situaciones inhumanas no evangélicas, contrarias al proyecto de Dios, y que se hace alternativo a las formas como nuestra ciudad y municipios se construyen actualmente (Arquidiócesis, 2013, 33).

¿Qué es la solidaridad?

El gran giro hacia la ciudad de la solidaridad, como concreción del dinamismo del Reino en ella, obliga también a ampliar la mirada sobre el significado del término «solidaridad» que va mucho más allá de la preocupación-deber de unos de servir y disposición-derecho de otros de ser servidos, lo cual pervierte el verdadero sentido de la responsabilidad común en la construcción fraterna y colaborativa en la ciudad. Si bien es cierto que la acepción evangélica pone su énfasis en el amor espontáneo que es capaz de percibir la necesidad y el dolor del otro y se pone a su servicio, también tiene un lugar destacado en la enseñanza de Jesucristo la puesta en juego de la regla de oro que implica incluso al más pobre en la construcción de la comunidad.

La solidaridad, entre otras acepciones, es un «vínculo», un lazo, que une a varios individuos entre sí, para colaborar y asistirse recíprocamente frente a las necesidades, según la Real Academia de la Lengua. De aquí se deriva que la solidaridad es la red creada por el conjunto de vínculos que unen a la persona singular con la comunidad de la que forma parte, y a esta con cada persona singular. Por otra parte, la acepción en el lenguaje jurídico refiere al modo de derecho u obligación *in solidum*, que implica un compromiso asumido en conjunto por varias

personas que se obligan a responder, cada una, por el conjunto de ellas. Con estos presupuestos es válido al menos imaginar la ciudad solidaria.

La ciudad fermentada, la ciudad solidaria

¿Cómo sería una ciudad en la que la cultura del cuidado de los otros define la ética y fundamenta la construcción del nosotros, esto es, una ciudad en donde la ecología humana es un común denominador en la construcción social?

1. La ciudad del «todos a bordo»

Comencemos diciendo que no es ideal de ciudad solidaria aquella que se construye desde la estandarización del asistencialismo, que en lugar de promover hunde en la pasividad y en la disposición receptiva y reclamante de derechos de muchos. Por el contrario, como parte constitutiva de la ciudad solidaria, todos están llamados a aportar desde su situación, por precaria que esta sea y de manera recíproca, en la consolidación del bien común.

La apuesta por un «todos a bordo» indica que hay una tarea de promoción humana en la que todavía se está en deuda. Es verdad que la ciudad solidaria es ciudad sin indiferencia, que la mirada compasiva

La Iglesia es la luz del mundo, la sal de la tierra, la levadura en la masa. Es, por tanto, relativa al mundo, como el sol es fuego concentrado para poder influir hasta los confines del sistema solar dando luz y calor (U. V. Balthasar).

frente al dolor y la necesidad de muchos no puede desaparecer, mucho menos de los miembros de la Iglesia, pero la solidaridad nacida del Evangelio debe conducir, además de los trámites paliativos de momento, a un accionar más allá del hospital de campaña, hasta hacer de los más necesitados personas integradas social, económica y culturalmente, y capaces de contribuir a partir de la experiencia de haber sido servidas.

Conscientes de la integralidad de la misión de la Iglesia, los obispos en Aparecida dejaron como enseñanza que la misericordia siempre será necesaria; pero que esta no debe contribuir a crear círculos viciosos que sean funcionales a un sistema económico inicuo. Se requiere que las obras de misericordia estén acompañadas por la búsqueda de una verdadera justicia social, que vaya elevando el nivel de vida de los ciudadanos, promoviéndolos como sujetos de su propio desarrollo (DA 385).

2. La ciudad del encuentro

La ciudad solidaria, por la dinámica interna del Reinado de Dios en ella, es la ciudad del encuentro. La indiferencia hace anónimos, sumerge a los habitantes de la ciudad en la ceguera culposa de la insolidaridad, impone la actitud inhumana del sacerdote y del levita de la parábola del buen samaritano y promueve la comodidad del interés personal por encima del llamado del otro. Por el contrario, la ciudad fermentada es una ciudad de rostros con identidad y nombres propios, con sujetos emergentes, incluso con «no sujetos» que igualmente tienen vocación de «alguien». En el ámbito del encuentro humano se concreta la experiencia de la trascendencia en el rostro y la exterioridad (según la expresión levinasiana), pues en ella el otro se hace patente en su gesto que llama y ante el que solo es posible la responsabilidad, ya que en su rostro se refleja su debilidad y su grandeza, la imposibilidad de matarlo, porque desconocer al otro es una forma velada de darle muerte.

Cuando el Papa enseña que nuestras ciudades deberían caracterizarse sobre todo por la solidaridad, que no consiste únicamente en dar al necesitado, sino en ser responsables los unos de los otros y generar una cultura del encuentro, está llamando justamente a construir ciudades sobre la base la responsabilidad que brota del amor al prójimo ante quien no se puede pasar indiferentes. La globalización de la indiferencia no es otra cosa que la globalización de una disimulada forma de muerte que genera a la vez la pregunta de Yahveh a Caín: «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4, 9). En la ciudad solidaria, los cristianos son conscientes y viven en



la certeza de que es un engaño pretender amar a Dios a quien no se ve, olvidándose de su hermano a quien se puede ver (Cfr. 1 Jn 4,20) y desde allí realizan su misión de ser fermento del Reino por la comunión y el servicio.⁶

⁶ Cabe mencionar la rica exposición del Plan de evangelización: «Junto a la vida de comunión está el servicio a la persona y a la sociedad; es decir, el amor al prójimo que se actualiza en el compromiso por el cuidado de los

La acogida del otro, sin etiquetas ni remoquetes, es una ley del Evangelio que ilumina la vida de los miembros de la Iglesia. Dios no hace acepción de personas y el mandamiento del amor queda desvir-

otros, cercanos y lejanos, por la solidaridad con el que sufre [...] por la participación en la construcción de una sociedad más en consonancia con el Reino de la Vida Plena en Cristo, de una sociedad más justa respetuosa y promotora de la dignidad humana» (No. 51).



La solidaridad es la red creada por el conjunto de vínculos que unen a la persona singular con la comunidad de la que forma parte.

Tener tiempo para el otro es cuestión de humanidad; no tener tiempo ni espacio para el encuentro y el servicio del prójimo transgrede el mandamiento del amor en su más profunda entraña. Es necesario tener el valor de detenerse para atender al prójimo que emerge y se impone como una llamada que reta la vida muelle y cómoda. El buen samaritano es capaz de detener su marcha porque la solidaridad urge a converger. Jesús es capaz de detener y posponer su intención de descanso con los apóstoles porque la multitud andaba en su búsqueda como ovejas sin pastor y se pone a enseñarles con calma (Mc 6, 30-34). El texto dice que Jesús sintió lástima, se conmovió ante la multitud, se detuvo, no siguió de largo aunque era justo su descanso y el de los apóstoles; su tiempo es el tiempo de la humanidad. Para eso vino: para dar la vida, para que todos tengan vida y vida en abundancia (Jn 10, 10). La ciudad, caracterizada por el frenesí, los afanes del día a día y la huida de la memoria (Kundera, 1995), no tiene tiempo para fijarse, converse, detenerse, converger comprometiéndose con el bien del otro, mucho menos dentro de la cultura de los anónimos y los ciudadanos sin rostro. La ciudad solidaria, en cambio, vive la categoría del tiempo no solo como *kronos*, sino como *kairos*, el tiempo es un don para hacer efectiva la experiencia del tú, incluso en los sujetos más desconocidos.

tuado cuando aparecen los favoritismos y los engrimientos que dan lugar al descarte del otro (St 2, 8-9); ni el pecado ni la diferencia de ideas ni el color de la piel ni las inclinaciones personales ni las tendencias políticas ni los más elevados niveles de religiosidad, nada obvió el encuentro de Jesús con la humanidad. Los encuentros impensables con la samaritana, con los publicanos, con los endemoniados, con los leprosos etc., hablan de un Reino en el que la fecundidad del encuentro emerge como una categoría reveladora de la voluntad-acción salvífica de Dios en medio de la historia.

3. La ciudad del tiempo

La vida frenética del hombre actual, la búsqueda de los efectivismos, la carencia del tiempo atropellan el presente sin dejar espacio a la intersubjetividad. La excusa del trabajo y las múltiples ocupaciones reclaman la pregunta por lo que el hombre busca y evade a la vez. La transición de la vida sosegada de la aldea a la cultura, de la rapidez mecánica y de esta a la inmediatez cibernética, de la máquina como prolongación del hombre al hombre como prolongación del computador y de los últimos apa-

ratos tecnológicos expresa la necesidad humana de alcanzar nuevos estándares de calidad de vida y comodidad. El frenesí se ha posicionado como camino actual de huida y es un escollo crítico para el encuentro interior, encuentro con el otro, encuentro con Dios; sin embargo, hay en la Iglesia universal una gran aspiración de reencuentro con Jesucristo y de generación de relaciones de comunión capaces de transformar la historia hasta la venida de la Jerusalén celestial (NMI 29).

4. La ciudad del no miedo

No se trata de la ciudad de los valientes, sino de la ciudad de la confianza construida por individuos que han aprendido a ver en el otro no un potencial enemigo, transgresor, sino un tú a través de quien se establece la suprema relación entre el hombre y la eterna fuente del mundo: Dios (Buber, 1923). Los

impensables encuentros de Jesús tuvieron lugar porque la misericordia vence el miedo de las ideas distintas, de los contagios, de las impurezas rituales, de la ley arbitraria y despótica, y opta por el otro en todo su valor de persona y lleva al grado sumo el encuentro y el servicio del prójimo como encuentro y servicio de su propia persona: «Cuántas veces lo hicieron con uno de estos, mis pequeños, conmigo lo hicieron» (Mt 25,40). La ciudad solidaria, fermentada por la presencia del Reino, transgrede la cultura del miedo que unas veces aleja y otras contrapone, y genera esferas de relación caracterizadas por el aprecio de la bondad en el otro.

Sin duda, la ciudad del no miedo no es una utopía; esta se funda en la certeza de que el mal y la muerte no tienen la última palabra. Las incontables ocasiones en que la Sagrada Escritura, el magisterio de los últimos papas y el señor cardenal, arzobispo de Bogotá, invitan a no tener miedo, aseguran que son más los signos de la victoria de Cristo resucitado que los de violencia y muerte. El tiempo y el espacio son el *topos* en donde Dios actúa realizando su plan de salvación instaurando su Reino de amor y de paz, y aportando la luz y la fuerza necesarias para caminar juntos hacia la plenitud anhelada, que Él regala por medio del Espíritu; ni la ciudad ni la Iglesia en ella marchan a la deriva, Dios la dirige y esta certeza es garantía de que es posible una ciudad con rostro humano en donde cada hecho social se convierte en posibilidad de encuentro y crecimiento.

5. La ciudad que se conmueve

La ciudad solidaria se construye sobre el más grande rasgo divino inscrito en el hombre: la capacidad de conmoverse el corazón ante el drama del dolor y la muerte. La oportuna opción por el texto del hijo de la viuda de Naín (Lc 7, 11-17) como espíritu de la segunda etapa del Plan de evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá, el «nuevo rumbo», ha despejado para todos el ineluctable camino que la Iglesia está llamada a trasegar: un camino de convergencia en el que los paralelismos desaparecen (primero dentro de la Iglesia) para abrir paso al don de la vida que se eleva por encima de la muerte y el sinsentido humano. En el pasaje de Lucas concurren en un mismo lugar dos grupos de personas y en la conmoción del corazón del Señor que lo lleva a actuar en favor de la viuda, devolviendo a la vida a su hijo, se evidencia la llegada del Reino, allí despunta el año de gracia anunciado en la sinagoga de Nazaret.

En este, como en muchos otros relatos evangélicos de milagros que ayudan a iluminar el modo como

debe obrar el amor la Iglesia, se reconoce a Jesús, quien ante las escenas de dolor, sea cual sea su fuente, inevitablemente se le conmueven las entrañas, siente compasión, tiene misericordia. En Jesús se suscita algo más allá de la mera conmoción del cerebro, no cavila, no genera los constructos teóricos, sencillamente, siente. Puede decirse que en Él la misericordia «se activa» cuando emerge la escena del dolor. Solo imaginar la escena de Jesús tomando entre sus manos el rostro de la viuda de Naín y diciéndole «no llores» permite comprender el grado de conmoción del corazón del Señor. El detenerse, el no poder pasar de largo evidencia la importancia prioritaria de atender y servir al pobre y necesitado. Es allí donde brota el diálogo elocuente y vivificante entre el amor y el dolor, y surge como consecuencia la vida, vida dada por Aquel que es la Vida. Puede afirmarse, entonces, que la ciudad que se conmueve es la ciudad de la vida.

La palabra misericordia enseña que el actuar de Cristo, y por tanto de la Iglesia, tiene que ver con el corazón; por lo tanto, la Iglesia no puede tener vergüenza de sentir ni puede temer a la conversión que sobreviene al abrazo del leproso, como sucedió a san Francisco de Asís, aunque esto la conduzca a un giro diametral de su obrar estandarizado y le indique un nuevo rumbo a su modo de ser y estar en la ciudad. Cuando el papa Francisco, hablando de la solidaridad, invita con tanta plasticidad a pasar del corazón a las manos (pasar del sentir al obrar), él da por supuesto que el dolor de los pobres ya está instalado en el corazón de los actores, concesión bastante optimista; valdría la pena pensar primero en el paso del cerebro al corazón: menos conmoción de las ideas⁷, más conmoción del corazón, más misericordia. De aquí brota indudablemente el impulso a actuar en favor del otro, pues ante él solo es posible la responsabilidad, el compromiso; el otro es alguien que me pertenece.

6. La ciudad que cuida de la creación

Como se planteó al principio, el fenómeno de las ciudades que se expanden de manera incontrolada seguirá siendo una nota característica especialmente en los países llamados del tercer mundo y de los países en guerra. Simultáneamente, con esta comprobada situación social marcada por el dolor de los más pobres, irán creciendo en los conglomerados humanos sentimientos de desarraigo,

⁷ Menos «micerebrordia», más misericordia. Ciertamente no se trata de una expresión científica, pero el neologismo es válido para el reclamo que encierra.

de persecución, de exclusión, de miedo; y es propiamente en ese campo de dolor en donde nace el sujeto sin raíces, sin identidad, sin vínculos que generen conciencia de deberes, individuos para quienes la ciudad no es más que un lugar que provee. Este fenómeno motiva el accionar antiético de la urbanización invasiva y gentrificante: primero los campesinos que ven extenderse la ciudad hacia ellos y los obliga a desplazarse y luego los sectores tradicionales que deben dar paso a programas de renovación urbana que terminan creando nuevos núcleos de desarrollo carentes de todo aprecio por el entorno y de compromiso por la convivencia.

La identidad que da sentido de pertenencia y de arraigo, y que compromete a todos en el cuidado del entorno humano es el dato que define la manera de ser y de habitar la ciudad, para que esta sea en verdad casa común, un lugar verdaderamente ecológico y humano. La pertenencia se cultiva a partir del desprendimiento del individualismo para abrir la mirada en actitud solidaria al otro en todo el universo de su ser y de sus interrelaciones. En esto consiste la construcción y el cuidado de la ciudad casa común; lo otro es coexistir en medio de la batalla de los egos y los intereses que robustece la ciudad de la indiferencia y del descarte. Formar parte de la ciudad solidaria implica sin ambages, de cada actor social, de cada miembro de la Iglesia el aprecio de los medios que garantizan la calidad de la vida, el respeto de la naturaleza, el cuidado de las aguas, el aseo y la preocupación por la belleza del entorno, la mesura y la justicia en el consumo, la cultura del no despilfarro, del no desperdicio, la conciencia que los bienes que se tiran empobrecen e intoxican el mundo cuando pudieron ser alimento y abrigo de otros.

Colofón

El acto consciente y libre en favor del bien común por encima de los intereses individuales que vacían de sentido el principio antropológico de ser con y para los demás se inscribe en el corazón de la ciudad fermentada. El Plan de evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá no ha sido ajeno al fenómeno del desarraigo y a la marcada opción de los habitantes de la ciudad región por el bien individual que sobrepasa el interés de los demás y define a la ciudad como lugar de muchos actores sociales y a la vez de miles de espectadores que, sin sentido de corresponsabilidad social, solo usan la ciudad, reclaman derechos, pero ignoran los deberes y no están dispuestos a aportar mayor cosa a cambio. Esto genera situaciones de exclusión, inhumanidad y deterioro de las condiciones óptimas para una vida digna. La otra es la ciudad querida, el fruto de la presencia vivificante del Reino de la vida en las

redes y estructuras sociales, económicas y políticas que la conforman. ☉

Bibliografía

- Arquidiócesis de Bogotá (2013) Plan de evangelización. Documento No. 4. Bogotá.
- _____ (2014) El paradigma de evangelización en la Arquidiócesis de Bogotá: fundamentos teológicos y pastorales. Plan de evangelización. Documento No. 5. Bogotá.
- Bauman, Z. (2003) Trabajo, consumismo y nuevos pobres, Barcelona: Gedisa.
- Buber, M. (1969) Yo y Tú, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Carta a Diogneto. Recuperado en <http://www.mercaba.org/TE-SORO/427-10.htm>
- Concilio Vaticano II (1965) Constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo de hoy. *Gaudium et Spes*.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (1979) Documento conclusivo de Puebla. III Conferencia.
- _____ (2007) Documento conclusivo de Aparecida. V Conferencia.
- Francisco (2013) Audiencia general, miércoles 5 de junio de 2013.
- _____ (2014) Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.
- _____ (2015) Carta Encíclica *Laudato Si*.
- Juan Pablo II (1979) Carta Encíclica *Redemptor Hominis*.
- _____ (2001) Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*.
- Kundera, M. (1995) La lentitud, Barcelona: Tusquets.
- Levinas E. (2012) Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad, Salamanca: Sígueme.
- Lipovetsky, G. (2007) La era del vacío, Barcelona: Anagrama.
- _____ (2008) El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Barcelona: Anagrama.
- Maldonado, C. E. (2003) Biopolítica de la guerra. Cátedra Gerardo Molina, Bogotá: Universidad Libre.
- Pérgolis, J. C. (2005) Ciudades fragmentadas, Buenos Aires: Nobuko. Radio vaticana (2016) Video del papa, junio de 2016. <http://bit.ly/2jRpLSs>
- Schökel, L. A. (s.f.) La Biblia de nuestro pueblo, comentario exegético a Mt 7, 12. Misioneros Consolatos.

DRAMA HUMANO

Habitantes de calle: del asistencialismo a la promoción humana

Farash Valeria Contreras Rodríguez¹

¹ Politóloga. Universidad Nacional de Colombia. Miembro del Observatorio Arquidiocesano de Evangelización.

Son muchos los escenarios desde donde se ha tratado de definir y caracterizar el fenómeno de habitante de calle. Desde la Academia, por ejemplo, el estado del arte es nutrido en investigaciones y ensayos, que pretenden abordar las diferentes aristas de una misma situación, particularmente aquellas que aportan comprensiones sociológicas, psicológicas, semánticas, antropológicas y en el campo de la salud física y mental. Sus resultados, la mayoría de ellos basados en análisis de caso, son recomendaciones para nuevas investigaciones, así como para los procesos de atención de la población o para la elaboración de políticas públicas.



Desde la mirada de la administración pública, se considera problema social por su carácter multifactorial y por su relación natural con otros fenómenos críticos, tales como la delincuencia, la trata de personas, el tráfico y consumo de sustancias psicoactivas, la violencia, la pobreza, entre otros.

En el caso específico de Colombia, donde los factores agravantes del fenómeno son estructurales, ha sido desarrollado un concepto jurídico que responde a su naturaleza de Estado Social de Derecho. La Corte Constitucional reconoce a los habitantes de calle como «un grupo especialmente marginalizado», pero al mismo tiempo determina la condición

de mendicidad como un asunto de libertad individual y de libre desarrollo de la personalidad:

en nuestro país cada persona es libre de desarrollar su personalidad acorde con su plan de vida. Es a cada individuo a quien corresponde señalar los caminos por los cuales pretende llevar su existencia, sin afectar los derechos de los demás. Es únicamente a través de esta manera donde efectivamente se es digno consigo mismo. De este modo, la «mendicidad» ejercida por una persona de manera autónoma y personal, sin incurrir en la intervención de un agente intermediario o

a través de la trata de personas, no es un delito, ni una contravención. De hecho, cualquier tipo de reproche jurídico, sea en forma de sanciones o intervenciones terapéuticas forzadas, resulta inadmisibles en tanto cosifica al habitante de la calle en aras de un supuesto modelo ideal del ciudadano virtuoso o a manera de una acción preventiva en contra de un potencial criminal (Sentencia T-043 de 2015)

Igualmente, la Corte Constitucional, en la misma sentencia, plantea lo siguiente:

Una de las bases del Estado Social de Derecho es la consagración del principio de igualdad material, es decir, de igualdad real y efectiva, como expresión del designio del poder público de eliminar o reducir las condiciones de inequidad y marginación de las personas o los grupos sociales y lograr unas condiciones de vida acordes con la dignidad del ser humano y un orden político, económico y social justo (Constitución Política Colombiana Art. 1)

«Habitante de calle es una persona sin distinción de sexo, raza o edad, que hace de la calle su lugar de habitación, ya sea de forma permanente o transitoria y, que ha roto vínculos con su entorno familiar» (Ley 1641 de 2013).

Tal mandato no es una simple fórmula retórica, sino una obligación exigible jurídicamente. Implica que «el Estado tiene un deber constante con los ciudadanos consistente en proporcionarles bienestar, lo cual se traduce en proveer un mínimo de bienes y servicios, materiales y espirituales al alcance de los individuos y propender porque todos los colombianos tengan empleo, seguridad social, vivienda, educación, alimentos, etc.» (Corte Constitucional, 2015). En consecuencia, las autoridades deben valorar las condiciones de marginalidad, alienación, ignorancia o pobreza extrema de los habitantes de la calle para erigir acciones afirmativas focalizadas en sectores poblaciones especialmente vulnerables. De ahí que, en aras de privilegiar los intereses constitucionales de aquellos sujetos manifiestamente débiles, en razón de sus limitaciones (físicas, psicológicas, económicas, sociales, cultural, etc.), para el operador jurídico es imperativo inaplicar incluso, según el caso concreto, aquellas normas jurídicas que contravengan los postulados del Estatuto Superior.

Dicho lo anterior, es de resaltar el nuevo marco normativo de atención a la población habitante de la calle. Con la Ley 1641 de 2013, por primera vez, el legislador, antes que reprimir o censurar a este conjunto de ciudadanos, se propuso «garantizar, promocionar, proteger y restablecer los derechos de estas personas, con el propósito de lograr su atención integral, rehabilitación e inclusión social» (Art. 1).

A través de esta ley, el Estado colombiano ha establecido los «Lineamientos para la formulación de las políticas públicas sociales para habitantes de calle». Esta ley define al habitante de la calle como «una persona sin distinción de sexo, raza o edad, que hace de la calle su lugar de habitación, ya sea de forma permanente o transitoria y, que ha roto vínculos con su entorno familiar». A su vez, define la habitabilidad en calle como «las sinergias relacionales entre los habitantes de la calle y la ciudadanía en general; incluye la lectura de factores causales tanto estructurales como individuales» (Art. 2).

Un análisis global del marco jurídico e institucional permite observar que tanto las definiciones de la Corte Constitucional como las promulgadas en los lineamientos de la política pública nacional y distrital tienen un particular enfoque en el respeto y la garantía de los derechos y libertades consagrados en la Constitución Política, y proponen un enfoque diferencial, que prioriza las situaciones de los menores de edad. Todo esto se convierte en el marco de acción de las políticas públicas y en el soporte de las actuaciones de las instituciones de orden na-

cional y distrital, cuya finalidad no puede ser otra que la disminución del número de personas que habitan la calle, a través de la implementación de rutas de intervención integral –que incluyen acción policiva como en el caso de Bogotá y Medellín– y la prevención del riesgo en poblaciones altamente vulnerables a los problemas colaterales del fenómeno.

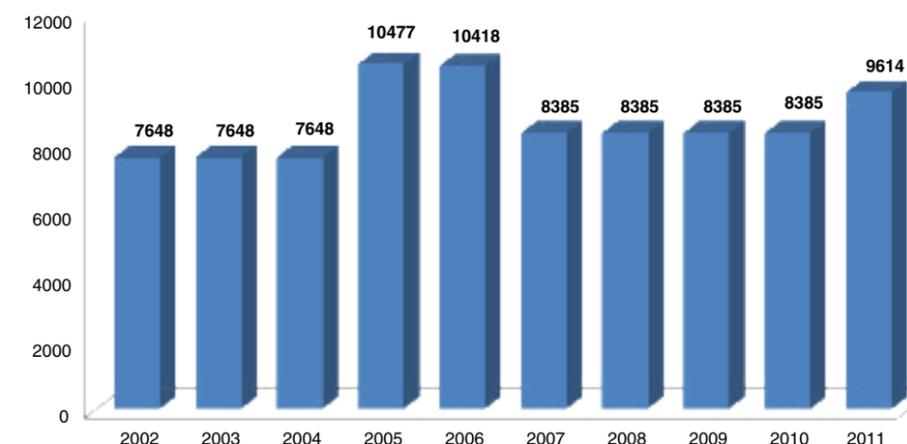
2. La dimensión actual del problema social

Existe un afán, especialmente de las entidades estatales y distritales, de establecer una línea de base censal sobre la población habitante de calle, pues al parecer, el número de personas en esta situación ha aumentado, pero esto es solo una hipótesis, dado que la transformación misma del fenómeno impide tener datos, más allá de los que se recogen formalmente por parte de las instituciones que brindan

algún tipo de atención; estos son los denominados «indicadores de demanda». Sin embargo, el último censo realizado por la Secretaría de Integración Social del Distrito identificó 9.614 personas habitantes de calle, cifra que coincide con otros datos arrojados por Fenalco Bogotá, que hace un estimado de más de 10.000 personas en esta situación.

Estos datos censales ubican las localidades de La Candelaria, Los Mártires, Santa Fe y Puente Aranda, como las de mayor concentración de habitantes de calle. Situación que se ha acentuado a partir de mayo de 2016, con las acciones interinstitucionales de intervención en zonas críticas como «el Bronx» y «Cincohuecos», entre otros sectores de la localidad de los Mártires, a donde los colectivos de habitantes de calle se han ido desplazando, generando problemas colaterales para los residentes de estos sectores.

Bogotá D.C. Demanda potencial según censos de habitantes de calle 2002 - 2011



Fuente: Secretaría de Integración Social 2011

Es importante no caer en la tentación de reducir el problema social a la coyuntura actual, como si toda la historia que trae consigo este fenómeno social se redujera a la decisión administrativa de intervenir en estos sectores, pero también es fundamental escudriñar en la situación actual posterior a la intervención del Distrito, aquellos factores que se han develado y que deben ser tenidos en cuenta a la hora de plantear el actual proyecto.

En Bogotá, existían dos territorios con un altísimo nivel de deterioro social, que eran al mismo tiempo fuente y lugar de concentración de violencia, criminalidad, tráfico y consumo de estupefacientes, trata de personas, actividad paramilitar y mafia. En estos dos territorios, «el Bronx» y «la Ele», la presencia policiva y estatal era prácticamente inexistente dado que quienes encabezaban las actividades ilícitas y delictivas, tenían una organización de tipo «para-

En «el Bronx» y «la L» , la presencia policiva y estatal era prácticamente inexistente dado que quienes encabezaban las actividades ilícitas y delictivas, tenían una organización de tipo «paramilitar» preparada para enfrentar cualquier acción proveniente de las fuerzas del Estado.

militar» preparada para enfrentar cualquier acción proveniente de las fuerzas del Estado.

Estas organizaciones criminales brindan una falsa sensación de blindaje y seguridad a quienes huyen de la hostilidad de sus relaciones familiares, laborales, afectivas, sociales, entre otras y encuentran en las drogas, en las pandillas y en la violencia personal una vía de escape, pero también una protección.

Esta situación es el caldo de cultivo de muchas de las decisiones de niños, adultos y adultos mayores que se convierten en habitantes de calle, porque la ruptura de sus redes relacionales les impide ver otras posibilidades de vida, otras posibilidades de ejercicio de la libertad y sumado a ello, ven afectada su voluntad por el consumo de sustancias psicoactivas.

Las cifras entregadas como balance del Distrito ante esta situación son alarmantes, pues a pesar de los esfuerzos administrativos pasados y actuales, el número de personas que se recupera y que logra llegar a procesos de reinserción social y laboral, es solamente del 1%. Es decir, de 10.361 personas atendidas, solo 286 permanecen en tratamien-



tos de recuperación y solamente 95 abandonaron las calles.

3. La atención del problema

En nuestra sociedad la misma pobreza se ha convertido en una mercancía, tanto a nivel de estudios como de soluciones «¿Qué hacer con el muchacho concreto que te roba, que se ve obligado a mendigar a las salidas de cine, que vaga desprotegido e insidiante? ¿Mirarlo despreocupadamente prometiéndole un lejano paraíso socialista? (De Nicolás y otros, 1981, 25).

Así como se definen hipótesis, abordajes, miradas y enfoques sobre el fenómeno de habitantes de calle, se generan diferentes formas de atención, de intervención e intentos de dar solución al problema.

La siguiente es la ruta de intervención definida por la Alcaldía de Bogotá, como respuesta a los lineamientos de la política pública, así como a los criterios definidos por la ley, cuyo objetivo es «promover el desarrollo de capacidades y ampliación de oportunidades para los ciudadanos habitantes de calle, personas y familias en riesgo de habitar la calle».

La actual coyuntura de desplazamiento masivo de habitantes de calle ha puesto a prueba esta ruta de intervención. En encuentros intersectoriales que se han tenido con entidades del distrito capital como marco operativo del presente proyecto, desde la Alcaldía y entidades de control como la Personería de Bogotá, se hace manifiesta la necesidad de alcanzar mayores niveles de cobertura en cada uno de estos componentes, así como la preocupación por la ausencia de oferta de atención de la población adulto mayor en situación de calle.

4. Del asistencialismo a la promoción humana integral

Como ya se vio, los datos arrojados por los estudios y análisis del Distrito Capital afirman que las localidades con mayor presencia de habitantes de calle en Bogotá son Mártires, Santa fe, Candelaria y Puente Aranda, sin desconocer algunas concentraciones importantes, en las localidades de Chapinero, Teusaquillo, Barrios Unidos, Suba y Usaquén.

Estos datos se pueden corroborar a través del trabajo de campo emprendido desde hace más de un año por la Vicaría Episcopal Territorial de la Inmaculada Concepción, cuyo territorio concentra los aspectos más álgidos del problema en sus calles y parroquias.

Fueron las visitas pastorales iniciadas en el año 2013 y los recorridos del Señor Cardenal, Rubén Salazar por todas las parroquias de la Vicaría, lo que puso en evidencia que la habitabilidad en calle es un fenómeno que al que no se puede desconocer y al que se debe enfrentar, en atención a la responsabilidad social eclesial en medio de la ciudad y al mandato evangélico de acudir con caridad pastoral a los heridos del camino.

Como Iglesia ¿Qué debemos hacer para actuar en comunión, en unidad, a través de la caridad efectiva, que no significa asistencialismo, sino promoción integral de la dignidad y del desarrollo humano?

Pero fue una preocupación con dos caras; por una parte, el rostro de la miseria, el encontrarse con los habitantes de calle del centro, el vivir en medio de tantas heridas y tantas necesidades. Allí surgió la primera pregunta: ¿Qué hacer como Iglesia para atender a tantas personas necesitadas? Y, ¿cómo aportar a la disminución del número de habitantes de calle en la ciudad?

Pero por otra, la visita pastoral develó una cantidad considerable de iniciativas católicas y de inspiración católica que, sin ningún tipo de articulación, van recorriendo las calles con una ayuda caritativa, asistencial, con buena intención sí, pero sin la conciencia real de lo que significa la acción sin daño². De allí surgió la segunda pregunta: ¿Qué hacer como Iglesia para hacer efectivo el criterio de actuar en comunión, en unidad, a través de la caridad efectiva, que no significa asistencialismo, sino promoción integral de la dignidad y del desarrollo humano?

Con estos interrogantes, se emprendió un camino de salida y encuentro con las múltiples realidades humanas que encarna la situación de habitante de calle, con las iniciativas que actúan en el centro de la ciudad, la mayoría de ellas desde un enfoque asistencial y con las instituciones públicas y privadas que atienden a la población habitante de calle para tratar de identificar cuál debe ser la línea de acción, el camino a seguir en la construcción de una sociedad misericordiosa, justa, solidaria y que cuida la creación. ☺

Bibliografía

Corte Constitucional (2015). Sentencia T-043 de 2015: política pública a favor de los habitantes de la calle. Reconocimiento y empoderamiento de un grupo especialmente marginalizado. <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2015/t-043-15.htm>

De Nicolás, J.; Arila, I.; Castellón, C. y Mariño, G. (1981) Museraños: programa de intervención con niños de la calle. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.

Secretaría Distrital de Integración Social (2011) VI Censo habitantes de calle. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá.

² La acción sin daño es un enfoque que busca que toda acción o proyecto social tenga presente las consecuencias nefastas que pueden desencadenar su intervención si no se hace teniendo en cuenta unos mínimos éticos, una lectura suficiente y pertinente del contexto, la prevención del agotamiento emocional de los funcionarios, servidores o voluntarios, etc.



PRINCIPIO COMPASIÓN - MISERICORDIA

Hacia la ciudad de la misericordia

Arturo Silva Hurtado, Pbro.¹

¹ Presbítero emérito de la Arquidiócesis de Bogotá. Fue el encargado de la Delegación para la Pastoral Educativa. Fue presidente de CONACED Bogotá – Cundinamarca. Gestor del modelo educativo basado en la humanización desde un horizonte de misericordia.

Con relativa frecuencia, los cristianos nos vemos atrapados en rígidas estructuras y modos del ser creyente que nos alejan de la verdadera fe: nuestro Dios es un Dios de misericordia y compasión, que nos invita a amar a su modo, liberando y transformando la realidad. Para poder caminar hacia la ciudad de la misericordia, hace falta tener una sana imagen de Dios, creer la buena noticia de la misericordia sanadora de Dios, vivir el principio compasión misericordia y convertir nuestra pastoral según este principio.



1. Por una sana imagen de Dios

«Narrar el ser de Dios no puede ser ni significar otra cosa que narrar el amor gratuito de Dios». Nuestro Dios es el amor encarnado, misericordioso, tierno que toma apasionadamente los caminos de la condescendencia del Padre, de la *kenosis* del hijo y de la libre acción del Espíritu. Bien lo dice el papa Francisco «misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad» (*Misericordiae Vultus*, 2). «Es propio de Dios usar misericordia. En esto se manifiesta su omnipotencia» (MV 6).

La imagen de Dios tiene una importancia clave en la vida cristiana. Tristemente, Dios no siempre es un elemento liberador de la persona. Frente a Él se dan muchos miedos, temores, cargas morales. Dios no es siempre una fuerza que desate nudos, libere de enredos, haga más ligera y feliz la carga de la vida, nos eleve por encima de miserias existenciales y cotidianas. A menudo, Dios es una carga pesada, muy pesada... ¡Qué tristeza! Y la culpa no es del «santo pueblo fiel de Dios» -como le gusta decir al papa Francisco, recordando una expresión del Vati-

«Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad» (MV 2).

cano II- la culpa es nuestra, pues hemos desactivado e incluso domesticado la misericordia de nuestro Dios, «brisa suave» de la que nos habla el profeta Elías (1 Re 19, 11-13). En *El Principito* se nos recuerda que: «Uno es para siempre responsable de lo que domestica» (Saint-Exupéry, 2003, 26).

No es fácil cambiar nuestras representaciones de Dios. Es todo un proceso de conversión mental, afectiva, religiosa. Es todo un proceso de vida. «Crear un Dios para temerlo y adorarlo es cosa fácil. Derrotar la muerte para crear la vida por encima de un fetiche, es obra de titanes» (Santiago Pinto Vega).

Tener malas imágenes de Dios enferma, daña el espíritu, seca el corazón. Jesús vino a sanar nuestra interioridad, a sanar nuestras falsas imágenes de Dios, a hacer que vivamos mejor y seamos más personas. Nada es más importante que la imagen que experimentamos de Dios. Lo fundamental no es creer o no creer en Dios, sino en qué Dios se cree. Por esto, el tema de Dios se ha vuelto peligroso.

2. La buena noticia de la misericordia sanadora de Dios

El Dios que se nos revela en la Biblia no es divinidad fría y lejana que deja al ser humano a su suerte. Es un Dios que ve, oye, conoce, baja. Nuestro Dios no es ciego ni sordo ni impasible, sino que le afecta el sufrimiento de su pueblo y decide intervenir (Ex 3, 7-8). La misericordia se atribuye a Dios de forma repetida a lo largo de la Escritura como queda de manifiesto no solo en la riqueza de los términos usados, sino también porque en ella encontramos narrada la historia de la misericordia entrañable del Padre, realizada plenamente en Jesús de Nazaret. «La misericordia en la sagrada escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros» (MV 9).

En Éxodo (34, 4-7), Dios releva a Moisés su verdad con cuatro nombres de misericordia. Dios es amor entrañable, visceral -como dice el papa Francisco-

lleno de gracia, rico en lealtad, fidelidad, gratitud, clemencia, verdad. Dios se eleva sobre el pecado de los hombres a quienes ofrece perdón para que ellos, pecadores perdonados, puedan así superar su tentación de idolatría: adoración del becerro de oro.

El profeta Oseas, el de «misericordia quiero y no sacrificio», el que mejor habla de la ternura de Dios, nos lleva al culmen de la revelación veterotestamentaria sobre la misericordia de Dios: «Me da un vuelco el corazón y mis entrañas se conmueven. No dejaré correr el ardor de mi ira. Porque soy Dios y no un hombre, soy el Santo —el misericordioso— en medio de ti, no me gusta destruir» (Os 11, 8-9) y el profeta Miqueas lo reafirma así: «Yahvé no mantiene para siempre su cólera, sino que ama la fidelidad; se arrepentirá y tendrá piedad de nosotros, destruirá nuestras culpas y arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados» (Mq 7, 18-19). Jeremías añade: «se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión. Tengo ternura hacia el que sufre» (Jr 31,20). A pesar de nuestra infidelidad, Dios mantiene su palabra. Es fiel a sí mismo y a su creación.

La misericordia está profundamente unida a la fidelidad de Dios. El señor es fiel, no puede renegar de sí mismo. Lo explica bien Pablo en la segunda carta a Timoteo (2, 13): «Si somos infieles, él permanecerá fiel, pues no puede renegar de sí mismo». El papa Francisco lo dice muy bien: «la misericordia es el carné de identidad de nuestro Dios» (Francisco, 2016g). Se trata de una toma de conciencia de lo que Dios es, a pesar de lo que somos nosotros, a pesar de lo que es la condición humana, sus pretensiones, sus egoísmos, sus excesos, sus absurdos, sus miserias.

«Su cólera dura un instante, su favor por siempre» (Sal 30,6). Dios misericordioso perdona y no destruye. Dios paciente no pierde los estribos: «Pero él, misericordioso perdonaba sus culpas y no los destruía. Contuvo su ira muchas veces y no daba rienda suelta a su furor» (Sal 78, 38). «Compasivo y misericordioso es el Señor, paciente y rico en clemencia, bueno es el Señor para con todos y su misericordia sobre todas sus obras» (Sal 145, 8-9). «Su clemencia llena la Tierra» (Sal 33, 5). «Pero tú Señor, Dios misericordioso y compasivo, paciente, rico en clemencia y fiel, mírame y compadécete de mí» (Sal 86, 15-16). «Tú, Señor Dios nuestro nos haz tratado según tu voluntad y gran misericordia» (Bar 2, 27). «Al Señor nuestro Dios pertenece la misericordia y el perdón» (Dn 9,9). «Tú eres un Dios del perdón, compasivo y misericordioso, pa-



«Compasivo y misericordioso es el Señor, paciente y rico en clemencia, bueno es el Señor para con todos y su misericordia sobre todas sus obras» (Sal 145, 8-9)

ciente, rico en clemencia. Por eso no nos abandonaste» (Nh 9,17). «Sé que tú eres un Dios misericordioso y clemente, magnánimo de gran amor y que te dejas conmover con respecto a tus amenazas» (Jo 4,2). «Grande hasta los cielos es tu amor y hasta las nubes, tu fidelidad» (Sal 57,11). «Misericordioso y compasivo es el Señor, lento para la ira y grande en el amor. No está en pelea para siempre, no permanece enojado eternamente. No nos trata según nuestros pecados, ni nos retribuye según nuestras culpas. Él sabe bien de que estamos formados, recuerda que nosotros somos polvo. El amor del Señor es para siempre... nos rodea de bondad y de misericordia» (Sal 103, 3, 4, 8, 9, 10, 14).

La mayor parte de los textos de Mateo y Marcos indican que fue la multitud el objeto de la compasión misericordia de Jesús (Mt 9,36; 14,14; 15,32; Mc 6,34; 8,2). Se trata, por tanto, de un objeto colectivo: la gente sencilla, el populacho, la plebe, la muchedumbre del pueblo, la masa carente de significado político, los sectores más empobrecidos por la sociedad. A ellos dirige Jesús sus enseñanzas y su ternura, les devuelve la palabra, les cura las heridas, les muestra el camino de la salvación, realiza con ellos gestos con sabor a mesa compartida. «La misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros» (MV 9).

Jesús no puede dejar de anunciar al Dios que arde en sus entrañas. Dios para Jesús es un misterio de misericordia absoluta, bondad sin límite, perdón continuo y gratuito. Perdonar, según el proyecto de

Jesús, es rechazar el mal que nos han causado, recuperando a quienes nos lo han causado. Es recordar sin odio y sin rencor para construir relaciones basadas en el respeto y la civilidad. Que la venganza no se vuelva una especie de rueda eterna de la que es imposible salir. Es aceptar que somos más humanos cuando perdonamos que cuando tomamos venganza. Nos hace bien perdonar: es secreto de vida feliz, es sanación verdadera. No modifica el pasado, pero nos cambia el presente. El papa Francisco enseña: «Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón... fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza» (MV 10).

El precioso capítulo 15 del evangelio de Lucas con las tres parábolas llamadas de la misericordia busca rescatar el rostro de Dios como amor gratuito. «Dios es presentado siempre lleno de alegría sobre todo cuando perdona. En estas parábolas encontramos el núcleo del evangelio y de nuestra fe, porque la misericordia se muestra como la fuerza que todo vence que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón» (MV 9). A Dios no le falta humanidad, la tiene en abundancia. Aparece la misericordia absoluta de Dios que el propio Lucas resume así: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». El evangelio de Juan establece el criterio de amor como aquel que sostiene la identidad y la credibilidad de la Iglesia (Jn 13, 34-35).

En latín, la palabra misericordia está compuesta de dos términos «miseria» y «corazón». La «miseria» denota una indigencia de alguien que vive en los límites de la vida humana. El «corazón» no juzga la miseria; la quema, la destruye gratuitamente. Es el milagro de la misericordia que nace, vive, se nutre y se manifiesta entre el perdón y la ternura que le abraza. Se trata de un corazón dispuesto a intervenir para purificar, sanar, liberar la indigencia de alguien. Comentando el evangelio de Juan (8, 1-11), San Agustín dice: «Cuando el corazón es tocado, golpeado por la miseria ajena entonces ahí está la misericordia» y hermosamente concluye: «Queda la adúltera y el Señor... quedó la gran miseria y la gran misericordia, la que estaba herida y el médico».

Jesús no es un maestro de la ley ni un sacerdote del templo. Lo suyo no es enseñar una doctrina religiosa, sino anunciar un acontecimiento: «El Reino de Dios está cerca. Cambiad de manera de pensar y actuar. Creed en la buena noticia» (Mc 1, 15). Lo primero que hemos de ver con claridad es que creer en la Buena Noticia, entrar en el Reino de Dios, es asumir como principio de actuación y como estilo

de vivir la compasión misericordia. Jesús «ha venido para buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). «Estamos llamados a vivir la misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha aplicado la misericordia» (MV 9).

En Jesús de Nazaret, encontramos al respecto la plenitud de la revelación: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». Jesús no centra la santidad en la separación del impuro, sino en la compasión misericordia. El primer rasgo de Dios es la compasión misericordia. Quien quiera asemejarse a Él no tiene que vivir separándose de los impuros, sino amándolos con amor compasivo. Nadie está excluido del corazón de Dios. Él ha venido a liberarnos del miedo a Dios. «Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión» (MV 8).

Al respecto, el papa Francisco comenta: «Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios. Sería un ídolo convertido en ideología, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley. La justicia por sí sola no basta y la experiencia enseña que apelando solo a ella se corre el peligro de destruirla y de destruirnos. Por eso, Dios va más allá de la justicia con la misericordia y el perdón» (MV 21). Esta combinación misericordia y justicia es fundamental para evitar que la misericordia se limite a palmaditas en el hombro, a lástima ante el sufrimiento y la justicia se reduzca a puro legalismo. «La misericordia no excluye la justicia y la verdad. Ella es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios» (*Amoris Laetitia*, 311). «Si el misericordioso no supera la justicia, no es misericordioso» (Isaac de Nínive).

Se produce un giro dramático: la misericordia supera a la justicia. La misericordia vence al juicio como lo enseña el apóstol Santiago (2, 14). Dios no juzga a los hombres para vengarse de ellos ni para imponerles su poder, sino para enriquecerlos con su misericordia, para cambiarles su corazón de piedra en un corazón de carne. Esta ha sido la experiencia más honda de Jesús, la raíz de su Evangelio: hacer que nos sintamos amados gratuitamente por Dios. La perfección de Jesús es su misericordia.

Los evangelios subrayan, una y otra vez, que la actuación de Jesús —rostro humano de Dios— está siempre inspirada, motivada e impulsada por esa misericordia de Dios hacia todo lo creado. Los evangelistas emplean un término muy expresivo: nos cuentan que cuando Jesús veía a alguien sufriendo «Le temblaban las entrañas». «*Splanchnizomai*»: Conmoverse, compadecerse profundamente, desde las entrañas. Expresa cariño y ternura que

se transforma en compasión y reacción ante una situación dolorosa o injusta. Aquí está lo central de la predicación y el proyecto de Jesús: la misericordia que se hace Reino de Dios, que se hace Dios gratuito y que encuentra en las bienaventuranzas las actitudes de conversión requeridas para hacerlo realidad.

El significado de compadecerse, conmoverse las entrañas procede del hebreo que las considera como el lugar donde tienen su sede los afectos como la ternura, la compasión, la benevolencia, la misericordia; mientras que para los griegos, las entrañas eran la sede de las pasiones violentas como la ira, el odio, la venganza. Corresponde muy bien al hebreo «*raham*» compadecerse, apiadarse, enternecerse, recibir cariño, compasión, piedad. Este verbo casi siempre se predica de Dios, mientras que *splanchnizomai* se reserva casi exclusivamente a Jesús. Él encarna la compasión misericordia de Dios mismo tal como aparece reflejada en el antiguo testamento: «Dios misericordioso y clemente». «Se han conmovido mis entrañas por él». «Me volveré y les tendré lástima». Es uno de aquellos verbos que indica el estado de ánimo por reacción a sucesos o circunstancias externas. El verbo tiene en sí una riqueza muy fuerte. Expresa la reacción unitaria de la persona frente a una situación determinada. Es usado para describir las emociones de Jesús a la vista de la necesidad humana.

En palabras del papa Francisco (2016c) «la misericordia es lo esencial, lo definitivo. [...] Ser misericordioso no es solo un modo de ser, sino el modo de ser. No hay otra posibilidad de ser sacerdote» y yo añadiría, de ser cristiano, de ser discípulo misionero. Para el papa «es el atributo primero y último con

«La misericordia no excluye la justicia y la verdad. Ella es la plenitud de la justicia y la manifestación más luminosa de la verdad de Dios» (AL 311)



«Ser misericordioso no es solo un modo de ser, sino el modo de ser. No hay otra posibilidad de ser sacerdote» y yo añadiría de ser cristiano, de ser discípulo misionero.

misericordia debe prevalecer sobre los sacrificios (Mt 9, 3).

El papa se la juega por la misericordia pastoral (AL 297. 298. 300. 303-305), por la conciencia y el discernimiento (Rm 2, 14-15; 14, 23). El papa busca superar el paralelismo antitético entre perdón -gracia, para algunos- y castigo -venganza, para otros- como lo debemos experimentar ante el misterio de Dios, que está por encima de todos los paralelismos. Frente al peso de una ley o un principio que son impersonales, Jesús ofrece el yugo suave de su afecto misericordioso como el Padre.

Urge anunciar de nuevo el Evangelio con toda radicalidad, pero también con toda sensatez. La pastoral ha de atender primero a las personas y sus vidas. «Estamos llamados a formar las conciencias pero no a pretender sustituirlas» (AL 37).

Venid a mi todos los cargados y agobiados que yo os aliviaré.

Cargad con mi yugo y aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón. Y hallareis descanso para vuestras vidas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mt 11, 28-30).

el que Jesús ha querido revelarnos el nombre de Dios que es misericordia» (Francisco, 2016g).

«El único exceso ante la excesiva misericordia es excederse en recibirla y en desear comunicarla a los demás» (Francisco, 2016c). Evangelio puro es que Dios es absoluta magnanimidad, que Dios es amor -o como mejor dice Juan- que Dios «consiste en estar amando» (1 Jn 4, 8. 16).

Es dentro de este amor, como lo hace el papa Francisco en la *Amoris Laetitia*, que debemos buscar respuestas a nuestros problemas, buscar nuevos caminos. No podemos seguir respondiendo con principios abstractos a sufrimientos reales. La práctica de Jesús fue una práctica compasiva misericordiosa. Francisco recupera la lógica de la misericordia en vez de la «lógica» de la ley (AL 296). Busca conjugar la propuesta del ideal de los valores con

la comprensión de la complejidad de las circunstancias (AL 307), hace que la aspiración hacia la meta sea compatible con el reconocimiento de los límites a lo largo del camino (AL 305). Y nos recuerda que en la pastoral hay que aplicar los criterios de gradualidad, discernimiento y misericordia (AL 295. 301. 312). «El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2, 27). El ser humano está por encima de esta doctrina. La

La parábola del buen samaritano concluye cuando Jesús, a la pregunta hecha al comienzo por el doctor de la ley «¿Quién es mi prójimo?», contrapregunta: «¿Cuál de los tres te parece que se hizo prójimo del que cayó en mano de los ladrones?». A lo que el maestro de la ley contestó: «El que tuvo misericordia con él». Jesús le replicó: «Vete y haz tú lo mismo» (Lc 10, 36-37).

Como Martin Luther King decía en una predicación: «Hacer la pregunta correcta es de enorme importancia», preguntar quién es mi prójimo es una forma sutil de preguntar quién no es mi prójimo o quién merece mi amor o quién es aquel cuya falta de casa, de comida puedo ignorar o incluso a quién puedo odiar. Es la pregunta de quien solo se preocupa por cumplir la ley. Le interesa saber a quién debe amar y a quién puede excluir de su amor. No piensa en el sufrimiento de la gente. La respuesta que da Jesús es NADIE. Todos merecen amor: compatriota o extranjero, judío o pagano, terrorista o violador, todos, todas...

Amor a Dios y al prójimo no pueden existir en abstracto, necesitan realizarse en la práctica. «El Señor no mantiene distancias, sino que es cercano y concreto; está en medio de nosotros, sin decidir por nosotros y sin ocuparse de cuestiones de poder. Prefiere instalarse en lo pequeño» (Francisco, 2016d).

3. El principio compasión misericordia

El relato de Lucas (7, 11-17) nos dice que ante un encuentro inesperado y trágico de una viuda pobre que iba a enterrar a su hijo único «el Señor la miró, se conmovió y le dijo: «no llores» ». Sin pensarlo dos veces, detiene el entierro, se acercó al féretro y dirigiéndose al joven muerto dijo: «Muchacho, a ti me dirijo, levántate» y lo entregó a su madre.

Jesús quedó impactado por el dolor de esta viuda. Siente que sus entrañas se conmueven delante de una madre que ha perdido «el fruto de sus entrañas». Jesús se siente afectado allí donde esta madre se siente herida, dolida, frustrada, derrotada por el amargo sabor de la muerte de su hijo.

La sabiduría nos hace abiertos, flexibles, humildes interiormente libres y dialogantes, pacíficos y serenos.



«El Señor la miró»: tomó conciencia del sufrimiento de la viuda, la vio con un corazón compasivo misericordioso. «La primera mirada de Jesús no se dirigía al pecado de la gente, sino a su sufrimiento» (Pagola, s.f.). Es la sensibilidad fundamental hacia el sufrimiento del otro, que es inherente al mensaje de Jesús, que está en la entraña de las tradiciones bíblicas. Es la honradez con lo real. Ver la realidad con los ojos de las víctimas, de los empobrecidos. No darle rodeos, mirarla de frente, abrir bien los ojos, tomar conciencia de lo que pasa y sucede, de la contundencia de lo real. No irnos por las ramas, sino nombrar las cosas por su nombre. Es el arte de ver, de vivir despiertos, de tomar la realidad tal como es vivida por los excluidos, empobrecidos, víctimas. Lo que salva es la honradez de la mirada. En esto consiste la sabiduría que nos hace abiertos, flexibles, humildes interiormente libres y dialogantes, pacíficos y serenos. Jesús la vio y no per-

maneció indiferente; comulgó con la desgracia de aquella mujer.

«Se conmovió»: se dejó afectar por lo que le estaba sucediendo a esta viuda. Interiorizó el sufrimiento de ella y lo llevó a sus entrañas, a su corazón. Experimentó su sufrimiento como una desgracia. Se indignó. Reaccionó, se dolió. Su sensibilidad se quebró. Abrazó con amor visceral, con entrañas conmovidas, la situación de la viuda. Superó la visión plana y anestesiante de la lástima. Experimentó su sufrimiento como una injusticia. Lo sintió en sus entrañas como una reacción visceral, como respuesta a esa muerte, como impulso que conducía a la restauración de la totalidad. La conmoción de las entrañas es la fuente de donde brota la misericordia, es decir, de un corazón que ha sido ganado por la ternura del Padre.

«Le dijo no llores»: No la trató con lástima, sino con amor entrañable para tocar su corazón.

Lo que sigue del relato nos muestra cómo Jesús no pasó de largo frente al sufrimiento de la viuda, actuó con amor solidario y liberador, se dejó afectar por lo que le sucedía, cargó con el sufrimiento de la viuda y le devolvió a su muchacho vivo, diciéndole: «Levántate». Su palabra fue una palabra sanadora. Al resucitar a su hijo la resucitó también a ella. No se trata, por tanto, de una emoción pasajera por quien sufre, sino que afecta en las entrañas a la persona que la experimenta y se convierte en eficacia liberadora hacia quien vive una experiencia de debilidad e impotencia. La misericordia entraña solidaridad histórica con el dolor humano generando modos inéditos de humanidad.



La conmoción de las entrañas es la fuente de donde brota la misericordia

«En la misericordia hay ultimidad. No se puede ir más allá de ella. El sufrimiento y sus víctimas tocan la fibra más honda de lo humano, sus entrañas, su corazón» (Sobrino, 2009, 68). Pero la misericordia también devuelve a las víctimas lo último: plenitud de vida que se traduce en trabajo, tierra, vivienda, salario digno –que sirva para salir de la pobreza-, salud, educación, participación... En una palabra: PAZ.

En nuestra Iglesia hemos de recuperar cuanto antes el principio compasión misericordia como el estilo de vida propio de Jesús y de sus seguidores. Es preciso mirar detenidamente el sufrimiento humano, captar su dolor y su soledad, descubrir sus causas, conmovernos hasta las entrañas y actuar en la medida de nuestras posibilidades. El principio compasión misericordia es amor hondo y gratuito. La misericordia antes de definir «el hacer de la Iglesia», define su ser profundo, su vocación, su horizonte, su misión. La Iglesia por constitución es sanadora, misericordiosa, liberadora. Está para producir «vida plena, abundante» (Jn 10, 10). «El amor misericordioso que siempre se inclina a comprender, a perdonar, a acompañar, a esperar y sobre todo a integrar es la lógica que debe predominar en la Iglesia» (AL 312). Eso es lo único que «desenmascara una religión burguesa» con la que con frecuencia el cristianismo entra en componendas.

No se trata solo de actitudes y gestos de misericordia, sino de que toda nuestra vida esté orientada por la misericordia gratuita. Esa fue la práctica de Jesús y esa debería ser la nuestra. «Dichosos los misericordiosos porque ellos alcanzaron misericordia». Aquí está el Evangelio sin glosa, como decía san Francisco de Asís. Ser consecuentemente misericordiosos.

Con la misericordia, otro mundo es posible; el Reino de Dios está a las puertas (Mc 1, 15). Nos lleva a reaccionar; a indignarnos por el sufrimiento ajeno; a denunciar a quienes lo provocan; a desenmascararlos por su corazón egoísta, mezquino e indife-

El relato nos enseña que la misericordia tiene un doble horizonte: por un lado, la ternura, de tipo personal, emocional, visceral como sentimiento amoroso y creador que liga a las personas en afecto y sangre expresada en términos de fidelidad y de amor personal, intenso, íntimo, cercano y, por otro lado, la liberación de tipo social que se expresa como justicia, solidaridad, firmeza, hospitalidad, salvación, fidelidad a la alianza de Dios y de los hombres entre sí, que busca transformar el sufrimiento humano y las estructuras que lo producen.

Sin la compasión misericordia no se responde al sufrimiento del otro. No es el ejercicio de una entre otras obras de misericordia, sino reacción primaria ante el sufrimiento ajeno. Posee una dimensión política, debe tornarse en justicia. Es raíz fundacional que no lleva solo a la ternura, sino también a la liberación. Solo donde se unen estos dos horizontes se revela Dios en plenitud. Dios como entrañas misericordiosas, como entrañas conmovidas.

Las consecuencias que se derivan de la compasión misericordia se dan a dos niveles inseparablemen-

te unidos: una liberación y otra salvación. El primer regalo consiste en la restauración del ser personal que estaba roto y que recobra el sentido de la vida: los ciegos ven, el leproso queda curado, la multitud saciada, la madre recobra a su hijo, el deudor queda libre, el padre recupera a su hijo. Esto los lleva a quedar incorporados a la marcha histórica y social, a la mesa del Reino como buena noticia de Dios (Mt 20, 29-34). «La misericordia de Dios no es una idea abstracta sino una realidad concreta» (MV 6).

rente; a preguntarnos por las causas estructurales que hay detrás de cada sufrimiento; a cargar con el sufrimiento de las víctimas; a salir de nosotros mismos en favor del que sufre; a dejarnos cargar por su realidad que produce en nosotros un cambio de mirada; a salir de los esquemas habituales del ego para sentirnos un todo con los demás, reconocernos uno con ellos. «El que no presta atención al que sufre, menosprecia al Señor presente en él» (San Cipriano). La misericordia no proporciona una agenda temporal o coyuntural, sino un cuidado a largo plazo. Se trata de una acción continua de un proceso. Se trata de un cheque en blanco de la generosidad como la entendió Jesús. Lo dice muy bien el papa Francisco: «No basta con hacer obras de misericordia, sino que hay que ser misericordiosos [...] Nuestro único criterio de acción es el amor gratuito libre de toda ideología y de todo vínculo» (Francisco, 2016f).

«La misericordia es esencialmente dialéctica y por ello conflictiva: misericordia – justicia. Se trata no solo de ayudar a las víctimas, sino de librarlos de sus victimarios» (Sobrino, 2009, 68). Su horizonte es la liberación y su instrumento fundamental es la justicia.

Esta misericordia no es pues una, entre muchas realidades humanas, sino la que define al auténtico seguidor(a) de Jesús: aquel que vio un herido en el camino, se compadeció, se acercó, lo curó, lo sanó, lo liberó. Aquel que interiorizó en sus entrañas el sufrimiento ajeno, lo hizo parte de sí y lo convirtió en principio primero y último de su actuación. Por eso, la misericordia, como lo enseña muy bien el papa Francisco, es la viga maestra que sostiene a la Iglesia (MV 10). «El camino de la Iglesia, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia» (AL 296).

Es prioritario crear estructuras itinerantes que vengán la comodidad y eviten la burocratización.

4. Plan E y misericordia

Según mi parecer nunca se había trabajado tanto en pastoral como en el actual Plan E²– dejó a un lado lo realizado en el Sínodo arquidiocesano por los padres Germán Isaza y Julio Solórzano-. Pero al Plan E yo siempre lo he visto bastante confuso y ambiguo por «lo meticuloso y bien dibujado perdió contacto con la realidad de nuestro pueblo fiel» (*Evangelii Gaudium*, 96). Sin ánimo de molestar a nadie, solo en aras de la transparencia, estoy de acuerdo por lo dicho por un buen pastoralista «que Plan E quería decir plan elevadísimo». El Plan ha corrido el riesgo de volver difícil hacer pastoral.

En mi opinión, el Plan E desplazó a la misericordia del lugar que le correspondía y ahí empezó a cojear. La misión principal de la Iglesia es «curar heridas, curar heridas», como lo hacía Jesús y lo recalca cada vez más el papa. Hace poco, dirigiéndose a los sacerdotes, les decía que «los planes pastorales no funcionan porque les falta la misericordia» Francisco (2016c). El papa Francisco en el Congreso Continental del Jubileo de la Misericordia afirmó: «el corazón de la pastoral es la misericordia. Cuando esta nos falta terminamos maltratando al santo pueblo fiel de Dios» (2016e). En nuestro caso, para ser justos, no se la sacó del ruedo, pero sí se la mutiló bastante, se la domesticó. En la misericordia se juega y se decide la gran reforma de la Iglesia. «Es un programa de vida tan comprometedor como rico de alegría y paz» (MV 13). «Es la misericordia la prueba de cómo Dios ama» (MV 14).

El recuerdo que dejó Jesús grabado en sus seguidores fue el de un profeta, curador, itinerante, dedicado a aliviar y enfrentar el sufrimiento (Hc 10, 38). Lo primero para Jesús es la vida sana de la gente. La actuación curadora de Jesús recorre todo el Evangelio (Mt 4, 23; 9, 35. Mc 1, 39. Lc 6, 18). La sanación es el horizonte, el contenido, el método y el cauce de su tarea evangelizadora (Mt 10, 7-8. Lc 9, 2; 10, 9). «Los envió a predicar el Reino de Dios y a curar».

La religión de Jesús es totalmente terapéutica. Jesús no cura enfermedades; cura a las personas, las contagia de su fe, despierta de nuevo su confianza en Dios. Les devuelve la paz interior. Los integra de nuevo en la convivencia. Toda la actuación de Jesús está encaminada a promover en la sociedad una vida más saludable. Por esto, su rebeldía frente a tantos comportamientos patológicos de raíz religiosa: legalismos, hipocresías, rigorismos, culto vacío de amor; su esfuerzo por crear una convivencia jus-

² Plan E o Plan de Evangelización de la Arquidiócesis de Bogotá.

ta y solidaria; su empeño en derribar fronteras entre sanos y enfermos, piadosos y pecadores, varones y mujeres; su ofrecimiento del perdón gratuito de Dios a personas unidas en la culpabilidad y la humillación; su acogida por los maltratados, por la vida y por la sociedad; su esfuerzo por liberar a todos del miedo y la inseguridad para vivir desde la confianza en Dios.

En nuestro plan pastoral no debemos olvidar que solo una Iglesia misericordiosa -humilde, cercana, compasiva, sencilla-

«es capaz de resguardar el rostro de las personas que van a tocar a su puerta, es capaz de entregar una sana imagen del Dios de Jesús. Si no desciframos sus sufrimientos, si no nos damos cuenta de sus necesidades nada podemos ofrecerles. Es necesario aprender que hay algo de irreplicable en cada uno de aquellos y aquellas que nos miran en la búsqueda de Dios. Toca a nosotros no volvernos impermeables a tales miradas. Custodiar en nosotros a cada uno de ellos, conservarlos en el corazón, resguardarlos» (Francisco, 2016a).

El camino misericordioso, iniciado por el maestro, es el único existente para la Iglesia que peregrina tras sus huellas. Más que una alternativa histórica, su compromiso adquiere los rasgos de una nueva creación.

Aquello que la Iglesia anuncia no puede separarse del modo como lo vive. Ella no puede anunciar la misericordia del Padre, el amor gratuito de Dios, que es su única verdad, si no lo hace al estilo de Cristo, como «un oasis de misericordia» (MV 12). El plan pastoral debe tener presente, como lo acentúa el papa, que

«si nuestras estructuras no se viven ni se utilizan para recibir mejor la misericordia de Dios, para ser más misericordiosos con los demás, se pueden convertir en algo extraño y contraproducente [...] Es preciso comprender y practicar todas las cosas en clave de misericordia. Y de una misericordia dinámica que no tiene techo ni fondo porque proviene de la soberana libertad de Dios» (Francisco, 2016c).

Es prioritario crear estructuras itinerantes que vengán la comodidad y eviten la burocratización.

No podemos estar preocupados por dominar espacios más que por generar procesos. Es preciso generar procesos de oración, de formación, de sa-

No basta con hacer obras de misericordia, sino que hay que ser misericordiosos.

nación, de búsqueda, de esperanza, de reconciliación, de paz, con características novedosas más atractivas y significativas, llenas de imaginación, profundidad y hasta buen sentido de humor, como lo pide el papa. Todos nuestros procesos deben estar preñados de misericordia para que tengan razón de ser, para que generen procesos de vida plena, abundante, feliz. Creo que no es sana una «parroquialización».

Las relaciones pastorales deben estar llenas de gratuidad, de cercanía, de cuidado, de cariño y de acogida incondicional, y libres de toda servidumbre. Como las de Jesús, nuestras relaciones deben ser profundas, dialogantes, de entrega incondicional, de enseñanza con autoridad no con prepotencia, de servidores de la muchedumbre hambrienta.

«Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que ella viva y testimonie en primera persona la misericordia. Su lenguaje y sus gestos deben transmitir misericordia para penetrar en el corazón de las personas y motivarlas a reencontrar el camino de la vuelta al padre» (MV 12). «Si la misericordia es el corazón del plan pastoral» este tiene que poner especial cuidado en el «lenguaje que se usa en la predicación, tarea tan importante que conviene dedicarle un tiempo prolongado de estudio, oración, reflexión, creatividad pastoral y amor» (EG 145). Si no lo hacemos corremos el peligro de convertirnos, en palabras del papa, «en falsos profetas, estafadores, charlatanes vacíos, deshonestos e irresponsables» (EG 151, 145). Tenemos que darle a nuestra predicación y a nuestro acompañamiento el ritmo sanador de la proximidad. Un ministerio ejercido sin amor no es nada (1 Cor 13). Frente al pecado y al sufrimiento, la única actitud que cabe es la del amor, la de la compasión misericordia, la del Padre que sale corriendo al encuentro del hijo, lo besa, lo abraza, lo acoge, lo integra, lo salva. Ahí está el gratuito e inconmensurable amor del Padre. Necesitamos la mirada cercana para contemplar, conmovernos y detenernos ante el sufrimiento del otro, con una mirada respetuosa y llena de compasión que sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG

Las relaciones pastorales deben estar llenas de gratuidad, de cercanía, de cuidado, de cariño y de acogida incondicional, y libres de toda servidumbre

169). Necesitamos «tocar los corazones» como la hacía Jesús. Anunciar hoy a Dios como buena noticia. Nuestro lenguaje debe expresar la ternura de Dios, su misericordia gratuita.

Hace algunos años, E. Schillebeeckx (1981) hacía esta grave afirmación:

«La razón primordial de que nuestras iglesias se vacíen parece residir en que los cristianos estamos perdiendo la capacidad de presentar el evangelio a los hombres de hoy con una fidelidad creativa, imaginativa, con una humildad evangélica – junto con sus aspectos críticos-, como una buena noticia... Y, ¿quién querrá escuchar lo que ya no se presenta como una noticia alentadora, sanadora, fecunda, especialmente si se anuncia en un tono autoritario, arrogante, intransigente, invocando el evangelio?». No podemos hacer oído sordos a la queja de una predicación tediosa e ineficaz, de una predicación de «esquemas aburridos» y lo que es peor que «no manifiesta el corazón de mensaje de Jesús» como lo señala el papa Francisco (EG 11; 34).

En la bula de la misericordia, el papa Francisco vuelve sobre esta importante afirmación

«los Padres del Concilio Vaticano II percibieron la exigencia de hablar de Dios a sus hombres de su tiempo de un modo más comprensible... había llegado el tiempo de anunciar el evangelio de un modo nuevo. Una nueva etapa en la evangelización de



siempre... la Iglesia sentía la responsabilidad de ser en el mundo signo vivo del amor del Padre» (MV 4). «De hacer que a todos llegara el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros» (MV 5).

Una breve alusión al sacramento de la reconciliación, sacramento de identidad absolutamente misericordioso. Hay quejas en la importancia que le damos y en el modo de administrarlo: A veces no tratamos a las personas con dignidad, las ninguneamos, las maltratamos, no las ayudamos a po-

nerse en pie. La bendita prisa nos hace mucho mal en este sacramento y en muchas cosas más. Deberíamos tener lugares, salas penitenciales dignas -no confesionarios horribles-, donde se atendiera durante el día a quienes lo desearan. Creo que para no pocos sería una buena noticia de la misericordia de Dios. «La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona» (MV 3).

De la eucaristía solo diré que es preciso vivir la «*fractio panis*» –el compartir del pan- como «*fractio vitae*» como mesa compartida preparada para

todos especialmente para los empobrecidos. El compartir de la vida. Para la Iglesia, la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Como decían los padres de la Iglesia: «Los pobres son nuestros maestros porque además de participar del sensus fidelium, en su propia vida, en sus propios dolores conocen y experimentan al Cristo sufriente» (EG 198). La misericordia, expresión gratuita de Dios, constituye la gran motivación para la opción preferencial por los pobres, para el compromiso por el bien común, para la acción política. La prueba de verdad es la prioridad que se dé a los «últimos

de los últimos», componente de la espiritualidad cristiana del seguimiento de Jesús, «opción por el Dios del Reino en la solidaridad con los últimos de la historia».

La parábola del hombre que contrata trabajadores para su viña (Mt 20, 1-16) ofrece un punto de vista interesante. El acuerdo inicial con los de la primera hora «en un denario al día» se fue matizando con los que llegaron más tarde «les daré lo que sea justo». Al final del día, los términos del acuerdo quedaron desbordados por la generosidad del dueño. Todos recibieron un denario. La única razón aportada fue «porque yo soy bueno». La justicia no quedó quebrantada, sino superada por la compasión misericordia.

Para concluir, me atrevo a decir que, si no trabajamos «el ser sal de la tierra y luz del mundo» en clave de misericordia es muy posible que el plan pastoral fracase. Para ser luz y sal tenemos que ser misericordiosos, tenemos que recuperar cuanto antes la compasión misericordia como nuestro estilo propio, «como el corazón palpitante del evangelio» (MV 12). «Como la dimensión fundamental de la misión de Jesús» (MV 20). La misericordia genera modos de relacionarse inéditos y fecundos. Con ella, se recrean las claves de la comprensión de la existencia humana: los débiles se fortalecen, los ignorantes se hacen sabios, los oprimidos son liberados, las prostitutas se vuelven vírgenes, los muertos recobran la vida. Todos ellos pasan a ocupar lugar preferencial en la mesa del Reino.

Según Jesús, «rostro de la misericordia del Padre», no hay mejor ni más alto servicio a la persona humana que la práctica de la misericordia. Es el criterio para saber quiénes son realmente hijos del Padre misericordioso. Es, por tanto, algo imperativo para el cristiano; no meramente facultativo. Y si por momentos o épocas desafortunadas la Iglesia la olvidó o evaporó, ha llegado el tiempo de «retornar a lo esencial». «La Iglesia (nos enseña el papa Francisco) está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, confesándola y viviéndola como el centro de la revelación de Jesucristo» (MV 25). En la misión de la Iglesia, en su credibilidad ante el mundo, está en juego «el primado de la misericordia» (MV 17. 20).

Lo que atenta contra la misericordia es una contradicción principal, atenta contra el dinamismo de la salvación, contra Cristo que «se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8, 9) [...] Hay que dejarse conmover ante la situación del «santo pueblo de Dios» que a veces, es una mezcla



de cosas, de enfermedad, de pecado y de condicionamientos imposibles de superar, como Jesús que se conmovía al ver a la gente, lo sentía en las entrañas, en las tripas y por eso curaba y curaba [...] Él acogía, curaba, perdonaba, daba alivio y comida, descanso, dejaba respirar en la gente al espíritu consolador (Francisco, 2016c).

Jesús compartía la vida con los pobres, mendigos, personas despreciadas y excluidas. Jesús pasó su vida sembrando salud: vida plena, abundante, feliz. La compasión misericordia del samaritano y las acciones de solidaridad de Mateo 25 reclaman una hermenéutica y una práctica más política.

La única fuerza capaz de conquistar el corazón humano es la ternura de Dios. Aquello que encanta y atrae, aquello que doblega y vence, aquello que abre y desencadena, no

es la fuerza de los instrumentos o la dureza de la ley, sino la debilidad omnipotente del amor divino que es la fuerza irresistible de su dulzura y la promesa irreversible de su misericordia. Lo sintetiza admirablemente el escritor Henry Miller: Si Dios no es amor, no vale la pena que exista (Francisco, 2016a).

Termino con unas palabras de K. Rahner: «Cuando uno intenta decir algo desde el punto de vista teológico en elogio de la misericordia acaba pronto sumido en una profunda perplejidad. Y tal vez el mejor elogio sea la misma perplejidad». Perplejidad, asombro, estupor, alegría, sorpresa, caricia porque la misericordia de Dios va más allá de toda expectativa humana que debe traducirse en acción de gracias. «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo» (2 Cor 1, 3) que se manifiesta en el rostro de su Hijo Jesucristo en quien «siempre nace y renace la alegría del evangelio» (EG 1).

«La misericordia bíblica es siempre gracia de Dios a los hombres y de los hombres entre sí (...) La Iglesia no está en el mundo para condenar sino para salvar, para permitir el encuentro con ese amor visceral que es la misericordia de Dios. Para que esto suceda es necesario que ella salga de sí misma vaya a buscar a las personas allí donde viven, donde sufren, donde esperan» Francisco, 2016g, 23).

Como Iglesia particular, tenemos que ser «el lugar de la misericordia gratuita donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del evangelio» (EG 114). «Porque la misericordia de Dios no tiene fin» (MV 25). Porque Jesús es la misericordia en movimiento. ☉

Bibliografía

- Francisco (2014) Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.
- _____ (2015) Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia: *Misericordiae Vultus*.
- _____ (2016a) Homilía a los obispos mexicanos, 13 de febrero de 2016.
- _____ (2016b) Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia*.
- _____ (2016c) Meditaciones en los Jubileos sacerdotales, 2 de junio de 2016.
- _____ (2016d) Homilía del 28 de julio de 2016.
- _____ (2016e) Video mensaje al Jubileo Continental de la Misericordia, 27 de agosto de 2016.
- _____ (2016f) Homilía al canonizar a la Madre Teresa, 4 de septiembre de 2016.
- _____ (2016g) «El nombre de Dios es misericordia»: una conversación con Andrea Tornielli. Madrid: Planeta.
- Pagola, J.A. (s.f.) No podéis servir a Dios y al dinero: una lectura profética de la crisis, inspirada en Jesús. <https://goo.gl/yYIRqj>
- Saint - Exupéry, A. (2003) El Principito. <http://www.agirregabiaria.net/g/sylvainaitor/principito.pdf>
- Schillebeeckx, E. (1981) Jesús, la historia de un viviente. Madrid: Trotta.
- Sobrino, J. (2009) «El estilo de Jesús como paradigma de la misión». En: La misión en cuestión: aportes a la luz de Aparecida. Bogotá: San Pablo.

«Desde la misericordia, constructores de paz»¹

Manuel José Jiménez Rodríguez, Pbro.²

- ¹ Esta conferencia fue realizada en la inauguración de Expcatólica el 19 de octubre de 2016.
- ² Presbítero de la Arquidiócesis de Bogotá. Doctor en Teología Pastoral con énfasis en Pastoral juvenil y catequesis de la Pontificia Universidad Salesiana de Roma. Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Manizales -CINDE-, Universidad de Sao Paulo y CLACSO.

En el marco de la inauguración de Expcatólica, quiero abordar su lema: «Desde la misericordia, constructores de paz». Esta frase la desarrollaré desde cuatro aspectos. El primero, es el fundamento de todo y se trata de entender y asumir la misericordia como principio. En los otros tres desarrollaré los modos concretos, sin presentar recetas, de cómo Jesús, desde la misericordia, construye la paz. En cada uno de ellos, se pondrá en diálogo el modo de Jesús con lo que se pide desde la investigación, educación y acción por la paz. Tres puntos voy a describir: la opción por la «noviolencia» activa, el «otro» como paradigma y la opción las víctimas.



1. ¿Qué se entiende por principio compasión-misericordia?

Jon Sobrino (1992) y otros teólogos usan la expresión «principio misericordia», porque para Jesús la misericordia no es una acción marginal, coyuntural, asistencialista o esporádica. Es un principio estructurante de su vida y de su acción.

El principio compasión-misericordia es una categoría epistemológica y hermenéutica central para comprender a Dios, a Jesús, a la Iglesia, al ser humano. La compasión y la misericordia son mucho

más que acciones a realizar, algo por hacer frente a los que sufren. Sin negar esto -porque también lo son- son más bien un modo de mirar, de comprender, que se traducen en un hacer, tal como lo muestra Jesús, de modo especial, en la parábola del buen samaritano.

Estructura fundamental de la misericordia es la reacción ante las víctimas de este mundo. El sufrimiento ajeno se interioriza. Y ese sufrimiento interiorizado mueve a una re-acción para erradicarlo y sin más motivos para ello, que el mero hecho del herido en el camino. En la parábola no aparece que



Es la compasión el principio que ha de inspirar la conducta humana.

La vida y el mensaje de Jesús no se pueden entender al margen de su contexto histórico y social. La paz romana, paz hecha y pensada desde la guerra, es el fondo de todo el Nuevo Testamento. Ello ayuda a entender por qué Jesús va a decir que la paz que Él trae no la trae como la paz de este mundo. Al ser la paz don de Dios y tarea humana es una paz que se construye desde la paz y la «noviolencia».

La paz que testimonió Jesús relativiza y critica de modo radical los valores socialmente hegemónicos. Cuando Jesús, a la pregunta de sus discípulos «¿quién es el primero o el más importante entre ellos?», contrapone su modelo de relaciones humanas al de los jefes que actúan como señores absolutos y a los grandes que oprimen a las naciones con su poder (Mc 10,42), está denunciando la paz romana y presentando la «noviolencia» como modo alternativo y propositivo de construir vida y sociedad (Aguirre, 2000).

2. Optar por la «noviolencia» activa

Desde el principio compasión-misericordia

La «noviolencia» es característica fundamental del mensaje de Jesús, de la Iglesia de los orígenes y de los primeros siglos, según estudiosos como Gerhard Lohfink (1986). La «noviolencia» hace de la Iglesia pueblo de Dios, una sociedad alternativa o sociedad señal de contradicción.

En los evangelios no aparece el término «noviolencia». Es una expresión que proviene del sánscrito «*ahimsa*». Ni siquiera es una realidad específicamente cristiana. Pero sí es posible reconocer en Jesús su práctica y no solo por algunas de sus enseñanzas que se han vuelto referente común al respecto, sino por toda su vida (Vidal, 1971). La «noviolencia» se encuentra en el corazón de su mensaje y de su anuncio del Reino de Dios.

el samaritano actuara por cumplir un mandamiento, sino solo movido a misericordia.

Jesús introduce la compasión-misericordia como un nuevo principio de actuación, que responde a su experiencia y a su testimonio de Dios: un Padre compasivo y misericordioso, que se diferencia y es alternativo a formas de entender a Dios y de crear sociedades totalmente violentas y excluyentes.

Sobre esto señala Pagola (s.f.):

«La ordenación religiosa y sociopolítica del pueblo judío y la espiritualidad se caracte-

rizaba por ser una sociedad discriminatoria y excluyente. Era una sociedad llena de fronteras, que generaba discriminaciones y despertaba resentimientos. No promovía la comunión, la fraternidad y la mutua acogida. Esta visión no responde a la experiencia de un Dios compasivo. Jesús introdujo en aquella sociedad una alternativa que lo transformaba todo: «Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo». Es la compasión el principio que ha de inspirar la conducta humana. Dios, ama a todos sin excluir a nadie de su compasión. Por eso, la misericordia no es, para Jesús, una virtud más sino la única

manera de ser como es Dios. El único modo de mirar el mundo como lo mira Dios, la única manera de sentir a las personas como las siente Dios, la única forma de reaccionar ante el ser humano como reacciona Dios».

En Jesús, el principio compasión misericordia es una auténtica praxis de paz y de «noviolencia». Jesús desenmascara las falsas paces basadas en la guerra, que sostienen y alimentan las situaciones injustas y de exclusión. La paz, desde el actuar misericordioso de Dios Padre y de Cristo, no es una paz desencarnada del compromiso histórico por la justicia. Y no solo eso.

Optar por la «noviolencia» es decir no a todas las justificaciones y a todas las legitimaciones que hacen de la violencia algo legítimo.

Afecta la imagen y la comprensión de Dios. Para el discípulo, la imitación de Dios misericordioso es la máxima razón para la «noviolencia» activa.

La «noviolencia» evangélica implica la asunción de algunos principios que brotan de las mismas enseñanzas de Jesús. El primero es el respeto absoluto de la persona humana, de su dignidad, de su vida, de toda forma de vida. El segundo es el amor a los enemigos. Amor que se orienta a la conversión del enemigo al bien, a la verdad. Y este es un modo de entender la frase de Jesús sobre poner la otra mejilla. Presentar la otra mejilla es atacar esencialmente la conciencia de aquel que no respeta al ser humano. Con esta segunda bofetada, se le dice la verdad, se la habla a su conciencia, para que vea la injusticia que comete y cambie.

El tercer principio, consiste en acoger al amor de Dios y amar a modo suyo, a modo de Cristo, hasta dar la vida, siguiendo el ejemplo de Aquel que «no vino a ser servido sino a servir». Y el cuarto, desde las palabras y acciones de Jesús en el texto de la mujer adúltera: decir la verdad, denunciar la injusticia, despertar las conciencias y negarse a hacernos cómplices de las mentiras y de las injusticias.

Desde la educación para la paz

Es necesario reconocer que la «noviolencia» es extraña entre nosotros. Otorgamos un amplio lugar a la violencia, mientras que poco o nada a la «noviolencia». Incluso en la Iglesia, en su predicación y en su propuesta educativa la «noviolencia» o se desconoce, se malentiende o se habla de ella de modo esporádico.

Optar por la «noviolencia» es decir no a todas las justificaciones y a todas las legitimaciones que hacen de la violencia algo legítimo, normal y -si

cabe la expresión- hasta «natural». No se busca solo poner ciertos límites a la violencia y a la guerra (jurídicos o éticos), sino negarse al uso de cualquier forma de violencia, a buscar objetivos loables por medios violentos. En lógica de «noviolencia», el fin no justifica los medios. En la «noviolencia», «no todo vale».

La «noviolencia» se subraya desde la educación para la paz. Hemos de entender un modelo de desarrollo alternativo atento a aquellos aspectos que son deshumanizantes. Lo que se busca es asumir la «noviolencia» como estrategia de transformación de la sociedad, como un modo, -el más eficaz- de luchar contra las injusticias. Por lo tanto, la «noviolencia» implica un proyecto nuevo y alternativo de sociedad, más justo y solidario, que renuncia a toda forma de violencia y a las armas para conseguirlo.

3. El «otro» como paradigma

Desde el principio compasión-misericordia

Jesús impulsa una nueva manera de entender y de vivir la experiencia de Dios, la convivencia humana y la construcción del mundo. El Reino de Dios que hace presente es una nueva experiencia de Dios. Es una invitación a actuar como el Dios misericordioso. Es una invitación a abandonar las lógicas militaristas y a entrar en las lógicas «noviolentas» de la misericordia de Dios, que quiere justicia y compasión por los últimos, los excluidos y los humillados. Jesús invita a aprender a vivir desde otro lugar diferente: a partir de la compasión por los que sufren, desde la lucha por la dignidad de todo ser humano (Pagola, 2006).

Es una alternativa que se orienta a una transformación radical del ser humano, a su modo de relacionarse, de ver y de concebir al otro, al diferente. Jesús supera la lógica de retribución, que jerarquiza y divide a los seres humanos. Rompe la lógica moralística que divide el mundo entre buenos y malos. Supera el ver la vida en categorías de enemistad, de chivo expiatorio. Jesús hace la paz no eliminando la diversidad, sino los códigos con los cuales se interpreta lo que están adentro y los que están afuera, la identidad y la alteridad, la pertenencia y la exclusión. No solo se trata de ver qué nos une, sino de vernos como iguales y a la vez esencialmente distintos. Por lo que se trata de reconocernos semejantes, pero también de reconocer y de aceptar la diferencia.

Jesús cambia un modo de ver común en las sociedades de su tiempo, pero igualmente presente hoy. Modo de ver que concibe el mundo dividido en dos: nosotros y los otros, los griegos y los bárbaros, los judíos y los gentiles (Dianich, 1997). Así, desde el texto de Pablo, la concepción y la mirada sobre el otro es aspecto central en la comprensión cristiana, en la cual, primero hay que considerarlo como «otro».

El principio misericordia nos ofrece un paradigma «noviolento» ni excluyente frente al otro, desde el cual se supera toda forma de exclusión y marginación. En la parábola del buen samaritano, Jesús cambia la manera radical de comprender al prójimo. En tiempos de Jesús existía un fuerte debate entre las escuelas rabínicas sobre el significado y alcance del prójimo. Para unos, el prójimo era solo quien pertenece a mi clan familiar o a mi tribu. Para otros, prójimo abarcaba también al extranjero siempre y cuando habitara dentro de los límites de Israel (LV 19,33-34). El debate frente al otro exigía que se definiera quién era el prójimo a quien debía amarse: ¿solo a quien pertenece al propio grupo?

Con la parábola, Jesús rompe todos los esquemas discriminatorios entre amigos y enemigos, entre pueblo elegido y gentes extrañas e impuras. Con la compasión caen las barreras. Para Jesús, prójimo no es a quien se ama, sino quien tuvo misericordia. El principio compasión misericordia nos invita a tomar conciencia de la necesidad del cambio de mentalidad frente al otro, al diferente.

La parábola es una invitación a superar la cultura del enemigo, de la desconfianza, de la amenaza de la identidad. Es un llamado a reconocer en el otro a un hermano y como hermano precisamente en su alteridad. La fraternidad se convierte así en el modo de vivir en la actual sociedad globalizada, de globalizar la solidaridad.

Desde la educación para la paz

En la educación para la paz, la postura frente al otro, al diferente es también propósito educativo y objeto de transformación (Tuvilla, 1993).

Con Galtung (1993), uno de los más reconocidos investigadores para la paz, la violencia cultural recibe diversos nombres: ideología de violencia, cosmovisión militarista, antropología militarista. Tiene como base una cosmovisión violenta del otro, del diverso. Cosmovisión del mundo de buenos y malos, aliados y enemigos, concepción peyorativa de la persona que discrepa: este es un supuesto enemigo, mientras no se convierta en un aliado.

Jesús rompe todos los esquemas discriminatorios entre amigos y enemigos, entre pueblo elegido y gentes extrañas e impuras.

Cosmovisión que tiende a «deshumanizar» a los grupos ajenos, en la que el enemigo puede convertirse rápidamente en algo menos que humano y en objeto sobre el cual proyecten las personas sus sentimientos de odio, venganza, vergüenza e insatisfacción. Ese otro es percibido como alguien a dominar y a controlar.

Hemos de ser conscientes de las formas de relación violentas frente al otro: a) tratándolo como alguien que debe ser temido, y si fuera posible, eliminado; b) tratándolo como inferior, merecedor de lástima y de desprecio; c) se puede generalizar al otro obviando su individualidad y despojándolo, por tanto, de su identidad personal; d) se le puede trivializar ignorando aquello que le hace inquietantemente distinto; e) se le puede homogeneizar afirmando que en realidad no existe diferencia entre ellos y nosotros; f) se le puede vaporizar, negándosele a reconocer su presencia (Schreiter, 1992).

La educación para la paz debe cambiar esta cultura. El principio clave que debe animar este tipo de educación es el respeto por la igual dignidad común de todos los seres humanos, como iguales y diferentes. Todos pertenecemos a la misma especie: la humana. A su vez, los seres humanos somos diferentes. La diferencia, por tanto, es tan importante como la igualdad. En una educación para la paz se trata de actuar desde una ética de la alteridad.

Se debe educar en el respeto por las diferencias, en la comprensión de las singularidades, en la complementariedad como principio de acercamiento a las diferencias, en la reciprocidad como base de la cooperación. Se hace necesario la superación de los prejuicios y los estereotipos. Se ha de educar

para crear y mantener relaciones abiertas y positivas con los demás, y para fomentar la capacidad de vivir de acuerdo con los principios de respeto a la diversidad humana. El diferente ha de ser visto no como una amenaza, sino como una riqueza. Con este tipo de educación se busca superar toda tentación de asimilar al otro, orientarse a la acogida, a la escucha, a la reciprocidad, al respeto, al diálogo.

A este respecto son importantes las afirmaciones de Edgar Morin (1999): «La educación del futuro deberá velar por que la idea de unidad de la especie humana no borre la de su diversidad y que la de su diversidad no borre la de la unidad. Existe una unidad humana. Existe una diversidad humana. Comprender lo humano es comprender su unidad en la diversidad, su diversidad en la unidad. Hay que concebir la unidad de lo múltiple, la multiplicidad del uno. La educación deberá ilustrar este principio de unidad/diversidad en todos los campos: en el campo individual, en el campo social, en el campo cultural (diversidad cultural y pluralidad de individuos)» (p. 34).

4. Opción por las víctimas de toda forma de violencia

Desde el principio compasión-misericordia

El proyecto del Reino de Dios es el proyecto de la convivencia pacífica y del respeto a los otros seres humanos y a todos los seres vivientes. Proyecto que no quiere víctimas ni sacrificios, sino que opta por las víctimas de la historia.

En la historia del mundo, redactada desde la lógica de los vencedores y sobresalientes, en el camino y en el olvido, han quedado los pobres y las víctimas, a quienes se les niega su calidad de sujetos de la historia. Esta es una historia pensada, narrada y contada desde la lógica de la violencia.

El Dios que se revela en la historia, el que se hace historia en Cristo, asume la historia desde otras lógicas -que pueden llamarse no violentas- porque la narra y la asume desde las víctimas, desde su liberación. Toda la historia de la salvación es la historia de la opción de Dios por las víctimas de la historia. Historia que tiene un momento fundamental en la liberación del éxodo. Historia que en Cristo se abre a otras formas de hacerla: desde el amor gratuito y desinteresado, desde la solidaridad y el servicio. Amor, servicio y solidaridad que se orientan a supe-



rar toda forma de exclusión. Es la victoria del amor sobre la violencia.

Este modo de ver la vida y de hacer la historia desde el Dios misericordioso que opta por las víctimas es propio de la parábola del buen samaritano. Ella nos muestra a un Dios compasivo, que se conmueve desde lo más profundo por el herido del camino, por quien sufre.

El buen samaritano es el tipo de Iglesia y de cristiano que se propone para hoy, para una sociedad globalizada, universal, plural, diversa y excluyente. Es la imagen de una Iglesia que se pone al servicio del otro, de los otros, especialmente al servicio de ese otro pobre que la globalización olvida y relega. Es el tipo de una comunidad que no pasa de largo, que no es insensible, que no es indiferente. Es una comunidad abierta a todos, a los otros, especialmente

a los pobres. Es una Iglesia que solo será de todos si es de los pobres.

El teólogo alemán Johann Metz (s.f.) afirma que la compasión ha de ser el programa universal del cristianismo en esta época de pluralismo cultural y religioso, y de profundas exclusiones. En este contexto, la pregunta y el discurso sobre Dios solo serán creíbles y significativos, si se hace desde las



víctimas y desde quienes sufren. Solo será creíble desde un Dios sensible al sufrimiento de los otros. Es la postura propia del buen samaritano y de todas las demás parábolas de la misericordia, en las que el centro de atención no es el pecado, sino el sufrimiento. Hablar de Dios y de Jesús en esta época es hablar del sufrimiento de los otros, porque un Dios que se conmueve, sale al encuentro, no es indiferente, no pasa de largo.

Desde la educación para la paz

Las víctimas han de ser también el eje «vertebrador» de la investigación, la educación y la acción por la paz (Etxeberria, 2009). La voz y presencia de

las víctimas de injusticias de diversa índole han de ser relevante en la educación, no solo como expresión de reconocimiento a ellas, sino como el mejor modo de concretar una auténtica educación para la paz. Su presencia en la educación no ha de ser solamente indirecta, pasiva o implícita. Pues ello, solo conduce al asistencialismo y al paternalismo, pero no al protagonismo de las víctimas.

La educación para la paz pide un tipo de presencia activa y directa de las víctimas de la violencia. Una presencia realmente interpeladora. Pues su presencia tiene que ver tanto con los temas de memoria, perdón y reconciliación, como con los temas de transformación personal, social y estructural.

El principio compasión-misericordia cuestiona formas educativas en la Iglesia que pueden crear y mantener prejuicios, discriminaciones, marginaciones, racismos, nacionalismos, fundamentalismos, patriarcalismos y exclusiones.

Conclusión

El principio compasión-misericordia sirve también para cuestionar los modos de educar en la fe e inspirar modos «noviolentos» y sin violencias. Cuestiona formas educativas en la Iglesia que pueden crear y mantener prejuicios, discriminaciones, marginaciones, racismos, nacionalismos, fundamentalismos, patriarcalismos y exclusiones. Lo que hace entrever una doble necesidad, no puntual, sino permanente.

La Iglesia debe ser considerada a la vez como sujeto y objeto de educación para la paz: se hace necesario educar a la Iglesia para la paz y que la Iglesia eduque para la paz. Esto, desde el convencimiento de que la paz no es un sector o ámbito entre otros de la pastoral o de la teología, sino que es un paradigma nuevo, es hermenéutica, epistemología. Jiménez, M. (2016) Teología de la paz: aporte a la transformación misionera de la Iglesia. Y ello es consecuencia de entender que la misericordia es estructurante en el ser de Dios, en el de Jesús y ha de serlo en el de la Iglesia. Es, en últimas, consecuencia de «ser misericordiosos como el Padre». ☉

Bibliografía

- Aguirre, R. (2000) «Conflicto y paz en la Biblia». En: Enrique E. Miret Magdalena (ed), XX Congreso de Teología. El cristianismo en un mundo plural y conflictivo. Diálogo sin barreras. Madrid: Centro Evangelización y Liberación.
- Dianich, S. (1997) *Chiesa*. En: L. Lorenzetti (ed), *Dizionario di teologia della pace*, EDB, Bologna, 232-235.
- Etxeberria, X. (2009) La educación para la paz vertebrada desde las víctimas, Bakeas, Bilbao.
- Galtung, J. (1993) «Fundamentos de estudios sobre la paz». En: Ana RUBIO, Presupuestos teóricos y éticos sobre la paz. Seminario de la paz y los conflictos. Granada, Universidad de Granada.
- Jiménez, M. (2016) Teología de la paz: aporte a la transformación misionera de la Iglesia.
- Lohfink, G. (1986) La iglesia que Jesús quería, Desclee De Brouwer, Bilbao.
- Metz, J. B. (s.f.) Un programa universal del cristianismo en la época del pluralismo cultural y religioso, En: <http://www.foroellacuria.org/publicaciones/metz-compasion.htm>
- Morin, E. (1999) Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. París: UNESCO.
- Pagola, J. A. (2006) «La alternativa de Jesús». En: A. Ávila (ed), El grito de los excluidos. Seguimiento de Jesús y teología. Homenaje a Julio Lois Fernández, Navarra: Verbo Divino. 173-188.
- _____ (s.f.) Jesús, poeta de la misericordia de Dios, en <https://web.unican.es/campuscultural/Documents>
- Schreiter, R. J. (1992) Violencia y reconciliación. Misión y ministerio en un orden social en cambio. Santander: Sal Terrae. 80-81.
- Sobrino, J. (1992) El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados. Santander: Sal Terrae.
- Tuvilla J. (1993) Educar en los derechos humanos. Propuestas y dinámicas para educar en la paz. Madrid: CCS.
- Vidal, L. (1971) Fundamentación de una pedagogía de la no-violencia y la paz. Valencia: Marfil.

EL PRINCIPIO COMPASIÓN-MISERICORDIA Y LA CIUDAD

Reflexiones desde la praxis pastoral urbana

Alberto Camargo Cortés, Pbro.¹

¹ Presbítero de la diócesis de Engativá, vicario de pastoral en la misma diócesis. Experto en pastoral urbana, autor de varios artículos. Fue, junto con otras personas de la parroquia Santo Toribio de Mogrovejo, en el barrio Diana Turbay, el creador de la pastoral bíblica que luego derivó en la Corporación «Casitas Bíblicas».

Podemos decir que el «principio compasión-misericordia», a lo largo de las últimas dos décadas, ha vivido un itinerario pastoral, ha transitado una ruta pastoral de encarnación en la ciudad.

El comienzo de esta ruta fue la Asamblea Sinodal (1989-1998) y su reclamo-petición: «Que la espiritualidad que anime la ciudad sea la del buen samaritano (Lc 10,25-37)». A partir de esta luz, empezamos a tener una mirada sobre la ciudad, denotamos una especificidad, un «norte» espiritual, un horizonte, nuestro pretexto.





Esta inspiración tuvo dos ejes que, a su vez, fueron reclamos salidos del sentir de la ciudad:

1. La Buena Nueva no nutre la ciudad. («Se entiende que en la gran urbe, el Evangelio no da forma a la Iglesia». Declaraciones Sinodales, 1998).
2. Caminamos paralelos Iglesia-ciudad. Pronunciamento inspirado en el pensamiento del cardenal Mario Revollo Bravo, arzobispo de Bogotá, quien convocó el Sínodo Arquidiocesano. En efecto, el

cardenal hizo este reclamo que se convirtió en horizonte pastoral para este camino.

Respuesta:

La parábola del buen samaritano como ruta. Es la inspiración que el Espíritu pone en el corazón de la Iglesia.

Asumimos esta respuesta, teniendo presente los demás reclamos hechos en la Asamblea Sinodal y, desde luego, el conjunto de todas las declaraciones del Sínodo; pero, quisimos aunar todo ello sobre estos dos ejes, que en adelante colmaron toda nuestra atención y compromiso pastoral. Comenzamos a trabajar la especificidad de la parábola o su corazón bíblico: la compasión-misericordia.

Tuvimos presente otra especificidad: la característica sobresaliente de la pastoral urbana de nuestras ciudades, su encuentro con el sufrimiento como su principal desafío en la realidad urbana de nuestro país.

La compasión-misericordia en la ciudad

Esta primera claridad, como escenario contextual concreto en Bogotá, nos llevó a ir tomando opciones también claras, que nos fueron enamorando de la construcción de los procesos. Por ello, desde entonces, intuimos la importancia de alimentar el fecundo diálogo entre la pastoral urbana y la pastoral bíblica. Lo vimos como la opción por trabajar por la encarnación de la Palabra en la ciudad.

Fuimos entendiendo que para que esa PALABRA sea «*dabar*» en la ciudad -es decir, palabra y acontecimiento al mismo tiempo, palabra encarnada en la ciudad- había que ahondar en el corazón bíblico de la misericordia.

Esta profundización, a la vez, se hacía también clave hermenéutica de una determinada lectura de la Biblia en la ciudad. Lo que con el tiempo fuimos llamando hermenéutica urbana de la Biblia. Así, nuestro método se fue haciendo nuestra espiritualidad (Gustavo Gutiérrez). Esto es, una búsqueda del acontecer de la Palabra en la vida de los sujetos urbanos. Personas concretas, comunidades... quienes, desde su particular experiencia de vida y de fe, leen la Palabra, viven la Palabra, dejan transformar sus vidas por la Palabra.

Esta ida al corazón bíblico de la misericordia es:

1. Asumir la mentalidad hebrea. Somos corporeidad, espíritu encarnado y no el dualismo griego que marcó para la posteridad a Occidente. Desde aquí quisimos abrazar el corazón y la mentalidad misericordiosa de Jesús de Nazaret, el perfecto equilibrio entre su «*pathos*» y su «*logos*». Sobre todo, la hondura de su *pathos* o su corazón pensante. Hacíamos el viaje bíblico indicado, anclando en la persona por excelencia, en la experiencia bíblica definitiva y total, la

La Buena Nueva no nutre la ciudad.
«Se entiende que en la gran urbe, el Evangelio no da forma a la Iglesia»
Sínodo.

más alta realización del «*nefesh*» encarnado en el «*basar*»: el espíritu encarnado, «la Palabra Encarnada», la corporeidad que transparenta a Dios, nuestro Jesús, el caminante de la Galilea y de nuestras vidas.

2. Encontrar en la misma Biblia el viaje del sentido del término de una lengua a otra.
3. Misericordia: viene del término latino «*misericorde*»: sentir con el corazón las miserias del otro.

«*Misericorde*» es la traducción que se hace el término griego «*eleos*», que quiere decir, sentir compasión por el que sufre.

También se ha traducido como «*misericorde*» el término griego «*splanchnizomai*», que traduce «sentir desde o con las entrañas el dolor del otro».

Estos términos en griego son la traducción que los LXX hacen de los términos del Antiguo Testamento: «*hesed*», «*rahamin*», «*hanan*».

Principio misericordia:

Recoge todo el sentir bíblico de la expresión «*splanchnizomai*», «*hesed*», «*rahamin*», «*misericorde*».

Por lo tanto, no es una acción externa que refleje una cierta solidaridad con el que sufre. No se queda en la conceptualización del significado. No se trata de obras de misericordia. No es la racionalidad por la racionalidad; es la razón, el «*logos*», que se alimenta del «*pathos*». Es sentir y pensar con el corazón.

El «principio misericordia» consiste en un dinamismo que nace del amor que hace interiorizar el sufrimiento ajeno en las entrañas y ese sufrimiento interiorizado mueve a una reacción, sin más motivo que el dolor del otro, en una concreción histórica de amor (Sobrino).

El «principio misericordia» consiste en un dinamismo que nace del amor que hace interiorizar el sufrimiento ajeno en las entrañas y ese sufrimiento interiorizado mueve a una reacción, sin más motivo que el dolor del otro, en una concreción histórica de amor (Jon Sobrino).

Es un Amor específico que actúa ante el sufrimiento ajeno para erradicar sus causas. Es el amor visceral de Dios... Así ama Dios...²

Tres experiencias que nos muestran un intento de praxis en el sentido descrito

Comencemos ubicando la pregunta: ¿Desde dónde estamos pensando la pastoral urbana? Desde el paradigma samaritano, cuyo centro es la «compasión-misericordia».

² Al respecto ver el abordaje del amor visceral de Dios por Javier Darío Restrepo en sus editoriales de la Revista Vida Nueva.



Entendimos desde el principio que la Iglesia y la ciudad necesitan caminar juntas hacia la ciudad de Dios³.

³ Esta intuición del cardenal Mario Revollo, sin irnos tan lejos, ya la había concebido José Comblin, en su célebre Teología de la ciudad de 1972.

Para nosotros, esta intuición del arzobispo Revollo y la inspiración del Sínodo, marcaron nuestro horizonte a seguir: la ciudad de la misericordia.

Resultaron claras a nuestra mirada estas dos rutas con su visible corazón:

- Asumir la ciudad con lo que ello significa: entrar en el mundo urbano y encarnarnos en él.
- Encarnar la Palabra en la ciudad.

- Construir estas dos rutas centrados en la «compasión-misericordia».

Esta reflexión y praxis arranca con la claridad y la convicción de visibilizar la búsqueda de una espiritualidad urbana de talante samaritano, que se ha venido esclareciendo a través de los años.

Se puede hablar de intentos específicos, de constantes pastorales, de la necesidad de implementar



procesos, de pensar teológicamente nuestro mundo urbano.

He aquí un poco de historia. Compartimos tres experiencias que nos ayudaron a construir este sentir.

1. *Parroquia Santo Toribio de Mogrovejo*

Entre 1989 y 1995 convergieron, en el marco pastoral de esta parroquia naciente en contextos urbanos de margen, tres experiencias eclesiales: la vida religiosa, el pensar teológico y educativo de Dimensión Educativa⁴ y la convocatoria sinodal.

Estos enfoques se integraron en un proyecto parroquial que, de entrada, aunó una fuerte presencia laical, con un énfasis juvenil muy fuerte. En conjunto, las insistencias se organizaron en torno a la pastoral juvenil, la pastoral social y la pastoral bíblica.

La reflexión urbana incipiente la comenzó a poner el Sínodo. El grito fue: el Evangelio no está encarnado en la ciudad. La Iglesia va por un lado y la ciudad por otro.

Asumimos esta primera intuición. La identificamos, desde entonces, como la necesidad de crear un diálogo entre la Palabra y la ciudad. Poner la Palabra en la ciudad. Lo que más tarde hemos llamado «Biblia y ciudad» en mutua interpelación.

Los comienzos fueron de alegre apasionamiento. El lugar teológico fueron las asambleas de vecinos en torno a la Palabra: formatos sencillos de lectura bíblica, inspirados en el espíritu misionero del patrono de la parroquia, vida laical y vida religiosa con la permanente animación pastoral que, como párroco, me correspondió hacer.

Esta formación bíblica posteriormente dio lugar a la hermenéutica urbana de la Biblia, con la asesoría y acompañamiento de Dimensión Educativa.

El centro de todo esto, con el tiempo, fueron las Casitas Bíblicas: familias, sectores, fuente de diversas ministerialidades pastorales... las Casitas Bíblicas, en un lapso de unos cinco años, se convirtieron en el centro de la vida parroquial. Alrededor de ellas giraba la animación del trabajo pastoral. Repartidas en 25 sectores de la parroquia, se constituyeron en epicentros de animación bíblica, catequética,

⁴ Dimensión Educativa es una organización que se dedicaba a la educación popular, con base en la educación liberadora y en los procesos de acompañamiento teológico y pastoral de comunidades eclesiales de base.

Tristemente, las casitas bíblicas son separadas de la parroquia, lo que las lleva a consolidar su perfil laical. Se abren a una praxis ecuménica, profundizan la lectura popular de la Biblia y se ubican en sus sectores como sujeto eclesial, ético y político, capaz de incidir en su entorno urbano.

social, familiar, juvenil e infantil. Fue un modelo de pequeñas comunidades que dieron cuerpo y vida a la comunidad parroquial.

A través de estos procesos, se comenzó a vivir la solidaridad con el sufrimiento de muchas personas en la comunidad. Por medio de la escuela bíblica semanal y dominical⁵; se alimentó el anhelo de poner la Palabra en la ciudad.

Tristemente son separadas de la parroquia, lo que las lleva a consolidar su perfil laical. Se abren a una praxis ecuménica, profundizan la lectura popular de la Biblia y se ubican en sus sectores como sujeto eclesial, ético y político, capaz de incidir en su entorno urbano.

2. *Parroquia San Carlos Borromeo*

Experiencia trabajada entre los años 1997 y 2005. En un contexto urbano de clase media en proceso

⁵ Un domingo al mes para todos los procesos y una vez por semana en cada una de las casitas y sus respectivos procesos.

de empobrecimiento, en el marco de la recesión económica del gobierno Pastrana, escenario de origen del 2 por mil y más tarde, el hasta hoy 4 por mil que se quedó.

Es un escenario de diálogo pastoral entre las corrientes de la Renovación Carismática Católica y la praxis pastoral liberadora inspirada en la Teología de la Liberación.

Hecho este diálogo, acordamos crear el «discipulado urbano de la Palabra»... base para pensar en las comunidades samaritanas y misioneras.

La Escuela Bíblica Camino de Emaús concreta esta línea de pastoral bíblica urbana centrada en la compasión-misericordia.

Insiste en el sujeto lector urbano, personal y comunitario (incluido el rol familiar). Se abre al sector, integra vecinos, analiza problemáticas del barrio.

Crea respuestas a tales problemáticas, por medio de la intervención política de la comunidad de fe ante el desafío de la corrupción y la insensibilidad frente al sufrimiento de las familias.

Inserta un esquema litúrgico-vivencial-comunitario-social de apropiación de la Palabra. En este esquema participaron formándose y viviéndolo, los niños y los jóvenes, en interacción tanto familiar como comunitaria en general. Esto alimentó una fuerte participación femenina con incidencia en lo social-político; y una animada integración de jóvenes universitarios y profesionales, alrededor de la lectura juvenil de la Biblia y un acompañamiento en formación teológica y social.

Genera espacios para asumir esta reflexión-acción-reflexión... Talleres bíblicos todo el año, animados por la clave hermenéutica compasión-misericordia, constituyéndose a la vez, en la espiritualidad samaritana de la gran comunidad y de sus procesos en pequeño, sectoriales y familiares.

3. Diócesis de Engativá

A partir de 2005, la Diócesis asume el horizonte teológico pastoral «Hacia la ciudad de la misericordia: más humana y fraterna».

La génesis de este horizonte está en las Declaraciones Sinodales de 1998, que asumen la parábola del buen samaritano como corazón evangélico de la misión de la Iglesia en la ciudad de Bogotá.

Para este fin:

- Profundiza el contexto urbano. Elabora una reflexión sistemática sobre el mismo... congresos y espacios pastorales que faciliten esta reflexión.
- Asume el principio compasión-misericordia como opción teológica pastoral de la Diócesis.
- Crea la Escuela Bíblica Diocesana, cuya clave hermenéutica es la «compasión-misericordia». Un acercamiento bíblico que busca sensibilizar, ir al corazón bíblico del sentir misericordioso de Dios... en la convicción de que esa es la puerta de ingreso a la conversión pastoral de que habla Aparecida.

Genera un proyecto pastoral diocesano de formación de pequeñas comunidades samaritanas y misioneras. Lo hace a través del diálogo y participación de enfoques, de corrientes teológicas y de métodos de formación de comunidades, generando una convergencia eclesial de diversidades.

Hasta el momento ha logrado sostener una estructura operativa para el Plan Pastoral Samaritano que se construyen por trienios, en dirección del horizonte pastoral: hacia la ciudad de la misericordia. Esto ha facilitado la programación pastoral y la ejecución de proyectos y programas tanto parroquiales como arciprestales.

La Escuela del Discipulado Samaritano ha conseguido hacer seguimiento y formación a los animadores de las pequeñas comunidades samaritanas y misioneras en la ciudad.

El presente momento

Estamos convencidos de que esta intuición se construye por el discipulado misionero, encarnado en la ciudad, como lo ha recomendado Aparecida, para que el principio compasión misericordia sea el centro.

Pero hay un obstáculo, una causa de choque, un desencuentro, un truncamiento de procesos, causado por el modelo de Iglesia: se enfrentan la eclesiología del templo y la Iglesia de las casas. Es un problema de mentalidad. Este choque deshace los procesos de base y desintegra la formación de pequeñas comunidades. Fue lo que frustró las experiencias parroquiales descritas.

¿Una Iglesia samaritana centrada en la Palabra? Está por hacerse. Será una Iglesia fundada en la Palabra y en la comunidad viva. Las parroquias están llamadas a renovarse en esta línea, con mirada audaz, misionera, desinteresada y generosa

al extremo. Solo así podrán vivir esto que sueña el papa Francisco:

Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla. ¡Qué inútil es preguntarle a un herido si tiene altos es colesterol o el azúcar! Hay que curarle las heridas. Ya hablaremos luego del resto. Curar heridas, curar heridas...y hay que comenzar por lo más elemental [...] ser misericordiosos, hacerse cargo de las personas, acompañándolas como el buen samaritano que lava, limpia y consuela a su prójimo. Esto es Evangelio puro (Spadaro, 2013).

¿A qué nos aboca ahora esta intuición samaritana?: a comprender, a descubrir que el corazón de la pastoral es la compasión-misericordia. Esto significa:

- Establecer el equilibrio dialógico entre el corazón y la cabeza. Aprender a sentipensarnos, siguiendo la sociología humana que creó Fals Borda y Camilo Torres. (Orlando Fals Borda y Camilo Torres, forjadores de una Sociología humana en Colombia). Y a propósito, debemos dejar de ver a Camilo Torres como el cura guerrillero y veamos el cura del amor eficaz y de la compasión-misericordia. Esta es una deuda que tenemos para sacar las violencias del corazón, con la ayuda de la «noviolencia» de Jesús.
- Abordar la complejidad del ser humano y de los ecosistemas. No desdeñar más de ellos, ni desde la revolución, ni desde los mercados. (Reclamamos del ambientalista Julio Umaña Carrizosa en sus columnas de El Espectador).
- Dejar de ver al ser humano como maximizador de poder y de riqueza, lo que lo hace incapaz de buscar otras metas como el conocimiento, lo sagrado, el amor, la justicia, la libertad, el placer sensorial, la observación de la belleza, el reconocimiento, la amistad, la paz (Julio Umaña Carrizosa).
- No desdeñar más de los ecosistemas, de sus procesos y estructuras físicas, químicas y biológicas. Solo les vemos como proveedores de los materiales que necesitamos. Se deja de lado su complejidad, se desprecian los derechos de todas las otras especies. Se destruyen los lazos que nos unen a ellas. Hay que tomar completa, la ruta de *Laudato Si* (Julio Umaña Carrizosa).

- Trabajar pastoral y teológicamente el perdón y la reconciliación, también como ruta hacia la ciudad de la misericordia, en la perspectiva de Mateo 18,23-35 y alimentando nuestra identidad con Jesús de Nazaret, siguiendo a Mt 25, 31-46.
- No hacer ningún proceso de estos, si no es desde el corazón bíblico de la compasión-misericordia. Esto implica la asunción de una educación del corazón para la no violencia, único camino posible para la paz. ☺

Bibliografía

- Arquidiócesis de Bogotá (1998) Declaraciones Sinodales. Bogotá.
- Carrizosa, J. (s.f.) Columnas de opinión En: El Espectador.
- Comblin, J. (1972) Teología de la ciudad. Navarra: Verbo Divino.
- Fals Borda, O. y Torres, C. (s.f.) Obras.
- Restrepo, J. D. (s.f.) Revista Vida Nueva. Editoriales. Spadaro, A. (2013)
- Entrevista al Papa Francisco. <https://goo.gl/DdGQXG>

¿A qué nos aboca ahora esta intuición samaritana?: a comprender, a descubrir que el corazón de la pastoral es la compasión-misericordia.

DESAFÍO: ACERCAR ORILLAS

Más allá del plebiscito: creyentes, ciudadanos y artesanos de la paz¹

Farash Valeria Contreras Rodríguez

- ¹ Esta ponencia se realizó el 29 de septiembre de 2016, en los Diálogos en la ciudad, organizado por el OAE, tres días antes de la votación del plebiscito que refrendaría el proceso de paz firmado entre el Gobierno Nacional y las FARC-EP.
- ² Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia de Salamanca y Doctor en Teología de la Universidad de Santiago de Compostela.

El 24 de agosto de 2016, las delegaciones del Gobierno Nacional y de las FARC-EP, quienes sostuvieron conversaciones durante cuatro años en La Habana, Cuba, anunciaron haber llegado a un «Acuerdo - final, integral y definitivo- para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera en Colombia». Este acuerdo fue firmado en un acto público y de amplia relevancia mediática, el 26 de septiembre en la ciudad de Cartagena.



Con la intención de garantizar la validación popular de este acuerdo en su totalidad, el presidente Juan Manuel Santos, con el aval del Congreso, a través del Decreto 1391 del 30 de agosto de 2016, convocó el plebiscito, como mecanismo constitucional de referendación política, a través del cual los ciudadanos podrán manifestar por medio del voto, si apoyan o no, los contenidos del acuerdo, para lo cual tendrán que responder sí o no, a la pregunta: «¿Apoya usted el acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera?»; ejercicio democrático que tendrá lugar en tres días, el próximo domingo 2 de octubre.

Para comprender la importancia de este acuerdo es necesario hacer un ejercicio de memoria histórica que permita ubicar este escenario en el contexto del conflicto armado complejo y escalado que Colombia ha vivido durante más de 60 años. Es necesario también comprender, que este no ha sido el único ni será el último intento por buscar que los actores armados depongan sus fusiles y que cualquier intento de buscar la paz estable y duradera en Colombia, incluido este acuerdo, exige el rediseño del Estado, la reconstrucción del proyecto de nación, la transformación de la democracia y el cambio cultural; todos estos, procesos de largo aliento, que son

Es una falsa paz aquella que sirve como excusa para justificar una organización social o tranquilice a los más pobres (Francisco).

imposibles, sin el compromiso y la participación de la sociedad civil.

La Iglesia Católica, como parte de la sociedad civil, ha tenido un papel preponderante en la mayoría de procesos de paz y acuerdos con los que se ha buscado mitigar la violencia y frenar las hostilidades en el país. Ha sido participante en las mesas de negociación, ha sido mediadora en los conflictos regionales, ha acompañado de cerca a las comunidades rurales y a las víctimas, ha sido reconocida en su capacidad de interlocución con los victimarios y, así mismo, ha sido perseguida en la tarea de buscar la paz.

Este año, la Asamblea de Obispos, celebrada en el mes de julio, hizo una profunda reflexión sobre las raíces de la violencia en Colombia y llamó a los creyentes a convertirse en «artesanos del perdón, la reconciliación y la paz». El mensaje de la Asamblea Plenaria No. 101 presenta los siguientes imperativos, que a la vez son criterios para la Iglesia Católica en la construcción de la paz:

1. «No podemos tener auténtica paz si no trabajamos juntos por erradicar las problemáticas que están a la raíz de la violencia y que nos han dejado profundas y graves heridas» (Asamblea Plenaria, 2016, p.1).
2. «La paz social no puede entenderse como un irenismo o como una mera ausencia de la violencia lograda por la imposición de un sector sobre los otros» (Francisco, citado por Asamblea Plenaria, 2016, p. 3).
3. «Es una falsa paz aquella que sirve como excusa para justificar una organización social que

silencie o tranquilice a los más pobres, de manera que aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden. Las reivindicaciones sociales, que tienen que ver con la distribución del ingreso, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos, no pueden ser sofocadas con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz» (Francisco, citado por Asamblea Plenaria, p. 3).

4. «La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios» (Francisco, citado por Asamblea Plenaria, p.3).
5. «Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética» (Francisco, citado por Asamblea Plenaria, p. 3).
6. La ética no ideologizada permite crear un equilibrio y un orden social más humanos (p. 4).
7. Es necesario el fortalecimiento de las instituciones del Estado (p. 4).
8. La construcción de la paz exige un ideal común para el país, una visión clara de nación en la que todos nos veamos identificados y comprometidos para no perdernos en la dispersión de esfuerzos (p. 5).
9. La política tiene como tarea el bien común y la paz social es la mayor conquista de esta tarea; justamente por ello no puede ser politizada, ni instrumentalizada, convirtiéndose en causa de polarización (p. 5).

Este mensaje es la base fundamental y el horizonte de los dos siguientes comunicados que la Conferencia Episcopal ha hecho², sobre el acuerdo con las FARC y sobre el plebiscito, los cuales también presentan unos criterios:

2 Además del Mensaje de la 101ª Asamblea Plenaria de los Obispos de Colombia, la Conferencia Episcopal hizo dos comunicados más a propósito del plebiscito y la construcción de la paz en el marco de los acuerdos entre el Gobierno y las FARC-EP: el comunicado del 3 de octubre de 2016 (<https://goo.gl/bG14Vx>) y el Mensaje de la Conferencia Episcopal al pueblo colombiano: «Tiempo de responsabilidad y esperanza» del 14 de octubre de 2016. <https://goo.gl/WbU63a>



1. La Iglesia y sus obispos son neutros frente a la construcción de paz, ya que la reconciliación y la paz están en la misma entraña del Evangelio.
2. Seguir el dictamen de la conciencia es un derecho inalienable. No puede haber un verdadero ejercicio democrático, si no se defiende ese derecho.
3. Votar en conciencia significa que, habiendo hecho el discernimiento y análisis convenientes, al margen de cualquier presión externa o apasionamiento, se hace una opción libre, pensando en el bien de todos. Llama particularmente a los pastores, a respetar el santuario de la conciencia de cada persona.

Tanto en el mensaje de la Asamblea, como en los dos comunicados, además de los criterios, se plantean unos enormes compromisos que la Iglesia, comunidad de creyentes-ciudadanos, miembros de la sociedad civil, hemos de asumir, teniendo en cuenta, que «el mejor aporte que le hacemos al país es una Iglesia viva, misionera, con un laicado comprometido, bien formado y viviendo su fe en comunidad» (Asamblea Plenaria, 2016, p. 4). Estos compromisos son:

1. Anunciar y defender la dignidad del ser humano, para que las estructuras sociales y las políticas económicas se orienten al bien común y a la salvaguarda de los derechos fundamentales de las personas.
2. Centrar el trabajo pastoral en la familia.
3. Promover la práctica de los valores humanos y cristianos y particularmente de aquellos que hacen una sociedad fundamentada en la verdad, la libertad, la justicia y la solidaridad.
4. Promover un modelo educativo integral, humanizador que propicie la formación de la niñez y la juventud.
5. Impulsar la educación para la paz desde los criterios del Evangelio.
6. Promover la participación ciudadana, favorecer el vínculo entre las comunidades y las autoridades, hacer seguimiento de los planes de desarrollo y la implementación de los eventuales acuerdos de paz, con una efectiva veeduría ciudadana y velando siempre por la consolidación de la democracia.
7. Trabajar por un cambio profundo que permita asumir la ética de la responsabilidad, la justicia y la convivencia.

8. Insistir de manera profética en la justicia social, en el cuidado de la creación y en el deber de los políticos de trabajar por el bien común, con principios de transparencia y con sentido de pertenencia a las comunidades.
9. Seguir trabajando en favor de un sistema económico justo y solidario que supere las injusticias que están en el origen del conflicto armado.
10. Difundir con mayor vigor la Doctrina Social de la Iglesia.
11. Convertirnos en un «hospital de campaña» que después de una guerra se dedica con pasión a curar, a sanar las heridas de tantas víctimas y a devolver la confianza en el futuro.
12. Disponer de tiempos prolongados e intensos de oración por Colombia, por la paz y discernir a la luz de la Palabra de Dios el camino que nos lleve a ser artesanos de la paz.
13. Asumir este momento histórico con la mayor responsabilidad y compromiso.
14. Recibir con esperanza la oportunidad que se abre de poner fin al conflicto armado que ha marcado la historia del país durante más de cinco décadas.
15. Comprender los alcances de lo pactado y prepararse para votar conscientemente en el plebiscito.
16. Participar en el plebiscito de manera responsable, con un voto informado y en conciencia, que exprese libremente la opinión, como ejercicio efectivo de la democracia y con el debido respeto a lo que la mayoría finalmente determine.
17. Promover una reflexión serena, en clima de diálogo y respeto, animada en todo momento por el compromiso con la construcción de la paz, pensando siempre en el bien del país, por encima de intereses sectoriales o particulares.
18. Asumir el reto de la construcción de la paz, aportando a la superación y erradicación de toda forma de violencia y trabajando unidos en la construcción de una Colombia reconciliada y en paz.

La invitación del OAE, en medio de este histórico escenario es, en primer lugar, revisar los criterios y los compromisos que la Iglesia ha asumido –más allá del sí o del no- para convertirnos en artesanos del perdón, la reconciliación y la paz.

«El mejor aporte que le hacemos al país es una Iglesia viva, misionera, con un laicado comprometido, bien formado y viviendo su fe en comunidad».

En segundo lugar, que seamos capaces de reconocer los signos de la polarización social, de manera que no caigamos en esta trampa y que más bien, seamos capaces de comprender que estos momentos coyunturales deben servirnos como catalizadores de la toma de conciencia, de la acción y de la participación política, así como de reforzamiento de la identidad de ciudadanos creyentes, en torno de unos objetivos comunes (Lozada, 2004).

Y finalmente, que acojamos el compromiso de discernir estas realidades y orar por la transformación de los corazones endurecidos por décadas de violencia en nuestro país. «Creo que todos los que estamos aquí presentes somos conscientes de que, en el fondo, estamos sí al final de una negociación, pero también al inicio de un proceso, todavía abierto, de cambio, que requiere el aporte y el respeto de todos los colombianos» (Parolin, 2016). ☺

Bibliografía

- Conferencia Episcopal de Colombia (2016) Mensaje de la 101ª Asamblea Plenaria de los Obispos de Colombia, Artesanos de la paz. «Bienaventurados los que trabajan por la paz» (Mt 5, 9). Bogotá, 8 de julio de 2016. <https://www.cec.org.co/sites/default/files/Comunicado.pdf>
- Lozada, M. (2004) El otro es el enemigo: imaginarios sociales y polarización. En: Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, vol. 10, núm. 2, mayo-agosto. Universidad Central de Venezuela, pp. 195- 209.
- Parolin, P. (2016) Homilía en la firma del Acuerdo final entre el Gobierno de Colombia y las FARC-EP. Cartagena, 27 de septiembre de 2016. <https://goo.gl/cW3XTH>

Polarización – misericordia: diálogo entre impensables¹

Una apuesta desde el Evangelio

Daniel Arturo Delgado Guana, Pbro.

¹ La presente ponencia tuvo lugar el jueves 29 de septiembre de 2016, dos días antes de la votación del plebiscito que referendaría el proceso de paz firmado entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC.

Colombia cayó en la trampa de la polarización. Este «virus» -como lo denomina el papa Francisco- ha enfermado la vida de los colombianos y ha sido causa de múltiples rupturas y desencuentros en la coyuntura histórica actual. Como fenómeno socio-político, ha tomado dimensiones de pandemia y permea cada vez más la manera de pensar, de encontrarse, de relacionarse entre los distintos grupos humanos, también dentro de la Iglesia. La tentación patética de los



pueblos, de sus gobernantes, de las instituciones, de los medios de comunicación de juzgar, dividir, enfrentar, condenar, levantar muros, construir barreras y etiquetar a la gente está al orden del día en todas partes. En Colombia el estado actual de la situación ha puesto en tensión a la mayoría de la población; lastimosamente la razón es el fin de la guerra y la emergencia de la paz.

La polarización, en sí misma, es tierra abonada y a la vez semilla de nuevas y exóticas formas de división e insinúa escenarios poco alentadores de cara a la construcción de la reconciliación y la paz. La absolutización de los intereses defendidos por unos y otros, sean cuales sean las razones, las visiones de país que se manejan, las estrategias que se promueven para descalificar, maltratar, rotular y



Emprender un «nuevo rumbo» en el que brille la verdad

Es precisamente la constatación de este estado de enfrentamiento y la evidencia de lo distanciados que se encuentran los colombianos lo que debe sacudir a la Iglesia no para realizar nuevos pronunciamientos, sino para asumir la delicada tarea del desminado del corazón de sus miembros (todos) y fermentar la sociedad con una nueva forma de ser y de habitar esta casa común que se llama Colombia; que tenga como principio la paz que Cristo trajo al mundo. Tarea nada fácil cuando se trata de intervenir la cultura del desencuentro y emprender un nuevo rumbo en el que brille la verdad, se posicione la justicia en el corazón de todos, se admita la diferencia, se fomenten los encuentros impensables y la vida recobre el valor perdido.

La Iglesia en Colombia tiene hoy un papel con carácter de urgencia que es preciso apoyar y fundamentar en el mensaje y el actuar de Cristo en la línea del Reino de la vida, pues es allí en donde están las claves para la paz y para concretar un rumbo cierto de coexistencia en comunión, en reconciliación, en encuentro, en proximidad de Dios a la humanidad, de los hombres y mujeres entre sí y de todos con Dios. La Iglesia, como Jesús, está llamada a propiciar y mantener la fecundidad del encuentro entre los hermanos para acercar las orillas y derribar el muro que los separa y enfrenta; en esto consiste, en buena medida, el dinamismo de ser fermento del Reino en medio de la humanidad.

El ejemplo de Cristo

Cristo puso su vida al servicio de la reconciliación de los pueblos, así lo declara y afirma san Pablo: «Él es nuestra paz»; Él con su muerte dio muerte a la enemistad entre los gentiles y los judíos, y derribó el muro que los separaba (Cf. Ef. 2). Pablo toma como recurso, para afirmar su tesis, el muro que había en el atrio del templo de Jerusalén: había allí una pared que separaba el atrio de los gentiles del resto del tabernáculo; también había un aviso perentorio: cualquier gentil que osara atravesar este muro moriría; con ello quedaba claro que el gentil, el pecador, el pagano no tenía acceso al Dios de los padres; todos ellos estaban excluidos de la salvación, esta era un beneficio reservado a unos pocos.

considerar enemigo al que no piensa de la misma manera, dan cuenta del proceso de ideologización en que se ha caído desde las distintas fronteras.

La ideologización -con su carácter absoluto y dogmatizante, masificador de signos y valores que son propuestos por quien tiene la posibilidad de incidir en los colectivos humanos y que estos a su vez reproducen y defienden como si fuesen la única verdad- hace que las ideas pierdan su estatus, que abandonen su riqueza generadora de encuentro, de diálogo, de acuerdos, para mutar convirtiéndose en explicación última y suficiente de todo y ubicarse como verdades absolutas e inamovibles, que no ad-

miten un cuestionamiento, una crítica, un disenso (Trías, 1975, p. 20)².

En Colombia, se ha desarrollado y posicionado durante la larga historia de sus conflictos, una cultura del desencuentro aupado por los «señores de la guerra» -panorama nada lejano del reclamo del

² «Estas ideas se caracterizan porque mediante ellas los hombres se harían la ilusión de conocer una determinada realidad social. Pero se trataría de una ilusión. Estas ideas no podrían confundirse con el conocimiento de esa realidad» Eugenio Trías, Teoría de las ideologías, Barcelona, 1975, p. 20.

nobel Bob Dylan (1963)³, sean del partido, del lado o del color que sean, bajo la premisas del miedo, la manipulación del concepto del bien y la absolutización del todo vale y se ha erigido una especie de deidad en cuya custodia se legitima la violación de los derechos humanos, la injusticia en todas sus expresiones y la muerte. Tan arraigado está este fenómeno en la mente y en la cultura del país, que hoy es casi imposible pensar en el fin de los enfrentamientos locales y llegar a una convivencia pacífica.

³ Video: <https://www.youtube.com/watch?v=h2mabTn-MHe8>

Son los intereses individuales, las ansias de poder, el desconocimiento de la necesidad ajena, la cultura del vasallaje y la dominación, los que separan las orillas y crean el profundo abismo entre los pueblos y los miembros de las mismas familias.

Según esto, para Pablo, será Cristo quien, con su muerte, elimine la irreconciliable relación entre los dos pueblos y en Él todos lleguen a ser uno de cara a la salvación. Cristo no solo derribó el obstáculo del encuentro entre Dios y los gentiles, sino que puso su vida al servicio de la comunión de todos.

El derribamiento del muro divisorio, sin embargo, no fue ganancia solo del evento puntual sacrificio-muerte de Cristo; todo en Jesús, desde el misterio de la encarnación pasando por el ministerio público hasta su pascua, da cuenta de la inquebrantable y salvífica voluntad del Padre que no quiere que se pierda ninguno de sus hijos, sino que todos sean resucitados en el Hijo (Cf. Jn. 6,39). De igual manera y por contraste, todo en Cristo da cuenta de que los profundos abismos, las orillas opuestas entre los pueblos, son fruto del pecado del hombre; desde el fratricidio cometido en Abel hasta el posicionamiento actual de la cultura de la muerte. Son

los intereses individuales, las ansias de poder, el desconocimiento de la necesidad ajena, la cultura del vasallaje y la dominación, los que separan las orillas y crean el profundo abismo entre los pueblos y los miembros de las mismas familias.

Con su vida, Jesús enseña, bajo el principio de que todo individuo es sujeto de salvación, que transitar, vía del encuentro, basado en el amor misericordioso es el ejercicio ineludible que conduce a superar las diferencias, acerca las orillas y construye la paz. Por eso, todo en Él se desarrolla a partir del continuo acercamiento a los enfermos y pecadores, a los considerados inencontrables; su vida es una práctica de impensables encuentros que para su momento histórico y su cultura transgredían todos los protocolos de la pureza ritual. Él, el Santo de Dios no se quedó precisamente en el lugar reservado para Dios en el templo, sino que superando el muro que lo separaba de la humanidad se lanzó al encuentro de aquellos que jamás tendrían acceso al amor misericordioso del Padre.

Los impensables encuentros de Jesús ofrecen una luz para comprender que la metodología divina se dirige al rescate de lo que estaba perdido, no a su destrucción; enseña que en la humanidad son posibles los encuentros entre opuestos e irreconciliables cuando se trata de vivir la misericordia, cuando se considera que sobre el otro, el inencontrable, cabe la gracia de la conversión y la salvación. Con apoyo en el libro «Teología de la ternura» de Carlo Rocchetta (2013), cito algunos impensables encuentros de Jesús que bien pueden ayudar tanto a los miembros de la Iglesia como a otros hombres y mujeres de buena voluntad, en el ambiente de polarización en que vive Colombia, a iluminar y generar espacios y oportunidades para hallarse, dialogar y llegar a acuerdos con los que piensan distinto dentro de un ambiente de reconocimiento del valor fundamental del otro, de la aceptación de la verdad que hay en su palabra y del respeto que de allí deriva.

1. El impensable encuentro de Jesús con los publicanos y los pecadores.

Para Jesús el verso del salmo «Feliz quien no sigue el consejo de los malvados ni anda mezclado con pecadores ni en grupos de necios toma asiento» (Sal 1,1) que contiene un principio fundante de la moral judía, debía ser materia conocida y recitada. Sentarse con pecadores y publicanos era comprometedor, hacía impuro al justo que lo hiciese. Mucho más transgresor habría de ser escoger y llamar al discipulado a un pecador, un cobrador de impuestos (Mc. 2, 13.14). Esto era más que impensa-





ble para un maestro en quien la gente comenzaba a identificar al Mesías. Era realmente escandaloso para fariseos, escribas y maestros de la ley la posibilidad de encontrarse y compartir con aquellos que encarnaban la figura del pecado, era inadmisiblemente sentarse a la mesa a comer con ellos.

Jesús en cambio se sienta entre ellos sin prejuicios, con entera libertad, porque no vino para condenar a los pecadores, sino a salvar y a dar la vida por muchos (Cf. Mt. 20,28) como médico para los que están enfermos, se sienta entre ellos como uno de ellos, no reproduce los pecados, simplemente manifiesta con los pecadores la absoluta novedad del reino. Para Él, todos son amados de Dios que cuida de los lirios y de las aves del cielo. La misericordia del Hijo de Dios va mucho más allá de las leyes. La misericordia no excluye ni hace acepción de personas sino que acoge, la misericordia no condena, acerca, abraza, se activa ante el dolor del otro aunque sea considerado el malo. La misericordia se concede el permiso de redimir.

2. El impensable encuentro de Jesús con los enfermos y endemoniados:

Son múltiples los pasajes evangélicos que narran encuentros y contactos de Jesús con enfermos, leprosos, endemoniados a quienes no sólo cura sino que perdona, salva y reintegra en la sociedad con toda la dignidad recuperada. La enfermedad ocultaba el pasado de maldad de quien la detentaba. Los leprosos, los ciegos, los cojos, cargaban consigo el peso del pecado personal y de sus antepasados, juntarse con ellos, tocarlos significaba hacerse impuro. Más lo era el caso de los endemoniados sobre los cuales no existía poder sanador. El poder sanador de Jesús se convierte para ellos en acontecimiento de gracia que se dirige a la totalidad de la persona: «hijo, tus pecados te son perdonados» y luego «para que vean que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados, dice al paralítico, A ti te digo levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc. 2, 1 ss).

La figura anónima del herido del camino, ante el cual, el buen samaritano se inclina, no así el sacerdote y el levita que lo rehúyen para conservar la pureza ritual, es la figura paradigmática del que carga consigo la culpa (bajaba de Jerusalén a Jericó). Sin embargo la compasión del buen samaritano ante aquel extraño hace que se ponga en segundo lugar todo condicionamiento legal y que el corazón se abra al servicio. ¿Quién es aquel hombre? «Es el hombre» asistido por un extranjero que se convierte a su vez en modelo de solicitud del ser humano por

el ser humano al ejemplo de Cristo. De extranjero a extraño, de anónimo a anónimo. No se necesitan identidades ni militancia en las mismas filas, basta que sea un ser humano sufriente y ya aparece el imperativo moral de la inclinación, de la convergencia, hasta garantizar la recuperación, la sanación de las heridas, la vuelta y la reintegración social. Para Jesús no hay miedos ni condicionamientos legales, el encuentro surge cuando aparece la persona con su necesidad.

3. El impensable encuentro respetuoso y valorativo de Jesús con la mujer:

En el contexto machista de la cultura en que vivía, la mujer era propiedad del padre hasta que era entregada en nupcias cuando cambiaba de dueño, No podía ser testigo ante los tribunales, no podía ser discípula de un rabí, no podía aprender la *torah*. En el templo debía ocupar un lugar apartado. El marido podía darle acta de repudio, no ella a él. El caso de adulterio podía ser linchada a pedradas.

De la vida pública de Jesús se narran no pocos encuentros con mujeres, todos ellos con un profundo sentido de respeto y dignificación. La mujer, que no merecía ser tenida en cuenta precisamente por la condición de ser mujer encuentra en la cercanía de Jesús su lugar en la sociedad, el espacio que nunca le fue negado en el corazón de Dios, sí por el corazón humano y las estructuras sociales.

Jesús hace más radical su cercanía a la mujer al rechazar la distinción entre judía y extranjera: el largo y transformante diálogo con una samaritana junto al pozo de Jacob, la curación de la hija de la sirofenicia son apenas dos ejemplos de la forma como la misericordia divina no se encasilla en géneros ni en etnias, ni en nacionalidades, es universal. En su rechazo al tabú de la impureza legal, Jesús no solo toca y cura a los enfermos, sino que se deja tocar de la hemorroísa entre la multitud que lo rodeaba, de la pecadora pública en casa de Simón el fariseo; Jesús alaba la generosidad de una pobre viuda que da lo único que tiene para vivir; cultiva la amistad con Martha con María, hermanas de Lázaro; hace de María una discípula suya, se deja acompañar de mujeres de quienes había expulsado malos espíritus; «*Talitha kum*» le dijo a la hija de Jairo; a la mujer hallada en flagrante adulterio la reconcilia y la reintegra en la sociedad: «tampoco yo te condeno, vete y en adelante no vuelvas a pecar» (Jn. 8,11). ¿Qué decir de las apariciones del resucitado a las mujeres el primer día de la semana?

La misericordia no admite descartes, para la misericordia no existen personas de primera y de segun-

Los impensables encuentros de Jesús ofrecen una luz para comprender que la metodología divina se dirige al rescate de lo que estaba perdido, no a su destrucción.

da, la misericordia se pone por encima del juicio que con frecuencia tiene en cuenta los derechos de unos en detrimento de los derechos del otro. Encontrarse con los que la sociedad da en considerar secundarios o últimos por la condición, el pecado, la enfermedad, la procedencia étnica; ese ejercicio permanente de Jesús enseña que hay que ponerse no en la sede del justo y bueno sino en los zapatos del otro, con misericordia para crecer juntos.

4. El impensable encuentro de Jesús con los niños e indefensos:

La fragilidad y la inmadurez de los niños, lo mismo que la inutilidad de los débiles, enfermos o tarados, hacía de este renglón de la sociedad judía un grupo aparte, inferior, poco apreciado, no era de un rabí, juntarse con esas personas y mucho menos concederles espacio en sus preocupaciones. Para Jesús, la figura de la fragilidad y la indigencia que representaba el niño, le movían a misericordia, precisamente porque el reino de los cielos es de ellos y de quienes son como ellos; abraza, bendice a los niños mientras los discípulos discuten quién es el más importante entre ellos. La actitud del maestro molesta, incluso a los discípulos quienes tratan de impedir que los niños, se le acerquen pero Jesús recrimina que sus propios amigos estorben el cumplimiento

La misericordia no admite descartes, no existen personas de primera y de segunda. Se pone por encima del juicio que, con frecuencia, tiene en cuenta los derechos de unos en detrimento de los derechos del otro.

de su tarea, cuando ha venido precisamente para ellos, los pobres, los débiles, los más frágiles.

5. El impensable encuentro de Jesús con los enemigos y con los malhechores: Jesús derriba el muro de la ley por la ley, no la desconoce ni la rechaza, la plenifica (Cf. Mt. 5,17). La ley del talión no cabe dentro de su vida ni de sus enseñanzas. La ley nueva, la ley de Cristo consiste en vencer el mal con el bien. Esta sí que es una paradoja germen de una auténtica revolución cultural y religiosa y que exige una nueva mentalidad para ser comprendida, acogida y actuada. En Cristo no es la fuerza de la agresividad ni siquiera la fuerza intimidatoria de las armas, no es la ley del más fuerte la que tiene la última palabra, sino la fuerza del amor; no es la venganza sino el perdón lo que edifica la historia. La historia humana a la luz de las categorías del Reino se construye perdonando hasta setenta veces siete.

Perdón que es mucho más que una tolerancia resignada, es más bien acontecimiento de salvación «Hoy estarás conmigo en el paraíso». (Lc. 23,43).

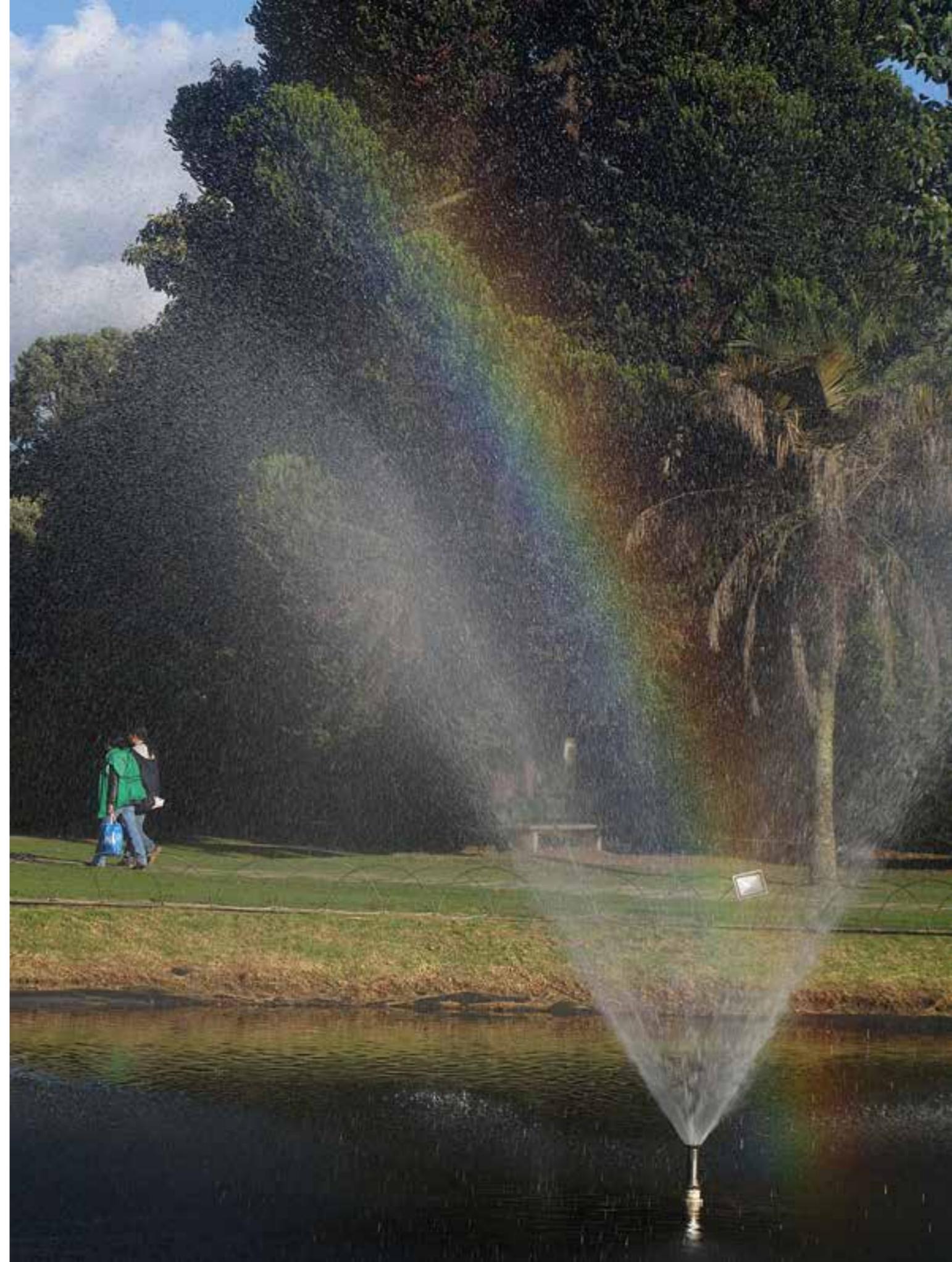
Los impensables encuentros de Jesús con todos estos actores sociales e incluso con los no sujetos, aquellos de quienes no se conoció en los evangelios nombre, rostro o historia, sirven para entender que el proyecto del Reino no es ideologizante ni es demagogia para hacer adeptos. Estos encuentros más bien descubren cómo la escuela de la misericordia, la escuela en la cual Jesús llama a matricularse es *conditio sine qua non* cuando se trata de rearmar la historia de un país que le apuesta a la paz.

En el Jubileo extraordinario de la misericordia, cuando se buscan en todas partes del país signos testimonio capaces de concretar los frutos de este *kairos*, cabe la preguntase si no será el encuentro con el otro, aunque piense distinto, aunque provenga de otra orilla, aunque no tenga nombre, aunque sea víctima o victimario, aunque haya sido calificado de pecador, de renegado, aunque haya herido la propia carne, aunque haya cometido la peor de las atrocidades, aunque vista otro color, el mejor y más elocuente signo de que transitó y puso su morada en la sociedad colombiana el mensaje misericordioso de Jesucristo; un signo sin infraestructuras, sin organigramas, sin presupuestos, sin comisiones; un signo que desde la sencillez de las voluntades que le apuestan a la paz, haga presente el querer de Dios para Colombia.

Otros signos testimonio, con el favor de Dios, vendrán. Hoy, es este el signo de la misericordia al que estamos llamados a hacer concreto. Pasar por la escuela de la misericordia, graduarse en misericordia obrada. Esto sí que cambia la historia de una sociedad. Es la misericordia la que permite el encuentro, sentarse a la misma mesa, mirarse, reconocerse en la grandeza de la humanidad que se esfuma cuando hay raíces de odio y ánimos de venganza en el corazón y cuando se hace eco a los susurros de la cultura de la muerte, pero que se encumbra cuando se ama y se apuesta por la vida. ☉

Bibliografía

- Dylan, B. (1963) Canción Masters of War.
- Rocchetta, C. (2013) Teología de la ternura: un «Evangelio» por escribir. Salamanca: Secretariado Trinitario.
- Trías, E. (1975) Teoría de las ideologías. Barcelona: Península.



El compromiso democrático de los discípulos misioneros



El Observatorio Arquidiocesano de Evangelización ha estado atento a la dinámica política del país y de la ciudad y en cumplimiento de su tarea específica ha dedicado buena parte de su esfuerzo al rastreo de los eventos coyunturales: elecciones, diálogos de paz, plebiscito y desarrollos subsiguientes, siempre desde la óptica del creyente que encuentra en la realidad secular el escenario del actuar de Dios y se pone a su servicio de manera comprometida con el Reino y solidaria con la sociedad.

El 25 de octubre de 2015, la ciudad de Bogotá eligió un nuevo alcalde dentro de un ambiente de enfrentamientos y de esperanzas. El OAE leyó con detenimiento los proyectos de cada uno de los candidatos Enrique Peñalosa Londoño, Rafael Pardo Rueda, Clara López, Francisco Santos Calderón, Ricardo Arias Mora, Daniel Sean Raisbeck López y Alexandre Philippe Pierre Vernot Hernández y a

partir de sus contenidos realizó un conversatorio al que sirvió de introducción el siguiente texto y que terminó con la lectura y envío de una carta a cada uno de los candidatos con la cual se quiso indicar -a quien fuese el ganador o ganadora- que la Iglesia está firmemente comprometida en la construcción de una ciudad nueva justa, solidaria, misericordiosa y que cuida de la creación. ☉

Ponencia introdutoria

Farash Valeria Contreras Rodríguez ↓

Con las campañas políticas en época electoral, vienen todo tipo de promesas, propuestas y proyectos, que se articulan a través de los programas políticos y los discursos públicos de los candidatos. Hoy más que nunca, las elecciones se convierten en shows mediáticos y en ellos, los candidatos, además de los argumentos necesarios para defender sus propuestas, necesitan desarrollar las habilidades para generar confianza, empatía y simpatía, particularmente en sociedades como esta, en la que prima la polarización, el interés privado sobre el interés público y en la que la identidad política está diluida en medio de infinidad de movimientos, intereses, afiliaciones y personalismos.

Tomar decisiones en este panorama no es fácil; primero porque la cultura política en Colombia está atravesada por una profunda desconfianza del sistema político y de los procesos de participación democrática. De ahí que los niveles de abstención sean cada vez más altos.

Segundo, porque a pesar de que en el show mediático, los candidatos de la contienda política parezcan provenir de orillas distintas, y los «realities electorales» pretendan mostrar sus más profundas diferencias, un análisis profundo de los programas oficiales de los candidatos evidencia que son más los temas en los que se parecen y las cosas en las que están de acuerdo.

Y tercero, porque culturalmente los colombianos son más «viscerales» para tomar decisiones y las necesidades apremiantes del día a día, las urgencias de las comunidades y las sensaciones colectivas de inseguridad y caos, se convierten en el terreno propicio para sembrar «mesianismos» de izquierdas, derechas y centros; figuras que se presentan a sí mismos como salvadores, como superhéroes, como aquellos sin los cuales nada va a poder ser mejor y todo podrá mejorar mágicamente.

Lastimosamente, la situación social, económica y cultural del país ha sumido a muchos en el miedo y la desesperanza, sentimientos y sensaciones que pueden ser tomadas estratégicamente para construir discursos, cuyo punto de partida es la desolación. Mirada que no puede ser la de los discípulos misioneros, quienes, llamados a ser fermento de una nueva sociedad, no pueden olvidar que son ciudadanos creyentes y que, en esa condición, son responsables de un ejercicio democrático consciente, transparente, al servicio del Reino de Dios, en orden a hacer de esta una ciudad misericordiosa, justa, solidaria, reconciliada y que cuida la creación.

Por esto, urge una reflexión sosegada y pausada que tome distancia de los sesgos políticos propios de la contienda electoral y de la manipulación mediática y, en apertura al diálogo, más que al debate autorreferenciado; al encuentro, más que a la polarización, le apostemos a discernir lo que nos une como ciudadanos para construir ideales de ciudad que aúnen esfuerzos y superen señalamientos y prejuicios, destructores de la confianza y la esperanza.

Preguntarse acerca del modelo de ciudad que proponen los candidatos a la Alcaldía de Bogotá, para poner de presente los conceptos fundamentales que desarrollan cada uno de ellos en sus discursos y las prioridades que asumen es un ejercicio más que deben hacer los cristianos para tomar una mejor decisión.

Para ello, ofrecemos el ideal de ciudad discernido en los últimos años –y que está consignado en el Plan E- para tener más argumentos en el momento de decidir por aquel (o aquella) que gobernará la ciudad los próximos tres años. Este ideal se basa



en la ciudad misericordiosa, entendida como una ciudad justa, solidaria, reconciliada y que cuida de la creación.

¿De qué manera los programas de gobierno de los candidatos podrían aportar a la construcción de una ciudad que visibiliza y le da un lugar a todos, que supera la pobreza y la atroz desigualdad socioeconómica, se comprometa con el alcance de la paz y se desarrolle alrededor del cuidado de la casa común? ☉

Una carta nunca respondida

Respetados candidatos a la Alcaldía de Bogotá

La Arquidiócesis de Bogotá ha elaborado, durante los últimos cuatro años, un Plan de Evangelización, que busca, entre otros objetivos, que la Iglesia pueda contribuir de manera más significativa a la construcción de la ciudad. Dentro de este propósito, consideramos fundamental conocer y reflexionar la realidad social, política, económica y cultural, y entrar en diálogo con los diferentes actores de la sociedad.

Reconocemos el valor de la actividad política como búsqueda del bien común, como respuesta a las complejas problemáticas de nuestra sociedad y a los anhelos ciudadanos de convivencia, paz, justicia y oportunidades para el desarrollo y el progreso. Por eso, nos dirigimos a ustedes, candidatos a la Alcaldía de Bogotá, para darles a conocer el ideal de ciudad en el que nos hemos comprometido y por el que estamos trabajando.

Estamos empeñados en la consolidación de una ciudad justa, es decir, una ciudad, más allá del ámbito de lo jurídico y de lo judicial, en la que se garanticen los derechos de todas las personas y todos asuman responsablemente sus deberes ciudadanos; una ciudad en la que se superen las desigualdades y en la que todos los ciudadanos tengan acceso a los diferentes bienes y servicios.

Estamos comprometidos con la realización de una ciudad reconciliada en la que sea posible superar la polarización, las exclusiones y todo tipo de violencia; en la que todos podamos, como interlocutores válidos, encontrarnos a pesar de las diferencias —culturales, sociales, políticas económicas o re-

ligiosas—, como verdaderos hermanos; en la que se den las condiciones para el logro de la paz. Nos acompaña la certeza de que no hay seguridad verdadera, si no se construyen cimientos de auténtica reconciliación.

Trabajamos en la construcción de una ciudad solidaria, en la que desaparezcan los individualismos, se prioricen los intereses comunes y se logre que todo «otro» pueda ser mirado y cuidado como «otro yo»; con la certidumbre de que la construcción de todo proyecto social implica ponerse al servicio antes que esperar ser servido.

Avanzamos hacia la edificación de una ciudad que cuida la creación, porque somos sensibles de la crisis ecológica que está viviendo el mundo, a la vez que somos conscientes de la responsabilidad ética que atañe a todo ciudadano en el cuidado de la casa común. Nos empeñamos en la construcción de una nueva conciencia en la que la creación, no sea un mero recurso natural para ser explotado o manipulado, sino amada, respetada y cuidada como obra amorosa de Dios que se nos ha confiado.

Estamos seguros de que el alcance de una sociedad justa y reconciliada debe pasar por el rescate de lo ético ante las estructuras oscuras de corrupción, en cualquiera de los campos que constituyen la vida de los ciudadanos. Por eso, nos empeñamos en el rescate de los valores cimiento de una sociedad verdaderamente democrática.

Finalmente, creemos de corazón que la gran fuerza de la transformación de cada persona y de la ciudad es la misericordia de Dios Padre revelada en su hijo Jesucristo y que se hace palpable en todo este proyecto de ciudad, con el cual estamos comprometidos; misericordia que nos hace sensibles al dolor



humano, que nos impele a tomar parte activa en la solución de los grandes problemas que nos aquejan; que nos invita al encuentro, al perdón, a la solidaridad, al apoyo mutuo y a la alegría.

La Iglesia Católica que peregrina en Bogotá asume su misión de ser «sal y luz» y se pone en actitud de colaboración con todo lo que conduzca a la transformación de la ciudad en ciudad de misericordia en la que florezca la justicia, la reconciliación y la solidaridad y en

la que nazca una nueva conciencia y unas nuevas actitudes al cuidado de la creación.

Les ofrecemos nuestra plegaria humilde para que el Espíritu de Dios les ilumine, les de sabiduría y coraje al servicio de Bogotá, nuestra amada ciudad.

**Observatorio Arquidiocesano
de Evangelización**

Bogotá D.C., 23 de octubre de 2015.

LA IGLESIA EN LA CIUDAD

PLAN E

PLAN DE EVANGELIZACIÓN

ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Documento No. 1

CONVOCACIÓN

www.arquibogota.org.co

www.plan-evangelizacion.com

LA IGLESIA EN LA CIUDAD

PLAN E

PLAN DE EVANGELIZACIÓN

ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Arquidiócesis de Bogotá

CARTA PASTORAL

Jubileo 450 años

Con ocasión de la celebración jubilar de los 450 años de la Arquidiócesis de Bogotá

NUUEVO RUMBO

HOY SALIMOS TESTIGOS DE LA MISERICORDIA

Plan 2017-2019

¿Qué es Evangelizar?

Evangelizar hoy en la Arquidiócesis de Bogotá

Nuestra Iglesia de Bogotá sigue en proceso de construcción

LA IGLESIA EN LA CIUDAD

PLAN E

PLAN DE EVANGELIZACIÓN

Arquidiócesis de Bogotá

Visión: Unidos y justos

Guía de participación

ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

JUBILEO 450 AÑOS

En JESUCRISTO sal de la tierra y luz del mundo

El paradigma de evangelización en la arquidiócesis de Bogotá

Documento No. 5 Fundamentos teológicos y pastorales

LA IGLESIA EN LA CIUDAD

PLAN E

PLAN DE EVANGELIZACIÓN

Arquidiócesis de Bogotá

PLAN E

EL GRAN GIRO

Documento No. 6

Orientaciones Generales

ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

VICARIA DE EVANGELIZACIÓN

OBSERVATORIO ARQUIDIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN

CARACTERIZACIÓN DE LOS ANIMADORES DE LA EVANGELIZACIÓN EN LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ